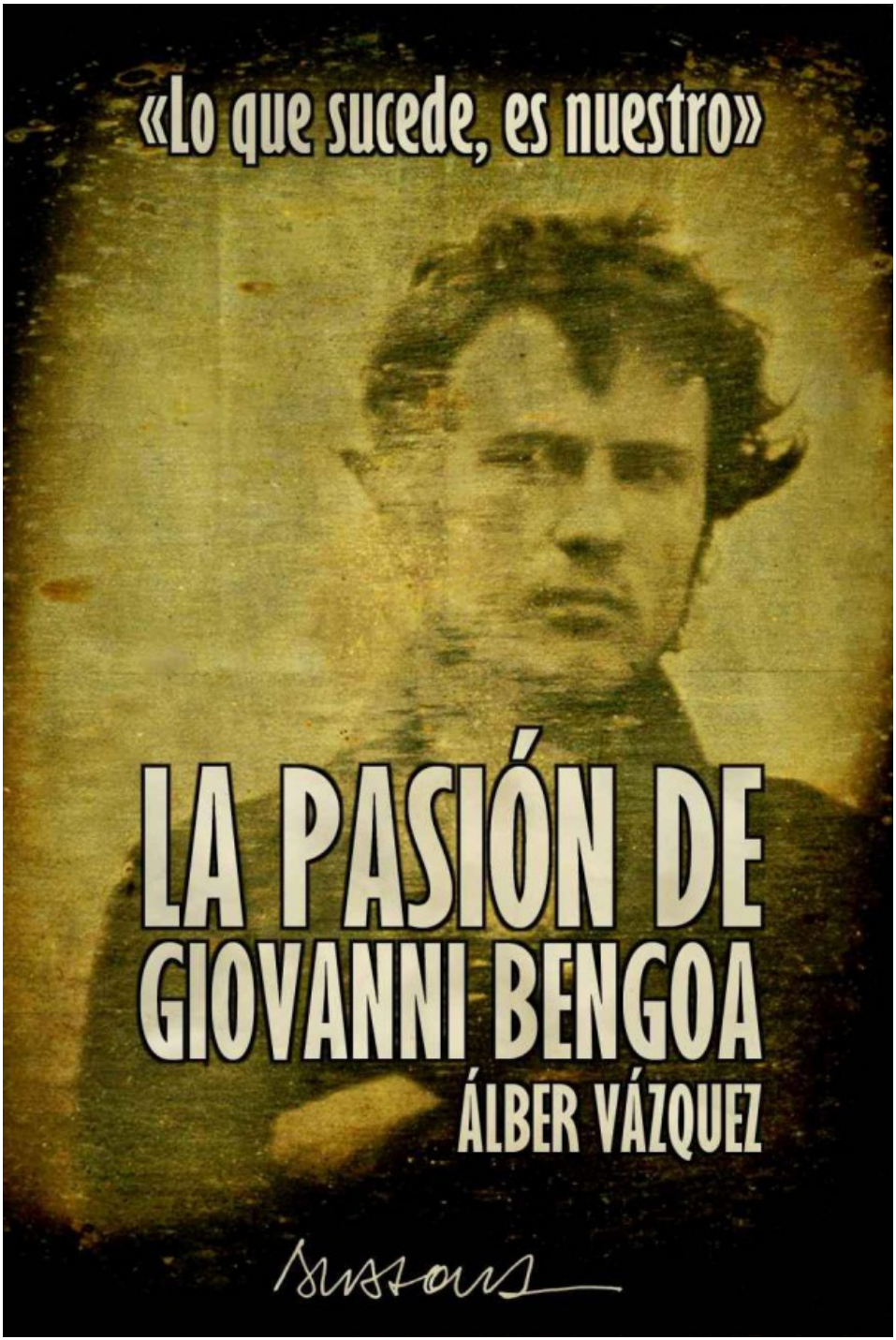
«Lo que sucede, es nuestro»



LA PASIÓN DE GIOVANNI BENGOA

ÁLBER VÁZQUEZ

La pasión de Giovanni Bengoa

Álber Vázquez

(2013)

En 1627, Juan de Bengoa fleta un barco que le llevará al golfo de Guinea. Pretende capturar una buena partida de negros para emplearlos en la pesquería que se dispone a fundar en Portobelo.

Allí, en América, le aguarda Angélica Visconti, una rica dama genovesa con la que acaba de desposarse. Todo saldrá bien para Bengoa. Sin embargo, Angélica esconde un trágico secreto. Y ese secreto, paradójicamente, dará vida y convertirá en hombre a un esclavo que viaja en la bodega del barco negrero de Bengoa.

It was on a dreary night of November that I beheld the accomplishment of my toils. With an anxiety that almost amounted to agony, I collected the instruments of life around me, that I might infuse a spark of being into the lifeless thing that lay at my feet. It was already one in the morning; the rain pattered dismally against the panes, and my candle was nearly burnt out, when, by the glimmer of the half-extinguished light, I saw the dull yellow eye of the creature open; it breathed hard, and a convulsive motion agitated its limbs.

MARY W. SHELLEY

Frankenstein.

Capítulo 1

El hayedo

El aliento de los hayedos espanta las moscas, aunque la humedad del aire logra que la purulencia medre. Así huelen los bosques renterianos en invierno: como la entrepierna huera de una vieja. Y es que, sí, la mezquindad se agazapa entre los arbustos y acecha. Quien ose acercársele lo suficiente, cae bajo sus garras perversas y es despedazado sin miramientos. Sin miramientos. Mientras tanto, huele el humus y las hayas respiran hacia arriba para ahuyentarlo.

Recorrerlo de norte a sur, hacia el descanso y la intemperie, tiene algunas ventajas. Como ésa que señala la virtud y esconde los defectos. Nada que merezca la pena ser reseñado aquí. Pero cuando se viaja desde el oeste hacia el este, cuando se emprende camino en búsqueda del río que separa lindes, que disgrega especies y mojona razas, todo es diferente. Dicen que un hombre pudo realizar el camino y salió indemne. Desde las inmediaciones de San Sebastián hasta la frontera francesa. Dicen que salió indemne. Es posible. Pero él no tenía la cara ennegrecida por la historia, por una historia escrita a la inversa de quienes la sufrieron: se enconan los destinos de los que se saben perdidos desde el mismo instante de su nacimiento.

Las hayas, sin embargo, están ahí como si nada fuera con ellas. Una semilla cae al suelo y es abrigada por las hojas en estado de putrefacción. Curiosamente, del abandono nace la vida: se alimentan las que han de venir de lo que a nadie ya pertenece. Y huele mal, y parece que el agua de los riachuelos se ha cortado.

Pero no, a eso le llaman vida, existencia, perduración. Lo contrario de la muerte, del veneno, del continuo apagamiento de las estrellas. Ha de pasar el tiempo, mucho tiempo, hasta que algo importante suceda. Pero da igual. En los bosques renterianos nada sucede con prisa, nada piensa, todo se desliza sin pausa. Una bruma espesa y tibia acaricia los primeros brotes que luchan por abrirse paso. Algunos animales de hocico anillado los buscan en las mañanas. Desde primera hora, antes de que el sol caliente el bosque con sus primeros rayos, crujen hojas a su paso. Aquí y allá, mordisquean lo que a su paso encuentran. Y, de nuevo, lo que estaba vivo, muere. Más aún: lo que iba a estar vivo es abortado y desaparece antes de erigirse noble y recio.

Entre las supervivientes, algunas consiguen amarrarse lo suficiente a la tierra para cuajar. Se hacen fuertes, se alimentan del humus pútrido. Eso es importante, sí. Alimentarse de lo que no es preciso y convertirlo en necesario. Porque ser haya, aunque pudiera no parecerlo, debe ser algo sumamente meritorio. Y hayedo. Hayedo más aún. Cuerpos y cuerpos de bosque frondoso desde el mar hasta los ríos interiores, desde la misma playa y el acantilado de Pasajes hasta los diques navarros, desde la rentería a la que los habitantes del valle acuden huraños hasta la primera llanura castellana. Eso, digan lo que digan, tiene su mérito. Y, además y por si fuera poco, recubierto de esa suave bruma que parece tejida por la misma vieja cuya entrepierna huele a demonios.

Merecería la pena buscarla en la espesura. Ha de estar ahí, porque, de otra forma, no se entiende que todo pueda encontrarse tan perfectamente dispuesto. Alguien ha de cuidar el bosque por las noches y tratar de que la bruma brote cada amanecer de entre los helechos. Y que la hierba no gane camino y que los animales de hocicos anillados dispongan de toda la comida que precisen y que los pájaros callen, callen de una vez y para siempre. Alterar la belleza perfecta de un bosque embrumado ha de estar castigado con la muerte. Muerte, pues, para todos esos pájaros absurdos y alborotadores. Muerte nada tranquila, sino horrenda y ejemplarizante. Que alguien venga a dar cuenta de ellos. Que el mismísimo demonio envíe a alguno de su confianza para acabar con los bichos que perturban la paz perfecta del hayedo. Y que se disponga lo preciso para la llegada de la lluvia detenida.

Probablemente el espectáculo más grandioso de la naturaleza aunque, por oculto y distante, haya pasado siempre desapercibido. La lluvia es capaz de detenerse en el aire y permanecer allí cuanto tiempo sea necesario. Para conseguirlo, comienza cayendo fina y menguando a medida que nutre el bosque. Cuando ya todo está cubierto por una capa de humedad tal que se hace imposible aspirar más, la lluvia, en un ejercicio magistral, se detiene entre las hojas, junto a los troncos, a poca distancia de las hojas de los helechos y los arbustos. Quien, entonces, por allí camine, puede sentir cómo se le pegan las gotitas en el rostro, cómo prenden sus ropajes y empapan los poros de la piel, cómo están ahí, en medio de la nada, suspendidos los hálitos de humedad en la pastosidad del aire.

Los peregrinos que emprende ruta hacia Santiago y cruzan, inadvertidos, el bosque renteriano, toman consciencia de la maravilla que se cierne sobre el país. Algo dicen, algo mentan por lo bajo, pero siguen su camino después de persignarse tres veces. Deben dudar de la bondad de tal proeza. Quizás sea el demonio en persona quien la inspire. Quizás no. Pero, por si acaso, mejor seguir ruta hacia loas certificadas, hacia catedrales tomadas por los santos patrones, hacia refugio seguro.

En el hayedo, todo es temporal e inconstante. Nace la duda en el que lo atraviesa. No podía ser de otra forma. Y es normal, es justo conceder el beneficio de la duda a todos aquellos que, sin conocerlo, se aventuran hacia sus entrañas. El bosque silencia las certidumbres y tiñe de atavismo y recelo a los extranjeros. Sólo los lugareños se aventuran con cierta calma por él. Caminar entre la bruma y el silencio y escuchar, de pronto, un gruñido en la espesura, supone una experiencia cercana al horror. Aunque se trate de un simple bicho que busca brotes frescos entre la maleza. El miedo nace del desconocimiento, de lo que la bruma provee: oscuridad en medio del día, penumbra para las almas, desasosiego en los corazones más templados.

Por eso, corre la voz entre los peregrinos. Es mejor evitar el hayedo del valle junto al mar. Si es preciso, se ha de dar un rodeo. Un par de jornadas adicionales de viaje no pueden hacer daño a nadie. Ni una semana. Ni dos. Pero caminar viéndose los pies ayuda a pensar cabalmente en los siguientes pasos que han de ser dados. Lejos de los gruñidos desconocidos, de la lluvia paralizada, del

musgo que no siempre mira hacia el norte. Porque así parece divertirse el bosque: confundiendo los destinos de quienes, sin especial encomendación, se atreven a cruzarlo.

Cuando la bruma abraza los árboles, el musgo atrapa cada respiración y surge. Se desperezan las hayas e hincha sus pulmones el bosque. El musgo es consecuencia de todo ello. Nada importante, desde luego, pero ahí está, impreso en los cuatro puntos cardinales, como si la norma habitual no fuera con él, presto a confundir peregrinos y extranjeros.

La vieja debe reírse desde la espesura. Hay un lugar en el centro del bosque donde separa las piernas mientras teje la red de bruma. Y, mientras tanto, se ríe impúdicamente mostrando su boca desdentada. Así es la vieja: carente de toda vergüenza, como corresponde a la única habitante del bosque. Porque los demás, nosotros mismos, cualquier visitante, los lugareños también, son siempre foráneos. Van, hacen lo que hasta el lugar les ha llevado y regresan. Regresan al calor de los hogares, al humo apacible, al aroma de la leña quemada. Todo eso reconforta. Saber que, al menos, resta la posibilidad de, empuñando un hacha, hacer trizas lo que atormenta cada amanecer, ayuda a sobrellevar una existencia que nunca fue fácil. A veces hay que explorar el hayedo en búsqueda de una bestia anillada. Es noviembre y ha llegado la hora de dar cuenta de los bichos que rondan por ahí. Pero primero hay que atraparlos y, para conseguirlo, perderse en el bosque, atravesar la bruma, dejarse prender por la lluvia detenida, escuchar, a cada momento, los crujidos del follaje mustio, escuchar lo que no suena, los pájaros muertos, la vida siendo y no siendo, eso, la muerte.

Quietos los hombres a la escucha. Por donde resuenen los bufidos, se ha de correr raudo. Incluso barranco abajo, hacia la profundidad de lo desconocido. Duelen las ramas en las piernas cuando se anda el monte en sentido opuesto al sol. Pero no queda más opción si se quiere atrapar a la bestia que alimente a la familia durante el invierno que se viene encima. Porque hay mucho de eso en las intenciones de los habitantes del valle. Se internan con la intención de atrapar la única vida que, en el hayedo, es suya: la de las bestias. Sí, las bestias les pertenecen. Desde siempre les han pertenecido. Poco hacen por su cuidado. Nacen en cualquier hoyo

entre las raíces de un árbol y ramonean el resto de su existencia. Pero son de ellos. Así lo sienten y así debe ser. Son de ellos, de los hombres del valle. Y aunque, a veces, se escuchan las carcajadas de la vieja en la espesura cuando atrapan al bicho, le atan de pies y manos y se lo llevan a casa. Saben que la vieja permite el hurto. Por mucho que los hombres se empeñen, las bestias del hayedo pertenecen al hayedo. Y a la vieja. Pero ella abre y cierra los muslos y propaga un hedor abigarrado por las sendas del bosque. Marca el territorio como una bestia más. Como la bestia definitiva, como la reina y señora de todo aquel territorio en el que crecen las malas hierbas, las hierbas que criban los sentidos, las hierbas sin flor, las flores sin pétalos, el musgo olvidadizo.

Los hombres se echan la bestia sobre los hombros y caminan, con paso firme pero sin poder evitar volver varias veces la vista atrás, hacia casa, hacia el hogar encendido, hacia ese lugar que no es bosque sino calidez, que no es humus sino aroma, que está habitado por caras tan amables como hambrientas, tan suyas como de la vieja es el hayedo.

Un bosque que respira por cuenta propia, que no depende de nadie para ser, que ha adquirido, con el paso de los siglos, consciencia de su existencia, que se sabe único y se comporta como un ser único, como un animal que a nada ni a nadie teme. Y podría decirse que responde a un equilibrio fácilmente quebrantable, pero sería faltar a la verdad pues es casi indestructible. Cuando un bosque se sabe bosque, nada puede detenerlo. Por suerte, su único anhelo es estar ahí, entre la llanura y el mar, cerca de todo pero sin quebrar las fronteras que lo delimitan. Porque si así no fuera, podríamos temblar y, esta vez, con más razón que la que a los recolectores de bestias anilladas asiste: el pavor extiende sus manos azules sobre un bosque embravecido. Arrasaría con el mar y la llanura, con los caseríos habitados, con las villas cercanas. Un bosque de hayas devorando tierra en estampida. El mar dejaría de ser mar, sobre los ríos miles de puentes serían tendidos, y en la arena seca del llano, en la arena seca, la lluvia deteniéndose en cada piedrecilla. Humedad impregnándolo todo, modificando un sentido original, trastocándolo y, en definitiva, haciendo que la vida sea de otra manera. Quizás ni peor ni mejor, pero sí de otra manera. Húmeda y silenciosa, sin pájaros, sin mojones a la vista en las

veredas de los caminos, soledad, una torrencial y casi mística soledad.

Cuando un hombre que no es hombre se avista entre la bruma mientras cruza el hayedo, algo sucede. Y es que el bosque caza de madrugada y su presa es siempre el que con mayor candidez deambula, el que lleva escrito en la frente su extravío, ése que pide a gritos ser hendido por la voracidad de la bestia del tamaño de una montaña. Por eso, el hombre que no es hombre, aunque pudiera parecerlo, cae en la red del hayedo como una mosca idiota en la de una araña. El bosque juega con él y lo engulle hacia su noción de tiempo: nada pasará despacio ni nada será apresurado. Habrá de ser como él decida sin decidirlo de antemano. Fluya el tiempo como la parsimonia de la bruma, con la velocidad del musgo, con el encogimiento de las almas invernales.

Le cubre de respiración hasta las rodillas. No, hasta la cintura. Es suficiente para entretenerse un rato. Un rato en el que el hombre que no es hombre, la criatura, se desespera pues acaba de adquirir consciencia de hallarse irremisiblemente perdido. Lo está, seguro que lo está. Le basta mirar el musgo sobre los troncos de los árboles para darse cuenta de que alguien juega con él. El hayedo está tranquilo y ahora la estampida ha sido relegada al alma de la criatura. Veamos pues.

Un hombre puede correr bastante deprisa a campo abierto. Bastante, si lo comparamos con otros animales de patas cortas. No es menos cierto que resulta lento si nos fijamos en otras bestias, pero éstas no son de aquí. En algún prado del valle renteriano, pacen vacas somnolientas. Y caballos que no galopan porque todo es hacia arriba y todo es hacia abajo y, en consecuencia, no merece la pena. Por eso, a campo abierto, un hombre puede correr como nadie. Es capaz de cubrir lomas, de vadear ríos, de atravesar ensenadas y, siempre, consigue hacerlo con cierta pericia.

Pero un hombre, menos aún una criatura extraviada de sí misma, no puede moverse deprisa dentro del bosque. Es algo que todos saben, que se sabe, pero no está de más reseñarlo. Porque tan cierto como esto, lo es la pretensión que algunos mantuvieron en el pasado, pretensión siempre movida por la vanidad, de quebrar la enseñanza, de intentar doblegarla, de ignorar la bruma en las rodillas.

Así, irrumpieron en el hayedo y trataron de correrlo como si de perseguidos por almas en pena se tratasen. El bosque permitió, permitió que lo hicieran. Inspiró y aguantó la respiración. La bruma desapareció y todo fue calma y expectativas razonables. Después, se hartó del juego y exhaló todo lo que llevaba dentro: mil destinos turbados. Y añadió uno más a su cuenta. Uno más. El de ése que le había desafiado.

Por eso la criatura no corre. Porque no sabe hacerlo en el hayedo. Porque no se atreve y porque, a pesar de su extravío, conserva la suficiente lucidez para saber lo que no le conviene. Así que camina despacio e interpreta sus pasos. Como no puede verse los pies, como el bosque se ha hartado ya y ha devuelto a la bruma su corporeidad, se mueve lentamente. Escucha cómo las hojas crujen ahí abajo, cuando las pisa, siente cosas blandas bajo la suela de sus pies desnudos, cosas blandas en las que resbala, cosas blandas en las que no quiere ni pensar, que desdeña, que ahuyenta de su imaginación contaminada por los hombres del valle. Y, a veces, algo duro. Raíces o piedras. O cosas que se mueven y tiene pelo. Que respiran bajo la bruma como los peces en el agua: fuera de ella no serían nada y perecerían tras un rato de dar bocanadas al aire.

Él no está vivo. No está muerto, pero tampoco vivo. Es lo que siempre se le ha dicho. Hombre no es. Ni animal salvaje. De hecho, ha sido bautizado y sabe persignarse como cualquier buen cristiano. Pero no es hombre, es algo que está a medio camino: criatura. Aunque, por dentro, él tiene la íntima convicción de que nada de lo que le han dicho resulta cierto. Sí, existen diferencias, diferencias importantes, pero por dentro no deben ser tantas. De hecho, si pone la mano sobre el pecho, escucha latir su corazón. Como el de los vivos. Y respira, y el aire cae en los pulmones y le crece la barba y también las uñas.

El bosque le ha identificado como hombre. Un hombre más que osa aventurarse en lo profundo. De acuerdo, no merece la pena más explicación. Un hombre, se dice el bosque tras mirarlo con la miríada de ojos que dispersa bajo las copas de los árboles. Un hombre, otro más. Eso es. Nada sabe de la esencia de la criatura, nada. Para él, todo es lo mismo. Camina sobre las patas traseras, se azora cuando los bichos peludos rozan sus piernas en silencio, llora

y gime, como un niño, llora y se lamenta por su suerte maldita. Es un hombre para el hayedo. No hay nada más que decir.

La criatura trata de escrutar a través de la bruma. Busca el este, el lugar donde se abre paso el río. No tiene duda de que ha de hallar el límite del bosque para encontrarlo. Después, simplemente ha de cruzar el río y se convertirá en un hombre vivo. Dejará de ser criatura para estar vivo. Pero antes ha de cruzar el Bidasoa y pisar la ribera francesa. La libertad, sí, eso es lo que está a ese lado. La libertad y la vida, el fin de la sumisión, el abandono de la dependencia, del miedo, de las continuas zozobras.

Y, antes que nada, un estanque. Y una niña en la ribera. Una niña que juega, distraída, que no teme a nada ni a nadie pues jamás el dolor ha hecho acto de presencia en su vida. Así pues, la criatura se le acerca, horrorosa y oscura como el hueco más recóndito del propio bosque, y ella le mira con ojos de insecto: curiosea e, incluso, escruta, pero no huye, no discute, no se aturde. Es negro y no está vivo del todo, pero no parece peligroso. La criatura, tan temblorosa como lo debería estar la niña, se le acerca y cruza algunas palabras con acento marcado. La niña habla, le habla, y de su boca brota la dulzura: como si toda la bondad de la Creación hubiera sido dispuesta sobre la punta de su lengua y alguien, Dios o uno de los ángeles que le sirven en sus aposentos íntimos, permitiera que fluyese limpia y cristalina. El estanque nada dice. Permanece a la escucha, como el propio hayedo. Saben qué va a suceder. Cuanto menos, son capaces de intuirlo. La niña tiene nueve años de vida y ellos son eternos.

La criatura va a preguntar sobre la senda. Está preocupada, pues del camino sólo conoce lo que barruntan las hojas. Se pierde y vuelve a encontrarse, pero nunca por demasiado tiempo. Cuando el bosque decide jugar con uno, está irremisiblemente perdido. Por eso, se acerca a la niña por su espalda y quiebra ramas a su paso. Formula una pregunta y la deja suspendida en el aire. La niña, en pie sobre la hojarasca, apunta con el dedo hacia el camino correcto. El Bidasoa no está demasiado lejos aunque quizás no pueda llegar antes de que la noche caiga. La criatura da las gracias y hace ademán de girar para continuar la huida, pero la niña le detiene. ¿Qué es eso que cubre su piel? ¿Por qué no respira transparencia bajo las ropas, por qué huele a muerto, a estancia sin ventilar, a

granero olvidado?

Es entonces cuando todo se quiebra para la criatura. La inocencia de la niña quiere enternecerle, pero no puede. Ha enterrado muy dentro de sí las herramientas del amor liviano. Porque las tuvo, de eso está seguro. Guarda recuerdo de ello y sabe que un día dejó atrás a su propia niña, una hija nacida del amor por una mujer tan negra como él, en casa, en aquello que se había desacostumbrado a recordar como hogar. Vinieron los hombres en los barcos y en la palidez de sus rostros leyó, por primera vez, cómo los sentimientos podían torcerse y de qué manera. Mirar un rostro blanco, mirar cara a cara al diablo que se cubre pues se avergüenza, mirar y recordar que el resto de los días no han de ser iguales a los vividos.

En la travesía murieron casi todos. Su esposa y su hija. Y también su padre. Todos los que no pudieron soportar el agujero. Tendidos entre cubiertas, en la oscuridad permanente, cociéndose en sus olores y heces, muriendo lentamente mientras las olas mecían como si, en realidad, fuesen felices.

Pero se equivocaban, las olas se equivocaban. Habían estado equivocándose durante todo el viaje y aún ahora debían estar haciéndolo. La tristeza más honda se clavaba en sus pechos y los atravesaba hasta brotar de nuevo por la espalda, pero no, las olas sonaban hacia otro lado: acariciaban el barco y hablaban de una felicidad que habían abandonado en la playa.

Sostuvo el cuerpo muerto de su hija hasta que se lo arrebataron. Para entonces, ya se había enfriado y comenzaba a oler. Estaba rígido, rígido como, desde entonces, estaba su ánimo. Habían quebrado, en menos de lo que la luna tarda en completar un ciclo, eso que sostiene la vida: amor y deseos, perspectivas y calidez en la juntura de los cuerpos. Allí mismo, en la tripa de la nave maloliente, migró hacia bestia, fue criatura antes que hombre, murió lo suficiente para no saberse vivo. No lo preciso para hundirse del todo.

Flotó entre dos aguas, como algunos cuerpos que aún no han comenzado a hincharse. Con los brazos hacia arriba y las piernas separadas. Brotaron branquias y respiró. El aire no era el mismo a través de los recién creados orificios, pero era aire y le impedía, como habría sido su deseo, sucumbir. A veces los cisnes nadan con

la cabeza hundida en el agua. Es triste verlos, pero no por ello deja de ser verdad. Hunden la cabeza en el agua, tan profundo como sus largos cuellos lo permiten, y nadan, nadan con furia hacia delante. No es difícil, entonces, observar cómo chocan contra las piedras y se hieren. La sangre brota y tiñe el agua de rojo, de un rojo oscuro, casi negro. Porque la sangre de los cisnes se empaña cuanto mayor es su agonía. Dolor por quien ha muerto antes de tiempo, por la interrupción de los correctos devenires, dolor sólo amortiguado con otro dolor. Infligirse un castigo ayuda a sobrellevar el penar que el alma alberga. Y no mirar hacia delante. Hundir la cabeza en el agua y nadar sin atisbar destino.

La criatura llegó a América adoptada su condición de ser a medio construir. A medio destruir, habría que decir para ser más precisos. Desembarcó y ya fue medio camino entre dos polos: el de la vida y el de la muerte. Nunca más estuvo vivo, nunca más estuvo muerto. No durmió, no abrió del todo los ojos. No se alimentó, no sitió el hambre, ni el placer, ni el deseo. Su esposa murió antes de arribar a la nueva tierra. Cuando ya corría la voz entre la carga, cuando, los que aún podían, se ilusionaban con la posibilidad de volver a sentir el aire, la luz, el viento en los rostros, ella concluyó la marchitación. Empleó hasta la última de sus energías en tratar de llegar, pero no lo consiguió. Así fue. Exhausta, no pudo ni cerrar los ojos. Allí quedó, en la oscuridad, con los ojos abiertos mirando la nada, el techo que impedía a un hombre de tamaño medio ponerse completamente en pie, las grietas en la madera por las que se adivinaba otro mundo.

Luego, él agachó su largo cuello y lo introdujo en el agua. El cisne era negro y negro permanecería hasta el fin de los días. Lo que había sido tan habitual como el verdor para la selva, ahora marcaba la diferencia definitiva, la distancia entre la vida y la muerte, entre la libertad y el cautiverio. Los hombres eran libres, las criaturas pertenecían a un dueño, igual que los cuchillos, igual que los trozos de carne en salazón.

En la mirada de la niña, vio, por primera vez desde hacía años, el tiento de la inocencia. Ella no preguntaba y, menos todavía, afirmaba. Simplemente estaba ahí, junto al estanque, con el brazo extendido y el dedo índice señalando la ruta correcta hacia Francia,

hacia la tan ansiada libertad. La criatura sintió la ternura que la pequeña niña desprendía. Una ternura lúcida y limpia. No había en ella nada que reprochar. Miraba como las luces de agosto, como las abejas al polen, como los constructores de catedrales a la veta. Allí, quieta, junto al estanque, atardeciendo entre las ramas altas del hayedo, en silencio, en un silencio tan quieto como la lluvia en los rostros de quienes huyen.

Le dijo que no podría llegar antes de la noche, que ésta le sorprendería aún en el bosque, que debería pernoctar a la intemperie, que el rocío de la madrugada le calaría hasta los huesos, le dijo eso y mucho más. Y después le ofreció la posibilidad de acompañarla hasta la casa del bosque. Donde la bruma no atraviesa el umbral, donde se está a salvo de todo lo que fuera subsiste.

No hay animales peludos rondando las piernas dentro de la casa. Se está, de alguna manera, seguro. Un lugar para descansar y, quizás, para recobrar cierta parte de la vida perdida. La criatura, dentro del hogar, puede acercarse un poco más a la humanidad perdida. Se decide a seguir tras la niña. Un sendero rodea el estanque y continúa hacia donde las raíces de los árboles quedan ocultas. La niña advierte varias veces sobre la presencia de éstas en el camino. Se hace preciso saltar sobre ellas para no tropezar. Si ése fuera el único obstáculo a salvar, este paraje podría ser Francia. Aunque en verdad no lo fuera, aunque todavía restaran unas cuantas millas de camino, podría ser Francia. No tropezar con las raíces se parece mucho a ser francés.

Está próxima la casa, poco más que una cabaña casi oculta en la espesura. Humea la chimenea y huele a caliente, a caldo y a pobreza. Tras el quicio, una sombra se recorta frente al fuego. Ofrece la espalda a la puerta, una espalda estrecha, derrotada y corva. Su dueño parece ensimismado en la contemplación de la lumbre. Pero no, no es así. La niña advierte: no puede ver pues la enfermedad le dejó ciego y es ya demasiado viejo para desear la cura. Así que mira el fuego pero con ojos que nacen desde dentro. La mirada es siempre superficial. Tras esa banalidad se encuentra, aunque no siempre, la verdadera indagación desde las entrañas. La espalda inclinada hacia delante, la sombra recortada, el halo invisible de honestidad, todo ello apunta en un sentido

esperanzado: sí, puede que se halle entre amigos.

Cruzan unas cuantas palabras en vascuence. La niña advierte al viejo de que tienen compañía. El anciano asiente despacio y su sombra proyectada le acompaña. El visitante no es como ellos pero tampoco diferente. Tiene hambre, y frío, y está aterido por la soledad. Se dirige hacia la frontera, pero difícilmente llegará antes de que la noche caiga. Por eso es preferible que se cobije junto a ellos, que aguarde junto a la chimenea, que entre en calor y refiera alguna historia interesante con la que ambos puedan convertir una noche más en una noche especial. La historia a cambio de un tazón de caldo y una manta en un rincón.

El anciano pide a la criatura que se le acerque. Desea poner sus manos sobre su rostro para leer en él. Así lo hace y percibe algo que le inquieta: no es como ellos. Y, sin embargo, no sabe cuál es la diferencia. Así, decide pasarlo por alto. Un hombre de la llanura, piensa. Viene de lejos, de más allá de Vitoria. Estrecha las manos de la criatura y lo que encuentra le tranquiliza. Están curtidas y son recias. Se trata de alguien que sabe qué es el trabajo duro. De acuerdo, puede tomar asiento junto a la lumbre.

La niña se retira a la cocina y trastea preparando la cena. Son pobres. Se nota y, además, lo anuncian aunque no sin cierto azoramiento. Junto a la vieja del bosque, ellos son los únicos que, por aquí, se atreven a morarlo. Lejos de los hombres, dicen. Lejos de los otros. El anciano parece omitir palabras. Aprieta los labios mientras hurga en su interior. Al final, confiesa cierto resentimiento hacia los que habitan la villa.

De alguna forma, han sido obligados a exiliarse. Cuestiones en las que no merece la pena entrar han conseguido que el único lugar seguro para ellos sea el bosque. Entre las hayas se sienten a salvo. Además, ellas proveen de todo lo necesario: leña, frutos y agua fresca. Y algunos animales que la niña puede atrapar. Es todo. El resto, la tranquilidad.

Una vida plagada de carencias, afirma la criatura. Él sabe qué es eso: respirar y sentir que todo lo demás quizás no pueda conseguirse. Pero tiene dos manos y se las ofrece al anciano. Aquí, en medio del bosque, nadie conseguirá encontrarle. Y Francia, a menos de media jornada de camino, puede esperar. ¿Qué busca? La libertad. ¿Qué disfrutará junto a la niña y el anciano? Trozos de

aquello que anhela. Ellos, desde el principio, le han tratado como a un hombre. De hecho, él mismo se ha visto sorprendido por la tersidad del encuentro. Merece la pena ayudarles durante dos o tres días.

Ocupa la mañana siguiente en aprovisionarles de leña. Una niña puede recoger muchas ramas antes del mediodía. Una criatura, sin embargo, abre sus manos tan gigantescas como negras y devora árboles, alienta senderos, quiebra las voluntades de los matorrales. Enfila hacia el hayedo con un hacha sujeta en la mano derecha. Porta afecto y auténticos tramos de dignidad. Eso es lo que ha recolectado por la noche. Mientras dormía, todos los vapores le han impregnado convirtiéndole, casi, en un ser vivo. Se siente así: como cualquier otro y, por poco, se olvida de que es negro como el fondo de un pozo.

La dormida belleza del bosque despierta ante sus ojos. Puede contemplar cómo los milagros suceden en esta tierra tan alejada de todo lo que, desde siempre, ha podido considerar propio. Una semilla traída por el viento cae entre sus piernas, el hacha descansa apoyada en el muslo, las manos se abren hacia delante y resuenan los arrullos de la germinación en sus oídos. Eso sucede y le es dada la dicha de admirarlo: la semilla abraza la tierra y busca el hueco reconociendo en él a su madre. El hueco no es sino entraña cálida y acogedora. La criatura abre las piernas temerosa de romper el encanto, mas no, no es posible. Lo que el hayedo ha decidido, un ser de carne no puede impedirlo. Que comience a resonar esa música que preña bosques y hembras.

Siente cómo una suave brisa atraviesa las hojas. Levanta el rostro y mira hacia ellas. Todas criban en la misma dirección. Entre los pies, nace, de nuevo, la bruma y entonces todo vuelve a ser como antes. Qué rápida ha sido la concepción… El aire ha sonado por última vez y, después, el silencio. No hay pájaros en este bosque. Han huido hacia tierras más propicias. Probablemente, hacia el sur. O hacia el este. O cruzando el Bidasoa. Da igual. Se han ido porque no hallan lugar aquí para ellos: perturban la belleza y eso resulta intolerable. Porque un bosque se compone de múltiples instantes paralizados y sin dimensión que han de ser idénticos entre sí. De cualquier otra manera, la belleza no sería

magnífica.

Ha venido un demonio para dar cuenta de los pájaros. No el demonio principal, sino uno de sus acólitos. Digamos que se halla a medio camino entre la maldad suprema del ángel caído y la bellaquería intrascendente de todos esos diablillos que corren sueltos por ahí. Es capaz de corromper y da órdenes. Puede acabar con los pájaros en un instante y, de hecho, lo hace. Para bestias superiores, se hace preciso un demonio más experimentado.

La criatura y el demonio se encuentran en un claro del hayedo. Mientras una sostiene el hacha manchada de savia, el otro se encuentra con las manos desnudas. Los demonios desprecian la corporeidad, así que éste no necesita demasiado para perpetrar su mal: sólo algo de inspiración que recoge en la bruma. Tiene la bruma algo de perverso, ¿no?

Regresa la criatura a la casa con los tarugos sobre la espalda. Un pequeño cobertizo orientado hacia el sur sirve de leñera. En dos viajes más, podrá llenarlo y sus amigos dispondrán de provisión para, al menos, un mes. Eso le hace feliz y el sentir felicidad le acerca más a la humanidad. ¿Pueden los animales sentirse dichosos? ¿Y los demonios? ¿Y la bruma?

El anciano le dice que la niña ha decidido pasear hasta el estanque. El sol luce en el cielo y no hace demasiado frío. Es, pues, una buena forma de pasar el rato. Camina también hacia allá, muy lentamente, con esa ausencia de prisa que sólo los que se saben tranquilos disfrutan. A ratos, se detiene y atisba. Recuerda quién es y olvida lo que siente. Por fortuna, un instante después, regresa la percepción de la felicidad y se ensimisma. Como beber láudano. Se amortiguan los sentimientos y todo rebaja su importancia. Se hace más sencilla la existencia cuando la anestesia prende las venas.

Se cuestiona: quién pudiera sentirse así para siempre. Donde siempre es, digamos, el resto de sus días a la intemperie. Pueden quedar fuera de la cuenta aquellos que pase en el interior de la casa pues la casa carece de conciencia, no sabe, no opina. Pero fuera, a cielo abierto, es preciso sentir cómo un velo le cubre y le protege. De los demás y, a los demás, de él. Mejor así. Si consiguiera filtrar el color de su piel, todo sería más sencillo. Nadie volvería la mirada, nadie realizaría preguntas inconvenientes, nadie sentiría resquemor. Un velo anestesiante, eso es. Un filtro para lo que hace

daño.

La niña no lo precisa. Está ahí, en la orilla del estanque. Ha recogido unas cuantas flores y se entretiene construyendo un ramo con ellas. Son blancas, violetas, amarillas, demasiado bellas para el otoño. Flores extrañas que crecen contra la corriente de las estaciones. Cuando todo es ocre, cuando se abre paso la belleza sublime de la marchitación, las flores se empeñan en seguir latiendo. No es el violeta un color que agrade al bosque, pero no puede hacer nada por evitarlo. Quizás, enviar a la bruma para que todo lo oculte, pero nada más. Porque las flores, como un forúnculo en la piel, son también bosque, son también hayedo. Deben estar ahí hasta que las primeras heladas del invierno den cuenta de ellas. Llegarán las setas y los hongos y conquistarán los territorios que les son propios. Pero, mientras, las flores han de continuar sosteniendo su exhortación entre los sépalos.

Entonces, ocurre. La criatura se acerca a la niña por la espalda y el bosque le traiciona: silencia las ramas para que nada suene a su paso. No advierte la niña su acercamiento y es tomada por sorpresa. Sobresaltada cuando le pone, dulcemente, una mano sobre el hombro, deja caer el ramo de flores sobre el agua. Se quiebra ese trozo de esencia que ella, con tanto cariño, ha conseguido reunir. La suave corriente hace el resto. Las flores flotan como cadáveres arrojados al mar. Sería necesario que alguien viniera a hundirlas. Antes se pudrirán, o algún pez hambriento y curioso las engullirá en dos bocados, pero jamás verán el fondo. Eso es. Se empeña el bosque en buscar nuevos pliegues para la perdición.

La criatura es de color negro y huele a lejanía. No es de aquí, no del mundo de los perfectamente vivos. Rentería se abre junto al Cantábrico, junto a la frontera con Francia, junto a una buena hilada de topónimos ancestrales. El lugar del que la criatura proviene no tiene nada que ver con este bosque: allí reina la llanura y todo se designa bajo denominaciones comunes. Hay selva y hay desierto, hay sequía y hay torrentes, pero tienden a pasar desapercibidos pues nadie los nombra como es debido, nadie bendice y los hace territorio de Dios. Son aromas que jamás trascienden.

La niña se asusta y el alma de la criatura se desmorona. En su lugar, el odio, el rencor y el pánico adquieren el control de sus actos

y todo se precipita. La mano sobre el hombro se desliza hacia el cuello y aprieta. Ni siquiera precisa utilizar la otra. Le basta una mano, una sola mano para acabar con ella. Y he aquí la paralización del bosque. Porque ha de decirse claro: cuando el bosque advierte la belleza en las acciones de cualquier animal inferior, no titubea a la hora de reconocerla. Así, un brazo caído junto al costado, lánguido y poderoso al mismo tiempo pero tan inútil como capaz de trastocar el orden habitual de las cosas, se convierte en la suma percepción, en el compendio definitivo, en la clase final que a todos ha de admirarnos: la belleza de la muerte que se aplica con los medios exactos. A la criatura le basta una de sus manos para rodear un cuello perdido de antemano. La otra, que caiga desmayada, que sirva de aviso para las hayas, para los animales de pelo en el vientre, para todos ellos. Que sirva de reloj a los rayos del atardecer. Quien la porta dibuja el color del sufrimiento. Es el color del sufrimiento.

Se desmayan las hojas y muchas de ellas caen hasta el estanque en señal de respeto. Qué otra cosa puede hacer el hayedo sino disfrutar con la cercanía de tan bella muerte… Y las hojas, esas hojas que aún necesitaban cinco o seis días para madurar del todo, que se agitan y se desprenden antes de tiempo y caen sobre la superficie tranquila del estanque, esas mismas hojas, dan lugar a peces que, cuando adquieren vida y conocimiento, nadan raudos hacia el fondo y se vuelven para mirar desde allí. Así se abre paso la vida en el bosque: lo que ya no es preciso para unos, engendra aliento en otros. Sí, se sabe, los renterianos lo saben y apenas le dan importancia. Se abre la vida, es lo normal.

Ahora bien, si de una hoja marchita deslizándose sobre las aguas del estanque nace un pez, ¿qué ha de brotar del cadáver de una niña recién estrangulada? Porque algo superior ha de surgir ya que, de lo contrario, el bosque quedaría maltrecho. Cuando las acciones no derivan en consecuencias palpables para todos, un camino nuevo se abre. Y nadie aquí querrá recorrerlo: será la senda de la perdición.

La niña flota durante un rato con los brazos extendidos y el pelo abriéndose en un abanico de brillos y resplandores. El demonio que recoge pájaros la observa durante un instante pero pronto da la vuelta y sigue con lo suyo. No desea verse involucrado en algo que,

sin duda, le supera. Lo que en el estanque flota pertenece a demonios de mayor enjundia. Ellos sabrán qué hacer. No, lo suyo son los pájaros. Acabar con sus trinos y enterrar a los que sobran.

¿Y la criatura? La criatura se limita a perder la mirada en un punto fijo. Sabe que lo que ha hecho no tiene remedio. No se puede volver a insuflar vida en el cuerpo de la niña muerta, no, no se puede. Se ha marchado y lo que queda es fermento para un futuro incierto. El anciano ciego, resta el anciano ciego. No ofrece peligro, pero permitirle seguir con vida rompe el hechizo de la obra perfecta. Así pues, decide caminar hasta él y quebrarle el espinazo.

Antes de entrar en la cabaña, va a la leñera y toma un tronco seco y áspero. No es demasiado grande, no es demasiado débil. Servirá. Después, camina con él bajo el brazo y cruza la puerta. El viejo permanece donde estaba. Se le acerca por detrás y, mientras él pregunta, mientras traba conversación y se interesa por el paseo, la criatura le golpea una sola vez en la espalda, una sola vez que es suficiente. El anciano deja de hablar y muere. Eso es, muere. Como mueren los peces cuando uno va de pesca: el anzuelo hace todo el trabajo y el bicho cae en la trampa sin saber que apenas le quedan unos momentos de vida. Puede luchar, puede boquear, puede, incluso, inquirir las razones de lo que le está sucediendo, pero las más de las veces no le da tiempo a darse cuenta de nada. Se muere de la forma más absurda. Tantos años vagando por la vida, tratando de encontrar rutas hábiles, de hallar la cordura entre tanta desazón y ahora, cuando el final debe ser pausado, todo se precipita con tal vulgaridad que apesta.

Bueno, según la perspectiva que se utilice para contemplar el crimen. Si se desapasionan los ánimos, si se extrae lo que de pestilente puede tener un asesinato a sangre fría cuando la víctima es totalmente inocente, en realidad no es sino belleza en estado puro. La belleza de la violencia aplicada desde el desapego y la crueldad ilimitada. Porque, y esto el bosque lo sabe, cuando un brazo cae junto al costado por el único motivo de que, simplemente, es innecesario para concluir la acción, algo brota en el ambiente. Como una música que sólo los que odian y aman al mismo tiempo pueden escuchar. Una melodía audible desde la locura, desde la cordura, desde el choque entre ambas, desde el mundo que nace cuando lo eternamente distinto colisiona.

¿Alguien puede aportar algún dato adicional? No, seguro que no. Es esa belleza la que embarga y, siendo inteligentes, podremos desprendernos de los vacuos sentimentalismos y extasiarnos en la audición de la sinfonía del mal. Suenan ya, templados, los vientos y las cuerdas. Cerrar los ojos y dejarse llevar. Como la criatura hizo en la orilla del estanque. Como ahora ha hecho con un leño en una mano mientras la otra ha permanecido vacía, abierta, innecesaria. Dos manos: una para la muerte, una para la inacción. Un resumen: sucede porque no queda otro remedio, porque los sinos se escriben dejando al margen a quienes los han de soportar, porque la negrura de la piel no se borra con intenciones.

Y ahora se lanza a correr por el bosque. Ha retornado a su verdadera identidad. Vuelve a ser odio, sangre y piernas y tiene una meta: Francia y la libertad. Francia, que está ahí, tras el hayedo renteriano. Mira hacia arriba y trata de orientarse, pero las hojas de los árboles le impiden ver el cielo. Se le han cerrado definitivamente.

Capítulo 2

Los negros

Desembarcamos en la playa como, desde hacía al menos diez años, veníamos haciéndolo. Fondeábamos a menos de media milla y lanzábamos los botes al agua. Ninguno de nosotros tuvo jamás la menor duda: recolectar lo que aquella tierra inhóspita nos ofrecía no era sino lo que en nuestro hogar se esperaba de nosotros. Que hiciésemos lo que debíamos, que no dejáramos que nadie se interpusiera en nuestro camino, que, al final de la campaña, nunca faltara alimento en la mesa de nuestras familias. Ni leña en la chimenea durante el invierno. Ni ropas de abrigo, ni animales en los corrales. Hacíamos lo que debíamos y el honor quedaba intacto. ¿Acaso podía ser de otra manera?

Yo, Juan de Bengoa y Urbieta, arribé a las costas del golfo de Guinea en 1627, y nada de lo que hallé me fue extraño. Ése era el tercero de mis viajes y, según mis propósitos, el último. Iba a hacer bueno un sueño desde hacía tiempo anhelado: instalarme en las tierras que acababa de adquirir en América y fundar una familia en ellas. Mi esposa, con la que había contraído nupcias dos meses antes, me aguardaba en la casa de Portobelo. Así pues, un último viaje. Necesitaba manos para la hacienda, manos imprescindibles que sólo aquí podía encontrar. El golfo de Guinea parecía haber sido puesto por Dios en el mundo para surtirnos de eso que no conseguíamos hallar en ningún otro lugar. Porque, quede claro, pocas eran las personas dispuestas a trabajar las haciendas a cambio de un techo, un jergón y un cazo de comida. En consecuencia, había que ir a por los negros. Y los negros, los negros que con mayor

facilidad se dejaban atrapar, que eran resistentes y de sólida constitución, duraderos y apenas problemáticos, esos negros, digo, vivían en las selvas interiores de la costa guineana.

Fleté el barco en sociedad con dos iruneses. Partimos de Pasajes cuando el capitán entendió que los vientos eran propicios y evitamos realizar escala alguna hasta Cádiz. No más de dos jornadas nos ocupó abastecernos de todo lo preciso para el viaje de ida hasta el golfo de Guinea y la posterior travesía hacia las Indias.

Desde mi bote, antes de hacer pie en tierra, avisté dos estupendos negros que, cuando tomaron consciencia de nuestra presencia, corrieron a ocultarse en la espesura. Excitado, ordené a tres de mis hombres que me acompañaran y salimos tras ellos. Los negros no se encaramaban a los árboles, pero buscaban su cobijo, de modo que se hizo necesario batir adecuadamente la zona. Por fin, los hallamos ocultos en una zanja. Fueron prendidos de inmediato.

Más negros cayeron en nuestras manos como si de fruta madura se tratase. Bastaba ir hasta allí y recogerlos. Apenas ofrecían resistencia y tan sólo nos dedicaban unas miradas indolentes que tanta repugnancia causaban a los nuestros. Incluso hube, en varias ocasiones, de amonestar a los hombres que malograban piezas de traza excelente cuando trataban de borrar aquella expresión de sus rostros: dos ojos, tenebrosos e inhumanos, abiertos en medio de una negrura insondable. Pero no estábamos allí para cuestionar nada. Debíamos recolectar las mejores piezas y llevarlas a su destino en Portobelo. Por eso reprendí con energía. Porque yo era quien lo arriesgaba todo en esta empresa.

El negro tiende a flotar. Ésta era la razón por la que me habían recomendado utilizar nativos indios en lugar de africanos para la explotación de mi pesquería de ostras. Sin embargo, el nativo apenas es resistente y queda inútil en menos de cinco años de uso intensivo. El negro, sin embargo, si es bien cuidado y le son suministrados los alimentos suficientes, puede durar toda una vida. Conocía casos de negros que, encanecido el cabello, aún eran capaces de sumergirse dos docenas de veces por jornada.

Así que, aunque los negros tendieran a flotar, me incliné por ellos cuando planeé fundar la pesquería. Las ostras no suelen estar demasiado sumergidas en las aguas y es fácil suplir, con piedras o

cualquier otra cosa que no dude en hundirse rápidamente, la carencia del negro para bucear. Hay que enseñarle a asir con fuerza la sonda y evitar que la suelte hasta que llegue hasta las rocas en las que viven las ostras, pero una vez conseguido, el negro es la mejor inversión. Sí, un negro vale por cinco indios.

Oí que los negros de aquella zona del golfo de Guinea, con el paso del tiempo, aprendieron a defenderse y se tornaron belicosos. Se emboscaban en la selva y aguardaban a que las expediciones de hombres se internaran en ella. Después, cuando los sabían lo suficientemente alejados de sus naves como para poder solicitar auxilio, caían sobre ellos con saña. Las familias de muchos de nuestros compatriotas perdieron el sustento allí mismo, a manos de hordas de negros invisibles en la espesura.

Porque el negro se agazapa y vuelve su piel del tono de la oscuridad. No es difícil, pues casi lo son de naturaleza propia, pero se entrenan en el cultivo del silencio, del sigilo y del escudriñar traicionero. Ocultos tras los troncos de los árboles, caen sobre uno cuando menos se lo espera. Están ahí, y no sabes que están ahí. Hasta que te caen sobre el cuello y prenden sus dientes afilados en él.

Curiosamente, y de esto discutimos largo y tendido en las calurosas noches de Portobelo durante los años siguientes, no es huidizo. Sí, tiende a escurrirse en un primer término, como cualquier animal salvaje, pero después traza planes y es estratega. No demasiado experimentado, pero estratega a fin de cuentas. Lo cual se contrapone a la huida. No huye, no: permanece en su territorio y planta cara.

Lo había decidido con antelación: necesitaba, al menos, una veintena de varones jóvenes. Atrapamos treinta para que el desgaste habitual del traslado no nos alejara en exceso de la cifra planeada. Y después, por supuesto, las hembras necesarias para que se reprodujeran en tierras de las Indias. El mío iba a ser un establecimiento con proyección de futuro, de manera que debía proveerme no sólo de la mano de obra actual, sino también de la futura.

Las hembras que cuidaban de niños, es decir, casi todas, gozaban de preferencia. Así nos había sido recomendado. De cada dos niños, podíamos contar únicamente con que uno sobreviviera a la travesía,

pero era suficiente. En unos años, estarían dispuestos para el trabajo. En cuanto sus pulmones se acabaran de formar y fueran capaces de aguantar cuatro minutos bajo el agua sin salir a respirar. Después, las hembras podrían volver a quedar encinta e iniciar un nuevo ciclo reproductivo.

Nos pasmó la fertilidad de las negras. Ya digo que eran escasas las que no criaban prole o, en su caso, mostraban el voluminoso estado de la gestación. Por ello, se nos advirtió: no pongáis vuestras semillas en el interior de las negras pues la mezcla devendrá de inmediato. Quedan encinta con suma rapidez y paren al cabo de pocos meses. A pesar de lo señalado, no era difícil contemplar niños mestizos en la mayor parte de las granjas americanas.

Mi esposa decidió partir hacia Portobelo sin realizar el viaje hasta África. Me había dicho que me ocupara de los asuntos concernientes a la pesquería, de los que nada quería saber pues los consideraba tarea propia de hombres, mientras ella convertía la casa en un hogar. Y cierto es que algo de razón de no dejaba de asistirle. El edificio que, dos años antes, adquirí a un comerciante portugués que se trasladaba más al sur, había permanecido desangelado ante la ausencia de manos femeninas en su gobierno. Mi esposa, que aún no lo había visitado pero que lo sabía todo de él a través de mis minuciosos relatos, quiso, con buen criterio, poner fin a tanta desidia: mientras yo me ocupaba de levantar una pesquería de perlas, ella haría lo propio con el hogar que tanto habíamos deseado.

No fueron pocos los agradables ratos que pasé en el golfo de Guinea imaginando la transformación que, al otro lado del océano, mi esposa emprendía para que un hogar pudiera ser llamado así. Me sentía satisfecho e impaciente. Quería terminar cuanto antes la recolección de negros y emprender rumbo hacia casa. Hacia casa. Me gustaba comenzar a pensar de esta forma.

Mi esposa, Angélica Visconti, había nacido en Génova y nada sabía de negros, de perlas y de eso que llamamos las Indias, hasta que yo le hablé de todo ello. Angélica, la verdad, no sabía demasiado de casi nada. Criada en medio de una opulencia centrípeta, miraba siempre hacia su interior cuando tenía que resolver alguna cuestión. Era el lema de los Visconti: lo que sucede, es nuestro. ¿Qué vio ella en un comerciante de Rentería? No lo sé, y

aún me lo pregunto. Pero, por primera vez en su vida, solicitó algo hacia fuera. Habló con su padre y le pidió que diera por roto el compromiso de boda que había sido concertado cuando ella tenía cinco años de edad. Por supuesto, el hombre se negó en redondo, pero murió una semana después ahogado en el puerto. Nadie sabe qué hacía Giovanni Visconti vagando en solitario en un territorio que le era ajeno, pero flotó boca abajo hasta que un marino se lanzó al agua para dar la vuelta al cuerpo y descubrir su identidad.

Angélica no lo dudó. Aprovechando el desconcierto de tan repentina muerte, viajó hasta San Sebastián y se entregó a mí. Nos casamos en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción de Rentería el 15 de mayo de 1627 y partimos, tres días más tarde, ella hacia Portobelo y yo en búsqueda de negros al golfo de Guinea.

Se sintió tentada de viajar conmigo. Si bien sentía un absoluto desinterés por todo lo relacionado con la pesquería, sí le atraía conocer, ver con sus propios ojos, cómo era un negro y cómo se le daba caza. Tanto me atosigó a preguntas durante los días anteriores a la partida, que me vi obligado a ofrecerle la posibilidad de viajar conmigo y comprobarlo por ella misma. Por suerte, el juicio no le abandonó en aquel momento y supo que su lugar estaba en la casa de Portobelo. Dijo que, para convertirla en un hogar antes de que yo llegase con los negros, había mucho trabajo que hacer. Me produjo un inmenso alivio conocer su decisión. Los negros no son agresivos y se dejan capturar con facilidad pero, aún así, el golfo de Guinea no es un lugar adecuado para una dama genovesa.

¿Cómo respiran los negros?, me decía. Y ésa parecía ser su principal inquietud. Tienen unas narices parecidas a las nuestras, pero peor esculpidas. Mi respuesta solía ser de esta índole. Y ella perdía la mirada en las alturas y dejaba volar su imaginación. El aire entrando en aquellas informes narices y viajando hacia quién sabe qué entrañas. La sorprendí en varias ocasiones contemplando a los animales del establo. ¿Respiran como ellos?, preguntaba Angélica. Más o menos, le respondía. Sí, como los animales del establo.

Sabíamos, no obstante, que nunca el aire de un animal y, en consecuencia, el de un negro, se mezcla con el de las personas. Y, aunque no podamos verlo, los aires de cada cual discurren por caminos separados. Algo así como el agua y el aceite: pueden haber

sido reunidos en el mismo recipiente pero nunca consiguen mezclarse. Incluso si se baten enérgicamente. Por otro lado, es lo lógico: a saber qué es lo que nos ocurriría al aunar alientos. ¿Requiere esto una explicación mayor? Me temo que no, pues por sí solo se explica.

Pero Angélica convirtió aquello en una obsesión. La respiración de los negros, se le oía musitar. Y corría a la biblioteca de su padre con la intención de hojear cuántos libros versaran sobre el tema. Quería estudiarlo todo, saberlo, conocer hasta el último resquicio de todo lo referente a los negros y su capacidad para respirar o, dicho de otro modo, de estar vivos, de erguirse como las personas y aparentarlo en la noche cerrada, para acoplarse con las hembras y reproducirse, para, en suma, ser casi humanos, ser casi nosotros. Desgraciadamente, Giovanni Visconti no había sentido jamás las mismas inquietudes intelectuales que su hija y, en su biblioteca, no descansaba ni un volumen en el que se hiciera referencia a los negros.

Pero, ¿de verdad existen?, llegó a preguntarse Angélica. Tuve que prometérselo solemnemente. Aguarda unos cuantos meses y podrás comprobarlo con tus propios ojos, añadí. Serán tantos los negros a tu servicio que, con el paso del tiempo, no creerás haber sido atendida nunca por sirvientes de tu mismo color. Olvidarás los años genoveses, los días de doncellas cristalinas y criados altivos. Lo olvidarás todo pues los negros habrán entrado en tu vida. Docenas de negros tibios y ruidosos, negros que se agazaparán en el miedo de tu presencia, negros que implorarán un gesto de condescendencia en tu rostro, negros, docenas de negros extendidos como alfombras a tus pies.

Pero tranquila, pues vuestros aires nunca se cruzarán. Los del negro viajarán a ras de suelo, como la bruma en los bosques, como el territorio en el que se dejan alimentar los animales de cuerpo informe, y, en cambio, más arriba, a la altura de tu pecho, el aire terso y dulce será sólo para ti y para quienes a ti se asemejen.

Porque Angélica tuvo a bien llevarse consigo un par de doncellas genovesas. Estuve de acuerdo cuando me lo consultó. Hay aspectos de la vida de una dama que una negra nunca podría comprender. Era, pues, necesario contar con alguien instruido desde su lozanía, alguien que hubiera mamado de la misma raíz, del mismo tronco

albuminal, de idéntica savia: blancas de natura, limpios los rostros e iluminadas las miradas. Claridad en los ceños y tersura en cada uno de los movimientos.

Cuando nos despedimos en el puerto de Pasajes, Angélica tuvo una última inspiración: probablemente su aire no baje hasta los pulmones, o no baje tanto como cae en nosotros, o reine en ellos una liviandad que nos sea desconocida y que merezca estudio. Su interés por la morfología de los negros me desconcertaba y recé, allí y en silencio, para que el largo viaje hasta Portobelo tranquilizara sus impulsos especulativos. Una dama europea, una mujer recién desposada y que viaja, acompañada de dos doncellas, hacia un lugar del que nada sabe, no debe dejarse influenciar por pensamientos inquietantes. Me reuní, sin que ella lo supiera, con el capitán del navío y le rogué que mantuviera especial cuidado de mi esposa. Una suma bajo la mano ayudaría. Le indiqué que mi esposa no hacía mucho que había perdido a su padre y esto, añadido al hecho de haber contraído matrimonio lejos de los suyos para, de inmediato, emprender viaje hacia el nuevo mundo, había conseguido turbarla en exceso. El capitán, como no podía ser de otra manera, me aseguró que a su cuidado personal quedaba. Él se ocuparía de su bienestar durante toda la travesía hasta América. Permanecería atento a cualquier distracción ajena a lo normal.

Me quedé más tranquilo, aunque no del todo sosegado. Pero tenía otros asuntos en los que pensar y tuve, forzosamente, que distraer mi atención del interés de mi esposa por la negritud. Bien, en el fondo me disponía a saciar sus anhelos de conocimiento proporcionándole ejemplares en los que aprender rectamente.

Todavía tuvo tiempo Angélica, mientras la besaba en la frente sobre la cubierta del barco, para murmurar algo acerca de la cortedad de los pulmones de los negros. Al parecer, la causa de que nuestros aires no se mezclaran, podría residir en el hecho, cuestionable aunque de fácil comprobación, de que los negros disponían de un par de pulmones notoriamente más cortos de que los nuestros. Merecería la pena investigar sobre ello. En Portobelo, añadí dando por zanjada la conversación.

Giovanni Visconti, ya está dicho, no mantenía interés alguno por los negros. Es más, sospecho que su conocimiento sobre ellos no

pasaba de ser accidental. Habría visto alguno con sus propios ojos, como todos, pero tras una vida sin apenas salir de Génova, en cuerpo y alma dedicado a la dirección de sus negocios y asuntos privados, al cultivo del espíritu y de la vida cómoda, poco podría señalar sobre ellos que no pudiera ser despachado en tres o cuatro frases más o menos atinadas: no tienen tantos huesos como las personas, carecen de trascendencia y no son criaturas de Dios. Suerte que, durante la Creación, el Señor tuvo el buen tino de ponerlos muy lejos de nosotros. Con un océano y varios mares de por medio, las cosas estaban donde debían estar. Y nada invitaba a que dejaran de estarlo.

De ahí que, en las escasas ocasiones que tuvimos para conversar antes de que falleciera repentinamente, me expusiera sus dudas acerca de mis propósitos. Yo le había explicado los planes que, desde hacía años, había ido urdiendo: una pesquería de ostras al otro lado del Atlántico. Su olfato para los negocios, a pesar de la inicial resistencia mostrada en torno al asunto de la utilización de negros, le orientó hacia el camino adecuado y decidió invertir en la empresa. Al principio me negué, pues contaba con el capital preciso, pero mis intenciones acerca de su hija decidieron la alianza: de acuerdo, le dije. Y unas semanas más tarde le mostré mis propósitos acerca de Angélica. Esto, claro, no le pareció tan bien. Y no porque fuera a llevarme a su hija, que era la única y, además, la heredera de toda su riqueza, sino porque este hecho trastocaba todos sus planes desde tiempo atrás forjados.

Giovanni Visconti iba a casar a su hija con quien él decidiera, y opino que, de no haber sido por su muerte, lo habría conseguido. Sinceramente, no creo que ni Angélica ni yo tuviéramos demasiadas posibilidades. Confiaba en mí, sí, pero como socio en los negocios, como parte de su estrategia para introducirse en las Indias. Lo que más allá de esto fuera, estaba lejos de mi alcance. De ahí que, y que Dios me perdone, sentí cierto alivio cuando el marino se lanzó al agua del puerto y dio la vuelta a aquel cuerpo flotante: Visconti, el viejo Visconti, había dejado de respirar. Sus pulmones, cortos o largos, habían dejado de inspirar aire para siempre.

Angélica tomaba, entonces, un barco hacia San Sebastián. Nombró a un administrador y lo dejó al cargo de los negocios. Él se

ocuparía de todo. No había hermanos y la madre de mi esposa había muerto en el parto. Vivían algunos tíos y tías que jamás llegué a conocer en persona y supe de varios primos que revoloteaban en torno a la fortuna familiar, pero ninguno de ellos tenía derechos sobre el capital que Angélica heredaba. Dicho de otra forma, todo lo de los Visconti era ahora mío. ¿Sentí la tentación de dar por suspendidos mis planes y trasladarme hasta Génova para situarme al frente de imperio Visconti? Sí, he de confesar que, por un momento, barajé la posibilidad. Pero, ¿qué hacía un Bengoa en medio de la decadente sociedad genovesa? No, los Bengoa llevábamos casi un siglo navegando hacia el poniente. Nada se nos había perdido en el Mediterráneo. Quería participar en la construcción del nuevo mundo, deseaba levantarme cada mañana y sentir que lo que entre mis manos crecía era importante, que la vida me sonreía, que yo escribía con mi propia tinta. En Génova, nada de eso podría tener lugar. Con un poco de suerte, la lenta agonía de la ciudad se prolongaría unos cuantos años más. Quizás me diese tiempo a vivir una vida cómoda y atendida. Era posible que, incluso, no llegase a ver el final. ¿Y a cambio? A cambio la más anodina de las existencias.

Subirme, por tercera vez, a un barco negrero y poner proa hacia el golfo de Guinea fue una acertada decisión. Al menos, lo fue a medias. Cierto es que los acontecimientos posteriores empañaron mi felicidad, pero no me arrepiento. Mi lugar estaba en la pesquería, viendo cómo el sol amanecía sobre Portobelo. Yo, y mis treinta negros, hembras aparte, recién traídos de África.

La travesía no fue todo lo mal que habíamos pronosticado. Algunos murieron, pero con eso ya contábamos. Existe un desgaste natural con el que hay que contar. Por este motivo, siempre se atrapan más negros de la cuenta. Para evitar quedarse cortos y tener que retornar a por más. O acudir a un mercado y comprar, caro y no siempre en óptimo estado, lo que entonces haya disponible. Elegí a treinta varones y doce hembras con sus vástagos. Perdí cuatro machos y tres hembras, además de varios niños. En suma, un buen traslado. Mis socios iruneses no tuvieron la misma suerte. Sus lotes parecían tocados por la mala fortuna y pronto se echaron a perder. Uno de ellos vio cómo su número de negros menguaba a la mitad. El otro tuvo que dar por perdido todo el género. Una muerte tan

fulminante como invisible acabó con ellos. A los pocos que lograron sobrevivir, él mismo les dio muerte en medio de un ataque de ira. Sus destinos quedaban en entredicho. Tratamos de animarle, incluso me ofrecí a prestarle el dinero necesario para intentar una nueva travesía, pero desistió. Dijo que nada se podía hacer, que la muerte de sus negros no suponía sino una señal, una advertencia: su lugar no estaba en las Indias. Resolvió, en consecuencia, regresar a casa y tratar de rehacer su vida allí. Algo habría para él en Irún. Compraría una pequeña embarcación y saldría a mercadear con los franceses.

Atrapábamos a los negros tras correr un rato tras ellos. Cuando, tras un tiempo practicándolo, adquiríamos cierta experiencia en la caza, nos dábamos cuenta de que era mejor, sobre todo al principio, dejarles correr libremente y seguirles a una distancia prudencial. Su tendencia es la de ocultarse en el interior de los poblados donde desarrollan la vida, de manera que no existe mejor forma de conocer su ubicación: seguíamos a los negros y creábamos en ellos la ilusión de que disponían de alguna posibilidad. Después, cuando nos dirigían hasta el poblado, entrábamos en él y cobrábamos las mejores piezas.

Se anillaba a los negros desde el primer momento. En la misma playa, o en un claro del bosque, repartíamos el botín: los varones se dividían en cupos proporcionales a la inversión de los socios. Con los iruneses no se hicieron diferencias y fuimos a partes iguales. No se discute por un negro a no ser que sea excepcional. Por lo demás, cualquier varón joven y sano es válido. Separamos a estos en tres grupos y adjudicamos nuestras marcas a cada uno de ellos. Por supuesto, era necesario hallar a las hembras correspondientes y unirlas al lote. El negro, está comprobado, es más dócil cuando viaja acompañado de su hembra y de la prole de ambos. Se tiende en el piso de la nave y aguarda a que algo suceda. Tampoco tiene demasiadas opciones: no puede erguirse, pues el bajo techo de la entrecubierta lo imposibilita, y debe limitarse a ocupar el escaso arco que permiten las cadenas con las que se le ase.

Curiosamente, añado, el negro que causa problemas durante la travesía, que no se somete, que planta cara a los que le acercan un cuenco de alimento, esos negros, por lo general, son lo que, después, mejor resultan para la tarea cotidiana. Se hace necesario,

por supuesto, un proceso de amansamiento que precisa de profundos conocimientos: muchos rompen al negro antes de darle forma definitiva. En ese caso, el negro queda inservible y hay que sacrificarlo. Pero el negro conducido y adiestrado con oficio, ese negro que ha sido rebelde pero que ya se ha apaciguado, es el mejor negro. Sin ningún género de duda.

Durante el periodo de estancia en el golfo de Guinea, se permite que los hombres que lo deseen prueben a las hembras negras. Eso sí, es condición indispensable que no pertenezcan a ningún lote. Se recurre, entonces, a todas aquellas que, por uno u otro motivo, han sido desechadas y quedarán en tierra. Algunas son demasiado jóvenes, otras demasiado viejas y algunas están desparejadas. Todas ésas se desechan. ¿De qué sirve una hembra si no dispone de un varón que la cubra y asegure, así, el suministro de mano de obra futura?

Algunos desdeñaban la copulación con las negras. Se negaban en redondo y despreciaban a aquellos que sí lo hacían. Yacer con negras, para ellos, era como acceder a un animal salvaje. Dios no podía estar de acuerdo con tal perversión. Sin embargo, otros, menos remilgados, abrían cuantas podían y se aliviaban en ellas. El capitán y la oficialidad del navío no veían con malos ojos tal proceder. Era lo habitual, decían, y los hombres que practicaban coitos con negras abordaban la travesía hacia las Indias con mayor frialdad de ánimo.

Se recomendaba, no obstante, evitar a todas las que no habían alcanzado la pubertad. Tenían que tener protuberantes los pechos, al menos, para llenar la cuenca de una mano. La razón era simple: los negros solían encolerizarse al contemplar cómo se copulaba con impúberes. A pesar de todo, de los avisos y de las recomendaciones, de ese néctar bebían muchos hombres. Se trataba de un manjar, decían, al alcance solamente de unos pocos, que cambia a aquél que lo cata. Abrir las piernas de una negrita sin acometida previa sobre ella y aprender allí cómo el placer puede alcanzar cimas que al resto de los mortales se nos escapan.

Dicho está que las hembras pertenecientes a los lotes eran intocables. Nadie, ni siquiera los oficiales, podían hacer uso de ellas. Teníamos que preservarlas para el futuro. Se las reunía junto a

los varones y se las alimentaba convenientemente. Se marcaban con el cuño correspondiente a cada hombre y se las embarcaba por separado. Había que evitar cópulas a bordo. El negro tenía que ahorrar fuerzas pues, en la dureza de la travesía, iba a requerirlas todas para conseguir sobrevivir.

Cuando uno de los hombres, y esto, de vez en cuando, solía suceder, tocaba a una hembra marcada, era reprendido con energía. Yo mismo me vi en el trance de hacerlo en dos o tres ocasiones. Si el hombre reincidía, el castigo podía ir a mayores. Nadie tenía derecho a tocar la propiedad ajena y, si se hacía y se ocasionaban daños irreversibles, tenía que satisfacerse una cantidad a modo de compensación. No obstante, era preferible que todo estuviera en su sitio: los hombres a un lado y los negros y las hembras al otro. Quien deseara alivios carnales, que descendiera a tierra y se apurara, pues durante la travesía nadie cataría hembra.

Yo, he de confesarlo para finalizar mi exposición primera, siento animadversión por el yacimiento con negras. Las considero apropiadas, más aún diría, adecuadas, para el trabajo en una hacienda: se esmeran y anida en ellas el anhelo de pasar desapercibidas. La mejor negra, es la negra invisible a la vista. Uno se da cuenta de que duerme en sábanas limpias, de que ponen comida en su plato, de que todo es, en suma, normal. Pero no ve a quien lo hace. Así debe ser. La negra sirve cuando está al otro lado de la percepción. Y añado: que se le inculque a nuestros hijos esta enseñanza, pues sólo podrán valorar en su justa medida la valía de las negras cuando éstas permanezcan más allá de sus miradas. El muchacho que vea una negra y que se deje influenciar por su anatomía perversa, podrá caer preso de infames pensamientos. Porque los muchachos no conocen, en toda su extensión, la justa verdad de la vida, lo que es y lo que debe ser, y pueden dejarse llevar por el torrente de los instintos.

Ya que he confesado mi desafecto por la fisicidad de las negras, admitiré ahora que yo también probé una. No me siento orgulloso de ello, pero tampoco me arrepiento. Lo hice y lo admito. Es todo. Ocurrió en aquel mismo viaje, en mi tercer y último viaje al golfo de Guinea. Los hombres habían trabajado duro a lo largo de la jornada y descansaban antes de la cena. Habíamos emplazado un pequeño campamento cerca de la playa, siempre sin perder de vista

la nave. Los negros aún no habían sido embarcados, pues la marca y el anillaje no concluirían hasta uno o dos días después. De hecho, aún, aunque en menor medida, se procedía a capturar algún negro que completara, así, un lote determinado. Los iruneses querían negros con unas cualidades muy específicas, y los hombres, por ello, tuvieron que esmerarse mucho para obtenerlos. Incluso se pusieron varios ejemplares en libertad. No respondían a las características deseadas y se les liberó. Cargar con ellos, no ya durante la travesía, sino a lo largo del resto de sus vidas, carecía de sentido. Mejor liberarlos en ese momento y permitir que continuaran su vida en África. Quizás otros tratantes sacaran mejor provecho de ellos.

Con el sol cayendo sobre el mar, me dispuse a revisar las piezas. Se había separado a los machos de las hembras y quedaban todos agrupados en un gran corral dividido por una empalizada. Hice lo que se supone que a cualquier hombre le está proscrito: tomé una hembra de las ya anilladas y la llevé a la espesura. Añado que la hembra en cuestión portaba mi marca, de modo que sólo a mí me habría causado perjuicio si se hubiera echado a perder, pero, aun así, no estaba bien. Debe el dueño dar ejemplo a sus hombres y no procede echarse con las negras en la maleza. Bien, lo hice, sí lo hice. Digo que no siento vergüenza de ello, pero tampoco me jacto.

Debía tener doce o trece años de edad. La negra era extremadamente negra, como si los hubiera vivido a sol cayente. Mas sus ojos hablaban en forma idéntica a los de una hembra una docena de veces parida: inteligente como las alimañas que no buscan comida sino venganza. Esa misma mirada fue la que me atrapó, la que hizo que cayera por el precipicio de los deseos inconcebibles, de la negación de mi esencia, de la razón alterada. Sí, porque sólo así podría definir lo que sucedió. La vi, me miró y lo de dentro se me rompió. Por suerte, más tarde pude recomponerlo, pero eso fue más tarde.

Entonces, entré en el corral, hice que los negros se apartaran golpeándoles con una vara, la busqué, tomé uno de sus brazos y la saqué de allí. La espesura estaba ahí al lado, de modo que no tuve que caminar demasiado. La negra estaba casi desnuda y mi brusquedad no tardó en derrotar lo poco que le cubría. No son, aprovecho para añadir, los negros seres pudorosos, pues muestran lo que Dios ha puesto en ellos con semejante frescura a la de los

animales de la selva. No parecen hechos para ellos las vestimentas y el decoro.

Abrí las piernas de la negra y tuve que mirar fijamente para ver algo en aquella oscuridad. El follaje no ayudaba, pero es que la negra tenía el abismo entre las piernas, un abismo que olisqueé como si del perfume de la salvación se tratara. No tardé en darme cuenta de que mi lengua se estaba perdiendo en aquellos entresijos dulces y salados, ásperos y húmedos, agrestes y delicados. Ella, la negra, hizo entonces algo que no podré olvidar jamás: me abrazó con sus brazos de niña y revolvió mi pelo. Gemía en cada embiste de la lengua, en cada succión, cada vez que mi nariz buscaba lo más profundo en ella.

El vello de su pubis, escaso y aromático, se desprendía dentro de mi lengua. Y yo lo tragaba porque, en ese momento, cualquier otra opción me habría parecido desconsiderada. Digo que, extrañamente, la negra adquirió una condición cercana a la de mujer. Creo que no podría ser de otra forma si estaba conmigo. Era una hembra perteneciente a otra especie, sí, pero, a veces, si la miraba al fondo de aquellos ojos feroces, veía un lobo apareándose en la noche, olisqueando las presas sin perder el contacto con su amante, diciéndole al viento cuál era el camino correcto hacia ese lugar donde los animales respiran la muerte.

La penetré varias veces. No sabría decir cuántas, ni siquiera cómo. Sé que fueron varias veces, que tras cada alivio, regresaba una erección que debía saciar, como si yo mismo fuera un animal, como si yo mismo fuera un negro ansioso de aparearse. A ratos, regresaba a la lucidez y recordaba que yo era Juan de Bengoa y Urbieta, que había nacido mucho más al norte, en Rentería, que no era un negro fornicante, no, que no era un negro y que aquello que gemía debajo de mí no era una hembra sino otra cosa. Soñé, lo confieso, que éramos un hombre y una mujer. La muchacha dijo algo en mi oído que no pude comprender. Pero el tono de su voz nació claro: era el deseo el que hablaba por ella.

Exhausto, caía boca arriba en la maleza. Gruñeron algunos animales ocultos pero nada me importó: no me mantuve en alerta y cualquiera de ellos habría podido dar cuenta de mí si lo hubiera deseado. Bengoa, el indefenso, se había dejado llevar por la más infame de las locuras: una niña negra entre las piernas, un sexo con

olor a fruto del bosque, a invierno junto a la lumbre, a luz tras la niebla. La miré y ella me miró. Alargó una mano y volvió a tocarme, esta vez en el rostro. Pero ya era tarde para todo pues yo había regresado a mi mundo, a ese lugar que nunca debí abandonar. Pensé en mi esposa. Quizás ya hubiera tomado tierra en Portobelo. Sí, probablemente se estaba ocupando de poner orden en la casa, de levantar los pilares de lo que habría de ser un hogar, de perfumar cuidadosamente las sábanas que nos acogerían semanas más tarde. Ansié el instante de abrazarla. Allí, tumbado en la mitad de la selva junto a una negra sin nombre y una mirada que se desdibujaba por momentos, deseé que Angélica fuera ésa que estaba a mi lado en la maleza.

Con este pensamiento golpeando el interior de mi cabeza, me volví. La negra seguía siendo tan negra y tan niña como antes, pero ahora, además, me lo escupía en el rostro. Creí que su insolencia debía ser castigada. No más tarde, no, sino en ese mismo instante. Giré sobre mi costado y acaricié sus incipientes pechos. Sentí cómo los pezones de la negra se endurecían en mis manos, cómo volvía a cerrar los ojos y a gemir tan despacio que daba grima. Subí mis manos hasta el cuello y lo rodeé. Aún me sobraban dedos para hacer lo que hice, tal era la fragilidad de la negra. Apreté y no hubo ni un estertor. Se murió sin abrir los ojos, sin dejar de gemir. Pasó del placer al pánico sin conocer los motivos. No hacía falta decir nada, explicitar los porqués. La negra llevaba mi marca y, en consecuencia, a mí me pertenecía. Era la negra de un renteriano, de un hombre libre que sabe y dice lo que quiere. La maté y, con su muerte, esquivé al desasosiego que me había desconcertado.

Quieta en la maleza. Parecía dormida. Parecía un cuenco de tranquilidad. Volví a sentir una erección y aún la abrí una vez más. Se me había muerto con los ojos cerrados y sentí la furia por la mirada hurtada. Yo, Bengoa, era el dueño de todas las negras que se pusieran a mi alcance. Podía disponer de vidas y miradas con el solo deseo explícito en el dedo índice de mi mano derecha, y ahora aquella negra me castigaba con el desdén infinito de la indiferencia.

Con sumo cuidado, sin salirme del interior de la negra, abrí sus ojos con mis pulgares. Ahí estaba, por fin, la mirada que deseaba. Debía sostenérmela hasta el final, sí, debía ser mía sin término medio. Golpeé en su vientre con furor, sintiendo cómo la

desgarraba, cómo rompía lo que ya jamás podría ser restaurado. No vacilé y perdí el sentido del tiempo varias veces. Lo perdía y lo recuperaba pues asido a la mirada de la negra estaba. Era el cabo al que tenía que aferrarme para no perderlo todo. Como el ángel de la guarda vela por uno a sus espaldas, la mirada de la negra proporcionaba luz y paz en el frente.

Volví, con tiento, a cerrar sus ojos una vez que todo hubo terminado. Esta vez sí, esta vez era el final verdadero. Ya no habría más vuelcos sobre la niña. La miré, me puse en pie y, mientras me vestía, comencé a caminar hacia el lugar en el que los míos se hallaban. Todo estaba en calma y la noche se cerraba. Habían preparado la cena y alguien me dijo que, si todo iba como debía, al día siguiente levantaríamos anclas.

Capítulo 3

El silencio

Las columnas de humo se alzaban sin titubeos y corrían a llenar el espacio que las nubes prestaban. En una tarde despejada y tranquila, la presencia de los franceses en Rentería había terminado en tragedia. Las tropas de Luis XIII no dudaban en cruzar el Bidasoa y dar cuenta de todo lo que a su paso encontraban. De eso se trataba la guerra. De perder toda perspectiva y arrasar con fuego, penes y violencia. Sí, penes, grandes penes tan enhiestos como las columnas de humo que el fuego producía. De eso trataba la guerra: de perder los hábitos y dejarse llevar por las entrañas, de hender lo de los enemigos y apretarse entre las piernas de sus mujeres. No importaba la edad. Importaba el delirio. Niñas y ancianas también estaban incluidas en el quebranto de la dignidad. Después de la violencia, fuego, y después del fuego, humo. Tras el humo, un silencio impasible que ni la tarde más espléndida podía turbar.

Giovanni Bengoa observaba las columnas de humo desde lo alto de una loma. Su objetivo no era otro que el de cruzar el río e internarse en Francia. Le habían dicho que en territorio de Luis XIII nada podía temer. La penuria tocaría a su fin y sería, de nuevo, un hombre libre. Bastaba con pisar la playa francesa. Entonces, los españoles no podrían hacer nada. Sería un hombre libre y el color de su piel dejaría de importar. Se tornaría invisible, transparente a los ojos de los habitantes de aquella bendita tierra. Eso decían. Eso le habían dicho. Él, por supuesto, lo creía sin dudarlo. ¿Qué otra cosa podía hacer? Se trataba de lo único a lo que podía asirse: a la posibilidad de dejar atrás el sometimiento más infame para

emprender una nueva vida entre iguales.

Sin embargo, el humo atrajo su atención. No eran simples hogueras en las que los lugareños quemaban la hojarasca de otoño. Eran algo más. Mucho más. Las columnas tenían el espesor de una torre y crecían como hongos que se abrían a la altura de las nubes. Allí donde debía reinar la blancura, algo sucio y tenebroso tomaba forma. La tomaba y la abandonaba, tal era su naturaleza inicua.

Bengoa resolvió acercarse hasta el pueblo, siempre con precaución para no ser descubierto, y tratar de conocer algo más en torno a lo que allí sucedía. El humo no auguraba nada bueno. No tenía que ver con él y su ruta, pero, ¿por qué no demorar el paso del río hasta la mañana siguiente si, a cambio, algo esplendoroso podían sus ojos contemplar? Porque de algo así tenía que tratarse. La violencia estaba tras el silencio del humo. Podía olerla desde su refugio en el promontorio.

Bajó hasta el valle sin abandonar la sombra de los árboles. Por suerte, el bosque se extendía hasta el mismo pueblo y habría ido más allá si de él hubiera dependido. Los renterianos, siglo a siglo, habían conseguido mantenerlo dentro de lo que ellos consideraban sus límites. Límites para el bosque, sí, eso creían los renterianos. De momento, lo estaban logrando, pero bastaría un pequeño descuido para que todo volviera al orden natural: un bosque tan extenso como la tierra permita. Sólo las playas y los barrancos establecerían linderos definidos. Lo demás, espesura y bruma para los animales de cuerpo pegado al suelo.

Las tropas francesas habían realizado una incursión salvaje. Esta vez no dejaban mucho tras de sí. Bengoa contó con los dedos de las manos y tuvo que comenzar de nuevo estirando uno: once casas se mantenían en pie. El resto estaban siendo consumidas por las llamas. Le extrañó, antes de nada y sobre todo lo demás, que apenas brotaran sonidos del desastre. Él, que había conocido la muerte y cada uno de los rostros con los que adviene, sabía que ésta siempre solía ser ruidosa. Alborotaba la destrucción, sí, como si del llanto de un niño hambriento se tratase: nunca es suficiente el alimento con el que se azuza al mal.

Pero Rentería terminaba de consumirse en silencio. Algunos animales, tocados de muerte aunque aún respirando, lo hacían con

la tranquilidad de quien sabe que todo está perdido. Miraron, con ojos de vaca, con ojos de carnero, con ojos de gallina que empolla a la desesperada, a Bengoa. Y Bengoa les devolvió la mirada, una mirada vacía, estúpida y negra. A él no le importaba nada de lo que allí había sucedido. A su presencia sólo la guiaba la curiosidad. Aquellos animales no eran de su incumbencia. Tampoco lo eran las techumbres ardiendo, los restos humeantes, algún que otro cuerpo humano gimiendo con torpeza y fragmentando, así, el lento y lúcido devenir de la muerte. Curiosidad para sus ojos, para una mirada que a nadie salvaba porque, ni lo podía, ni lo intentaba.

Once casas todavía en pie. Ése era el germen para la reconstrucción. Si los renterianos decidían volver a empezar, tendría que ser a partir de once casas. Una buena oportunidad para dibujar un trazo nuevo a las calles, para dibujar un nuevo trazo en las vidas. Los franceses volverían en el futuro, posiblemente, y destruirían de nuevo lo que a partir de ahora se reconstruyese, sin duda, pero quizás, quizás en la próxima ocasión, serían quince o dieciséis las edificaciones sobrevivientes. O más.

Bengoa sintió la tentación de mezclar su semilla con los de allí. A fin de cuentas, se trataba de una bella venganza por todo lo sufrido. ¿Cuántas renterianas quedaban en pie? Trató de contar. Doce, quizás hasta una veintena. Desechó a las que no podrían engendrar y se quedó con siete. Siete mujeres y ningún varón a la vista. Sí, sabía que los franceses ya habrían hecho uso de ellas antes, pero no importaba: merecía la pena intentarlo. No todas habrían quedado encinta. Al contrario, sabía de la torpeza de los blancos y de sus penes poco hábiles.

Siete mujeres, siete. Y, después, todos los renterianos, generaciones y generaciones de renterianos, hombres que se tendrían a sí mismos como esencia misma de la tierra que les acogía, no serían otra cosa que negros, negros hijos de un esclavo en búsqueda de la libertad.

Aún podía recordar cómo se hacía. No era cosa que un hombre olvidase. Él, una vez, tuvo una familia. Después se la mataron, pero, una vez, la tuvo. Su esposa y, además, lo de Portobelo, que es tema aparte. No sería la primera vez que yaciera con blanca, no. Mientras tanto, ahora tenía un miembro rebosante de negritud y siete blancas indefensas y aturdidas por el silencio. Bien, recordaba los

procedimientos. Sabía de algunos sutiles y encantadores y había presenciado los ruines y salvajes. Optó por estos últimos. En esta tierra no había lugar para más.

Las blancas buscaban refugio en el ruido y comenzaron a mascullar en su lengua. Bengoa atrapó a la primera, y después a otra, y a otra, así hasta completar la siembra. Siete, siete mujeres renterianas llevaban su esencia latigándoles en las entrañas. Abriéndose camino hacia un futuro incierto. Él, Bengoa, el hombre que había olvidado su verdadero nombre, sonrió. En silencio, para no turbar lo que se había tornado indescriptible: un ronroneo que el hayedo contemplaba desde lejos sin poder dar un paso para destrozarlo.

Oh, sí, un ronroneo. ¿Acaso no es el lado suave del estruendo la forma más venerable de silencio? Bastaba, y aún basta, acostumbrarse a escuchar el ruido para aprender a no oír. Sencillo, hasta los niños que lactan son capaces de conseguirlo. El bosque puede atronar bajo el ímpetu de cien vientos y, sin embargo, estar el pueblo acogido por la candidez de un silencio cariñoso. Brazos de mujer que mecen, brazos de anciano que atesoran. En el lado suave de los ruidos, Bengoa buscaba la venganza. Siete veces y siete semillas. Y negritud para siete siglos de generaciones renterianas.

¿Por qué?, preguntó una de ellas. Porque pertenezco al otro lado, al lugar de la invisible espesura, donde los hombres no lo son, las mujeres menos aún y ni el aliento merecen los débiles. Después, le apartó las piernas e hizo de su miembro resarcimiento. Embistió sobre ella sin demasiado afán. Iba en cuarto lugar. O en quinto. No lo podía recordar. Había otras esperándole e incluso a él, pobre diablo sin instrucción ni sabiduría, le pareció que poco hacían por resistirse. Al contrario, daba la impresión de que se resignaban, se resignaban al castigo que había de serles impuesto. Ellas, que, a fin de cuentas, simplemente estaban ahí abriendo las piernas a un negro como un rato antes lo habían hecho a los franceses, aceptaban el mestizaje de su raza. De acuerdo, si de algo habían sido culpables sus antepasados, pagarían con creces los que vinieran tras ellas. Alumbrarían vástagos mulatos: un trozo de esencia renteriana, de blancura inmaculada, de encaste milenario, junto a otro trozo, junto a un pedazo de tiniebla, de negrura desconocida, de parto atroz en inconcebible.

Aceptaban la desdicha. Y, eso sí, se persignaban e imploraban a Dios para que la semilla quedase lo suficientemente diluida y que la sucesión de las generaciones pudiera darla por zanjada. Se arrodillaban mientras aguardaban al negro, a Bengoa y a sus manos de lento afán. Y él les levantaba los harapos y buscaba entre las telas. Y daba con el punto exacto por el que introducir su venganza.

Quedó exhausto, pero no satisfecho. Estaba vacío y no porque se hubiera vaciado como nunca lo había hecho, sino ante la ausencia de sentimientos: con sus semillas había marchado la violencia. Sin el arrebato bajo la piel, sin nada que tirara de él hacia fuera, se quedó quieto en medio del silencio. Las mujeres que acababa de violar retornaron a las casas y se reunieron con lo que de la comunidad quedaba. Nadie molestó a Bengoa. Cierto era que alguien podría haber asido con fuerza una guadaña, o un cuchillo, o lo que más a mano tuviese y, aprovechando el ensimismamiento del negro, dar buena cuenta de él, pero no, nadie dio ese paso, nadie pretendió que la violencia regresara. Se aceptaron los sacrificios y comenzó la reconstrucción. Si de ahora en adelante debían ser todos negros, lo serían.

Bengoa comenzó a caminar sin rumbo fijo. Dio tumbos por el pueblo y acabó con los pies enterrados en la marisma. Dirigió la mirada hacia el este y pudo ver cómo unas montañas de cimas inusualmente abruptas en una tierra de lomas y redondeos, quebraban la dulzura del horizonte. Francia, se dijo, el lugar hacia el que debía caminar. Francia, la recuperación del sonido en la brisa.

Salió de la marisma y, con la mano, se sacudió el agua pegada a las piernas, con esa misma mano que un rato antes había decidido destinos en el bosque. Buscó una ruta que bordease el pueblo pero no la halló, de modo que tuvo que volver a caminar entre los restos del asalto. Ahora, más calmado, pudo contemplar la eficacia de las tropas francesas. Debían haber realizado esto muchas veces, pues la pericia había gobernado la destrucción. Ni una sola de las casas a las que dieron al fuego, consiguió salvar, cuanto menos, unas pocas vigas. No, ni eso. Todo ardió perfectamente, como atendiendo a un plan de quema preconcebido. Y eso que el fuego tiene tendencia al desgobierno. Los franceses, sin embargo, administraron la muerte

de igual forma con la que se distribuyen cántaros de agua en tiempos de sequía: uniformemente y sin dejar nada al azar. De ahí que todas las columnas de humo, de las que aún varias mantenían cierta energía, se alzaran hacia el cielo imitando la planta del incendio que les daba la vida: cuadradas y certeras, sin huecos ni transparencias.

Gotitas de agua resbalaban por sus piernas dejando rastros de sal en la piel. El viento que corría a ras de suelo, como la bruma, como los animales agazapados en ella, lamió los surcos y trabó poros. Era como si sólo la mar y el aire hubieran decidido que no podía abandonar el lugar sin intentar un desagravio. Bengoa era mucho más poderoso que todo eso y ni siquiera prestó atención al viento en las piernas. Descalzo, como siempre había estado, pisó brasas y caminó hasta el mismo lugar en el que la negritud se convirtió en renteriana. Echó un vistazo, un último vistazo y encaró el silencio.

Quiso, a la calma, hacerle una pregunta. Se trataba de una pregunta muy sencilla, simple de responder. La pregunta era ésa que se interesaba por el origen del orden. Y que no le dijeran que Dios así lo había dispuesto pues él, él, en verdad, no creía en Dios. No, al menos, en ese Dios inventado por los blancos a su imagen y semejanza. Lo había tenido que escuchar una y mil veces: Dios tiene la piel del color de Europa. ¿Acaso puede ser de otra forma? ¿Acaso puede un negro soñar con un Dios negro? No, claro que no. Por eso, Bengoa renegaba de la religión de los blancos, de esa religión que, tiempo atrás, abrazara por deseo de su dueña. Pero no, todo había sido una farsa. Los negros callaban y admitían, como era su deber. Los blancos, raza estúpida donde las haya, interpretaban tal silencio como sumisa aceptación. ¿Y si se les hubiese dado la oportunidad de discrepar?

En el silencio, sí, en el silencio estaba la contención de años de sufrimiento. Ese silencio que ahora impregnaba el aire de Rentería. Bengoa pudo sonreír al pensar en ello: cuando la destrucción es total, cuando ya no queda nada que reconstruir, cuando los cuerpos, los espíritus y los pueblos son arrasados por los enemigos, tan sólo queda callarse, callarse como un muerto y aguardar a que lleguen tiempos mejores. Bengoa, que había sufrido lo que ahora vengaba, sabía, de primera mano, cuál era el color del silencio. Nada que ver con las pieles, nada. El color del silencio había que buscarlo en los

matices de las transparencias. Como el agua muta según lo que se encuentre tras ella, el silencio varía cuando el dolor está en su origen. No un dolor cualquiera: el dolor, el máximo dolor que sólo la destrucción extrema, la destrucción desde la que es imposible alzarse, provee.

Abrió los brazos y pensó en su poder. Había fecundado a unas cuantas blancas, sí, lo había hecho. Podía saberlo sólo con mirarlas a los ojos. Allí estaba su sangre negra corriendo por las venas de las renterianas. Callarían y empujarían hacia el futuro como si nada hubiera sucedido. Estaban acostumbradas a los desvaríos de los franceses. ¿Por qué no acostumbrarse, también, al circunstancial miembro de un negro? Mejor dicho, a sus consecuencias. Sí, qué más daba… Gestarían lo que llegase encomendándose a su Dios, al Dios blanco que nunca abandona a las blancas de buen corazón.

Bengoa de brazos abiertos en medio de las brasas. Su poder, extinguiendo el fuego en este pequeño trozo de Europa. Ni él mismo podría haber imaginado en un resarcimiento mejor. Unos cuantos muchachos con su sangre y el linaje renteriano, unos cuantos muchachos que trenzarían destinos con otras muchachas, y con otras, y así durante generaciones hasta más allá de los siglos. Soñó en una Europa concebida a partir de su semen. Soñó que él era Adán y aquellas siete mujeres, sus evas. El silencio bastaría para nombrar lo venidero. Como a él un desconocido le había impuesto un apellido con el que nada tenía que ver, ahora él imponía el suyo, y el suyo era la nada, la ausencia, lo innombrable.

Porque de nada les serviría conocer la verdad. Si, por algún azar del destino, los renterianos descubrían el secreto de las siete mujeres, procederían, raudos, a enterrarlo más aún. Baja capas de prohibición y de olvido, para que nada se supiese, para todo fuera penumbra. Sólo quedaría a salvo el linaje de los renterianos. Es decir, el linaje limpio, sin polucionar, la casta que les traía desde quién sabe qué tiempos inmemoriales. Una rémora más entre las que se ocultaban, ésas que algunos sabían, muchos intuían y todos negaban rotundamente. ¿Cuáles? Ninguna, ocultas, para siempre ocultas, como la de la contaminación de las sangres a manos de un negro extranjero.

Así era, extranjero. Bengoa siempre era y sería extranjero en Europa. No aspiraba a lo contrario. Quizás, tan sólo, a lo que

Francia prometía: tranquilidad para su cansado cuerpo y la ausencia de obligatoriedad en el culto. Sí, en el culto. Porque estaba deseoso de renegar de la fe cristiana. La consideraba falsa y, además, malvada pues de ella, a través de ella y con ella como justificación, únicamente las más salvajes arbitrariedades se habían cometido en los suyos. Esa gente negra que no había pedido nada sino que la dejaran en paz. Allá en su África natal, donde el mar es ruidoso, donde las olas se estrellas en las playas y penetran las bahías, donde los pájaros trinan porque ése es el lenguaje que les corresponde y no porque un Dios invisible lo ha dispuesto. Era tan absurdo, tan falto de sentido, que Bengoa sonrió al abrir los brazos y girar sobre sí mismo para poder, de esta forma, contemplarlo todo a su alrededor.

El antepasado perfecto, él era, ahora y allí, el antepasado perfecto. Ése del que todos descenderían, como si de un gran padre protector se tratara. Un padre que venía del ruido para actuar cuando el silencio reinara. Él, que inflexionó el momento de la pena final y les devolvió a todos un porvenir. Un porvenir para Rentería, para ese lugar extraño y cobarde que se protegía del mar tras una montaña lenta y poderosa, que burlaba las olas al fondo de una marisma, que decía adiós y miraba, sin rubor, hacia el valle.

Pidió, a gritos, que le miraran. Eso les dijo, que le miraran, porque así verían lo que lo habrían de ser. Eso les dijo, y las siete mujeres, incluso las que habían corrido a ocultarse, fueron a verle. Advirtieron un negro descalzo, girando en torno a sí con los brazos abiertos, un negro pobre, medio desnudo, con las marcas del sufrimiento impresas en el rostro. Y las del dolor en la espalda. Y las del miedo en el costado. Giovanni Bengoa llevaba escritas todas las marcas de los que habían sido condenados a, simplemente, no ser. Sin embargo, había resucitado de entre los suyos y allí estaba: lejos del lugar que se le suponía y a punto de alcanzar la naturaleza proscrita. Iba a ser libre, sí, eso o la muerte. Que alguien disparara sobre él en ese preciso instante si no iba a lograrlo. Rogó al Dios de los blancos, a ese Dios que se decía misericordioso, que le fulminara con un rayo si no estaba en su mano otorgarle la libertad. Sí, que lo hiciera, que lo hiciera ya y ante las siete renterianas que portaban, hacia el futuro, su semilla.

Habría esperado que la música se hubiera abierto paso entre las

nubes y que una sinfonía tan bella como destructora se hubiera ocupado de hacer todo el trabajo, pero no, nada de eso sucedió. El pobre Dios de los blancos se ocultaba tras la bruma que jamás alcanzaba el pueblo. Allá, en el bosque, donde las bestias se aparean lejos de miradas insidiosas.

No hubo música para Bengoa, no hubo Dios representándose a sí mismo como ser omnipotente. Sonrió, sonrió una vez más, y ésta mirando de frente al cielo: como los príncipes negros que se despliegan al sol del verano. Así era Bengoa, un pedazo de inquebrantable ánimo. Una presencia lamentable a ojos de las siete renterianas, una consciencia magistral con un futuro capaz de ser soportando en la envergadura de sus brazos extendidos.

Oh, Dios de los europeos, baja y da la cara. Eso decía. Pero nada sucedía. Ni la música ni la oportunidad para el resarcimiento. Nada, tan sólo un triste olor a quemado. Y un puñado de mujeres violadas y temerosas. No se apaga lo que no necesita prenderse, decía. Eso decía. Como el incendio de la ciudad cuando está en pleno apogeo. Es tan poderoso que olvida, por innecesarios, el origen y el destino. Está ahí, a la vista de todos, y eso basta. Porque acabará con lo que se le ponga por delante, porque no habrá conmiseración ni ante los niños que aún maman del pecho de su madres. Oh, Dios, baja y muestra tu rostro, deja que se escuche tu música, rompe el silencio mortal de este lugar.

Pero Dios no bajaba y los brazos de Bengoa continuaban estirándose en el vacío. Él establecía, en aquel momento y ante aquellas presencias, qué debía ser, hacia dónde existir y cómo evolucionar. Al igual que un incendio ardiendo por los cuatro costados, nada importaba sino la exaltación del instante. La vida y el fuego no nacían poco a poco y, por supuesto, no podían extinguirse con languidez. O eran o no lo eran. Simplemente. Sabía que se habían equivocado, que todo caminaba hacia un propósito errado, pero él reconocía las sendas que no hallan final, daba media vuelta y regresaba al origen. Como las bestias en la bruma, como esos bichos peludos que rozan las piernas en las caminatas hacia otro lugar.

Respiró un poco de humo y sintió, por fin, satisfacción. No, él no había provocado el incendio, pues de eso se ocupaban, en Rentería, siempre los franceses, pero caminaba entre los restos y aprovechaba

lo que a nadie le había sido útil. Pensó: cien años después de aquel día, decenas de negritos habrían asumido el gobierno de la vetusta Rentería. Ya nadie, entonces, recordaría el fatídico momento en el que los franceses decidieron incursionar una vez más y dar cuenta de sus enemigos. Eso siempre se olvida pronto. Menos todavía, evocarían al negro descalzo del que todos provenían. Y, sin embargo, no habría renteriano que conservase la pureza de su sangre. Estarían todos mezclados, sí, mezclados e intrincados sus linajes con la impureza africana, con la ausencia de vida, con la intermitencia en los sentidos, con la imposibilidad de morir pues lo que no está vivo, no perece: él, Bengoa, ser inmortal que se impulsaba entre las brasas hacia la libertad.

Caminó atravesando lo que hasta hace unas horas habían sido las estrechas callejuelas de Rentería. Una disposición medieval con dos plazas y tres calles que las unían, la de arriba, la de abajo y la de la mitad, un ojo sin pupila, una mirada ciega hacia lo foráneo. Así se construía tiempo atrás en este lugar desolado. Bengoa pensó en dioses torpes, en concubinas sin sexo, en adoración neutra y repetitiva. Estúpido Dios ése que, tan siquiera, tenía nombre propio.

No como los suyos. Sí, porque no era uno sino cien, mil. Uno en cada cosa, en cada trozo de camino, en los árboles, en los animales, en las flores echando el pétalo al aire. Todo estaba vivo, animado, rico en esencias. Aquí no. Aquí todo estaba muerto excepto a lo que Dios permitía la vida: unos cuantos hombres y mujeres que mezclaban sus cunas hasta que sólo tarados nacían de los vientres maternos. Él les había traído un soplo de aire fresco, una semilla fecunda y nueva. Y, con él, los antepasados muertos.

Los invocó al abrir sus brazos. Imploró para que fuera oído desde la tierra en la que había nacido. No sabría decir cuán lejos estaba, pero sospechaba que mucho. No había más que observar el entorno: aquí todo era distinto. No sólo las pieles de los hombres, no. También el curso de las aguas, el color de las semillas, el tiempo de los árboles. Parecían obviar lo más elemental: que estaban vivos, que permanecían vivos y que a su existencia no podían serle establecidos límites.

Bengoa caminó entre las brasas y abandonó el pueblo. Pisó piedras y, después, hierba. Volvió al bosque y a los linderos que llevaban hasta Francia. Iba a decir adiós, para siempre, a aquella

tierra yerma, al lugar donde la vida estaba negada simplemente porque los que la habitaban sentían el miedo, el miedo a considerarse en el espacio que cubre la envergadura de dos brazos abiertos. No estaban vivos y jamás lo estarían. Él había hecho lo posible poniendo su semen inédito en las hembras que habían sobrevivido al ataque de los franceses, pero poco más podía intentar. La venganza más sutil que se puede dedicar a quien se empeña en no existir, es retornarle a la vida. Y eso había hecho. Ahora debían apañárselas por su cuenta.

Capítulo 4

La travesía

Trasladar a los negros de un lado del océano hasta el otro, no es tarea fácil. El negro se mueve y la carga se descompensa. Estibar convenientemente un barco cargado de negros supone la principal tarea que todo navegante deseoso de cerrar un buen negocio debe tener en cuenta. Es preferible detenerse, antes de levar anclas, durante un día o dos, y asegurarse de que los pesos quedan adecuadamente repartidos. Por prisa o imprudencia, un barco puede escorarse de tal manera que el hundimiento deviene como único final posible: la carga se pierde por completo y la ruina asola, para siempre, a las familias de los que todo lo arriesgan en empresas negreras.

Porque trasladar negros puede llegar a ser muy ventajoso para ése que se dedica a ello, pero una sola pérdida, un solo hundimiento en años de propicias travesías, da al traste con todas las ilusiones: las pérdidas son tan importantes que muchos tardan una década en recuperarse del infortunio. Por ello, estibar correctamente debe ser la primera tarea de todo buen capitán. El negro, a diferencia de cualquier otra carga, se mueve, busca sus espacios, sus consanguinidades, lo afín entre los que constituyen el cargamento. Debe ser, con todos los medios al alcance de la tripulación, evitado. Un negro quieto vale por dos. Un negro quieto cuadruplica las posibilidades de llegar vivo al puerto de destino. Los otros, lo que se mueven, lo que quieren ser peces en el agua y olvidan su condición, se mueren con facilidad.

Para estibar la carga, hay que distribuir, primero, los espacios.

El negro no tiene por qué ponerse en pie, no ha de ir a ningún sitio, de modo que es absurdo malgastar los preciados huecos de una nave en facilitárselo. Ya podrá caminar cuando se tome tierra. Mientras, su deber es permanecer tumbado en el lugar que se le asigne. Está comprobado, por otra parte, que si al negro se le ofrecen posibilidades, el negro se acoge a ellas y trata de disfrutarlas. Porque el negro no sabe de cuentas ni de garantías: si el buque se va a pique, la pérdida es para el que lo fleta. No se ha de empujar al negro hacia la toma de decisiones. Se pondrá en pie si existe la posibilidad, luego mejor no ofrecérsela. Que el negro viaje acostado, que no se mueva, que mantenga la calma y coma y defeque cuando le sea indicado. Es por el bien de todos.

Los marinos que a esto se dedican, bien saben hacer su trabajo. Es preferible, para ahorrarse molestias durante la travesía, que el negro viaje atado. No son precisas cadenas gruesas ni argollas inviolables, no. A fin de cuentas, una nave en alta mar es una nave en alta mar. ¿Adónde van a ir los negros en el caso de que pudieran desasirse de sus ataduras? Por ello, bastan y sobran unas cuantas correas o cuerdas bien anudadas. Al negro le marcarán, en todo momento, su espacio, y nunca las evitará pues bien sabe que más allá de ellas sólo están los tiburones. Y el negro no piensa demasiado por sí mismo, pero conoce, sin atisbo de duda, lo que los tiburones pueden hacer con él.

Uno de los negros, un estupendo negro con la marca de Juan de Bengoa recién impresa en el rostro, buscaba, insistentemente, aquello que nunca un negro debe buscar: lo que les asemeja a nosotros. Ellos, los negros, son de otra forma, han sido construidos por Dios con otros materiales y están, todos lo saben, llenos de imperfecciones que los vuelven turbios. En el mejor de los casos, impuros. Atención, porque esto no es trivial: el negro que puede llegar a ser considerado impuro, debe darse por satisfecho. Los demás, la gran masa negra, informe y maloliente, jamás podrá aspirar a tanto. El negro es necio y se pega a las piernas como los animales peludos en la bruma. Bichos de cerebro disminuido que molestan cuando no deben, que callan cuando se les solicita que hablen, que aturden con su cháchara ininteligible en el momento destinado a la calma.

El negro de la palada de Bengoa era de estos. Un macho fuerte y

vigoroso, rebosante de energía. Bengoa debió de elegirlo por eso. Lo subió a la nave con toda la familia que se le había podido identificar. Después, en el transcurso de la travesía, se le murieron todos, pero él no, él sobrevivió como lo que era: un animal a prueba de todo infortunio. Si su dueño era capaz de apaciguarlo, podría dar por bueno el negocio.

Y bien que lo apaciguó. Cuando murió su gente, perdió la razón y hubo que pasarle por el látigo. Varias veces, incluso demasiadas a juicio de quienes se ocupaban del cuidado de los negros. No deben ser lastimados en exceso pues se corre el peligro de dejarlos inútiles. El látigo, es imprescindible, debe ser manejado por alguien con práctica. Nunca ha de ser entregado, sin supervisión, a manos inexperimentadas. Al negro hay que castigarle porque es lo que necesita, pero siempre dentro de un orden para no inutilizarlo. Cuántos novatos perdieron, por ensañamiento o inclemencia, excelentes ejemplares óptimos para el trabajo… Los dueños, por ello, se oponen al castigo excesivo sobre sus posesiones. Se debe mantener el orden, pero eso es todo. Para conseguirlo, nada mejor que unas sólidas ataduras.

El negro de Bengoa se entregó a la locura de la forma más salvaje que los marinos, en su larga experiencia, jamás habían contemplado. Gritaba y alteraba la calma. Tiraba de su cuerpo hasta que las ligaduras se le clavaron en la carne haciéndole sangrar. Fue aplacado con el látigo, sí, pero infructuosamente: continuaba herido por el dolor que la pérdida, primero de su hija, después del padre y, en los días finales de la travesía, de la hembra, le había causado. Se le retiraron los cuerpos y, aún así, continuaba enfurecido. En una ocasión, llegó a golpear a uno de los guardianes. Cuando se acercó a él con la intención de proporcionarle un cuenco de alimento, lo arrojó lejos de sí de un manotazo y la emprendió con el pobre hombre. Hubo que asistirlo y, entre tres o cuatro pares de brazos, se le pudo reducir. Hubieron de tomar la determinación de que, para evitar mayores males, realizara el resto del viaje separado de los demás negros. En la sentina de la nave, fue habilitado un pequeño rincón donde el negro tuvo cobijo. Las condiciones allí eran realmente desfavorables, ya que cualquier sentina aloja más o menos cantidad de agua en avanzado estado de putrefacción, pero el negro se lo había buscado. Al menos, quedó tranquilo y

encerrado en sus pensamientos.

Las marcas, si son recientes, y en las travesías hacia América siempre lo son, pueden llegar a infectarse. Se convierten, así, en un problema más dentro del barco. Nuevamente, la solución pasa por contar siempre con personal experimentado. Las marcas, que se imprimen al rojo sobre una de las mejillas, en el interior del muslo y en el abdomen, tienen que cauterizarse para que el negro no sufra en el futuro. Si no se hace bien, la herida se infecta, supura y causa dolor. Muchos de los que se dedican a la marca de negros, sobre todo cuando lo hacen por primera vez, sienten pena ante los alaridos de dolor. Pero han de saber que no empujar el hierro candente con toda la fuerza de que son capaces no conseguirá sino alargar el sufrimiento del negro. Por su bien, es mejor que sufra de una vez todo lo que ha de sufrir. Dos hombres sujetan al negro y otro imprime el hierro. Con fuerza, sin vacilación, haciendo caso omiso a los gritos de dolor. Así ha de ser, pues este dolor, si bien intenso cuando se provoca, desaparece rápidamente. Si se le trata de evitar sufrimiento no empujando el hierro con firmeza, el negro queda mal marcado y la herida se abre. Es cuestión de tiempo, se abre. Se infecta, supura y forma costra. Y eso, eso sí que es doloroso para el negro. Márquese, en consecuencia, siempre de la mano de alguien que sepa hacerlo, que tenga experiencia y pulso inconmovible.

Y, una vez a bordo, que no se muevan. Por el amor a Dios, que no se muevan pues el barco puede irse a pique con toda la carga. Éste, sin duda, es el peor destino que para un comerciante de negros existe. En el caso de Juan de Bengoa, que lo arriesgaba todo en un solo intento, con mayor razón. Si esa nave se hubiera hundido en medio del Atlántico, más le valdría haber perecido junto a la carga. ¿Qué le queda a un indiano si todo lo pierde antes de comenzar? Las ilusiones destrozadas y la vergüenza, la vergüenza ante los suyos de no haber sido capaz de emprender un miserable negocio allí donde la riqueza se cae sola de la copa de los árboles. Los ineptos se van a pique, los inútiles se van a pique, los desmañados se van a pique. ¿Quién quiere pertenecer a este grupo?

No es, de esta forma, anormal que algunos de los que no lo consiguieron, renuncien a regresar a casa y se pierdan por las tierras sin cristianizar. Dados al alcohol y a los más depravados

vicios, rondan las haciendas y prestan, de cuando en cuando, servicios cuya retribución dilapidan en menos tiempo del que les cuesta ganarla. Los dueños de las haciendas sienten compasión y no olvidan una cosa: que esos que vagan con lo puesto por ahí no sean ellos mismos, depende, si no enteramente, sí bastante de algo tan impredecible como el azar. La suerte que, a veces, se enroca lo suficiente para enviar, en una mala borrasca, un barco a pique con todos los negros dentro. Se escapa, así, la fortuna en cuatro olas. Luego, cesa el viento y ya está. Tranquilidad, una calma desasosegante y varios botes flotando a la deriva. Quien tenga, entonces, arrestos para lanzarse al agua y morir allí mismo, que lo haga. Más le vale. Si no lo hace, lo que le queda es la perdición más absoluta. Como si ellos mismos se convirtieran en negros que viajan al otro lado del océano: con la cabeza gacha e incapaces de erguirse. Soportando los flagelos del más incierto de los destinos. Y preguntándose por qué no tuvieron valor y se arrojaron al mar.

A estos hombres sin herencia, únicamente les escucha el arrullo de sus propios gemidos. De forma igual a como sucede en el interior de una nave que porta negros, los sollozos suponen la única prueba de que están vivos. Porque, y aquí muchos se sorprenden al conocerlo, los negros caen en un abismo depresivo del que les cuesta mucho tiempo emerger. Algunos les explican que todo va a ir bien, que les esperan en un lugar en el que, si trabajan adecuadamente y evitan los conflictos con sus dueños, podrán llevar una vida larga y plácida. Aun así, la mayoría se obceca y no sale de su ensimismamiento. El desconocimiento de cualquier lengua civilizada ahonda en la dificultad para resolver los problemas. Por eso, hay quien prefiere dejarlos en paz. Ya se ocupará el paso del tiempo de ponerlos en su sitio. Y, con sinceridad, a estos no les deja de asistir gran parte de razón.

Bengoa trasportó una buena palada de negros. Tuvo suerte y los encontró valiosos de verdad. La mayoría de ellos, por no decir todos, estaban sin contaminar cuando los encontraron en la selva. No habían visto jamás a un hombre blanco y lo desconocían todo sobre él. Un factor que, sin duda, juega a favor de los que los recolectan. Así, sin apenas enfrentamientos, aprovechando el estupor inicial, la sorpresa y el general desgobierno en el que los

negros viven, se les atrapa sin tener que herir a nadie. Y se puede, si es necesario, hacerlo, pero mejor evitarlo: la limpieza en las recolecciones dice mucho a favor de quien las lleva a cabo. Un buen cazador de negros atrapa cuantos quiere sin muertes ni apenas magulladuras.

Pero el negro sin marcar no es propiedad de nadie. Si muere, accidentalmente, por evento de la caza o, simplemente para solaz de los hombres, nada sucede. No pertenece a nadie, nadie ha invertido en él y, técnicamente, no existe pérdida. Aunque no es habitual, algún comerciante puede sentirse molesto sí, con anterioridad, había puesto los ojos sobre el ejemplar en cuestión. Basta, entonces, una disculpa para dejar zanjado el asunto. Hay más negros en la selva. Más negros que agacharán la cabeza al penetrar en las entrañas de la nave que les ha de llevar a su destino, y que no la volverán a erguir hasta que lo alcancen.

Es importante. La razón principal no puede ser distinta de la obvia: los techos bajos consiguen que el espacio quede mucho mejor aprovechado. El negro no precisa de más. Con un lugar para echarse, tiene suficiente. Pero, quienes de esto saben mucho, afirman que evitar el erguimiento previene, además, la rebelión. Podría añadirse mucho al respecto y no son pocos los que, sin ser neófitos en la trata, sostienen lo contrario. La reflexión, en consecuencia, ha de ser pausada y abarcar todos los flancos de la tesis.

El negro no se parece a cualquier otro tipo de mercancía: se mueve y, además, trata de erguirse. Eso está dicho. A diferencia del ganado, que puede viajar durante semanas sin mostrar hastío, el negro no, el negro se inquieta y no respira bien en la oscuridad. Se le atoran las vías respiratorias, quizás porque tenga los pulmones un poco altos, y siente congoja. Entonces, se pone en pie. El ganado nunca se pone en pie. A lo sumo, trata de hacerlo, pero un golpe de vara en las patas traseras le quita la idea de la cabeza. Al negro, la vara no le basta. Sin embargo, engrilletarlo para evitarlo no parece ser la mejor opción pues queda deteriorado. Se le marca en exceso y puede herirse en el forcejeo. Quede todo esto, por supuesto, a criterio de quien ostente la responsabilidad del transporte.

Es inhabitual que los propios dueños realicen la travesía junto a la mercancía. Hay muchos que se dedican a esta faena y que son

capaces de concluirla sin riesgo para los que pretenden abrirse paso al otro lado del mar. Pero algunos, como Juan de Bengoa, prefieren acudir en persona al golfo de Guinea y elegir, por sí mismos y sin intermediarios, el género. Es, desde luego, la mejor opción si se quiere disponer de los ejemplares más ventajosos. Además, la ausencia de intermediación abarata el coste final de la unidad. Por no hablar de la satisfacción romántica que embarga a uno cuando es testigo de la evolución de su negocio desde sus mismos cimientos.

El dueño de la mercancía baja tres o cuatro veces al día a comprobar su estado. Sufre cuando un negro muere y eso significa que sufre a diario, pues las bajas son habituales. No se trata, tan sólo, del dinero comprometido en la empresa, no. Hay algo más. Lo que duerme en las entrecubiertas no son negros cualesquiera. Son sus negros, sus propios negros. Un hombre que se precie de serlo ha de velar por lo que es suyo, llorar cuando todo va mal, reír al sentir los buenos designios y, en definitiva, advertir lo que le pertenece como un todo invariable, vivo y respirante.

Juan de Bengoa es de ésos. Baja, mira los negros, toca a algunos, por saber si viven o ya no, regresa a la cubierta, avisa a alguien para que les lleve agua, para que ajuste aún más la distribución y, en la medida de lo posible, alivie el hacinamiento. Bengoa no podría soportar que se le muriera la mayor parte de sus negros. Sí, están asegurados, pero sólo contra los ahogamientos en mar abierto. ¿Y cómo va un negro a perecer ahogado si no ve el cielo en lo que dura la travesía? Por el contrario, negro que muere abajo, es pérdida segura para el dueño.

Revisa las marcas. En algunos negros, bien porque no se han impreso concienzudamente, bien porque el individuo se ha arrancado la costra antes de tiempo, el hierro queda borroso. Entonces, manda llamar a un hombre para que imprima de nuevo la huella. Un olor a carne quemada impregna la bodega y los negros rompen a llorar como si así pudieran evitar su destino.

Incluso, cuando anochece y los hombres se reúnen en cubierta para beber a la luz de la luna, la pestilencia sube y les invade las narices. Huele la carne quemada por la incandescencia de los metales que marcan, sí, pero huelen también las heces, los cuerpos de los cadáveres que no se han retirado todavía, los orines que

empapan las maderas de la nave, las menstruaciones de las hembras, las heridas infectadas, el sudor, el dolor y la confusión. Todo eso huele en una nave negrera. Quien haya viajado en una de ellas, jamás olvidará la mezcla de este tufo: a negro que se pudre, a negro que se echa a perder, a negro incapaz de sobreponerse a su destino.

Porque el negro es débil. Se trata de una raza débil, así es. Dios quiso construirlos de esta forma y ni una travesía de unas pocas semanas son capaces de soportar. Por eso se mueren con tanta facilidad. Que se pregunte a cualquiera: no existe raza más enfermiza que la negra. Se pierden por los derroteros del padecimiento con idéntico afán al que las moscas ponen para rondarlos. Se echan en la madera y se dejan llevar. Las moscas saben y las moscas señalan: es un negro que tiene los días contados aquél del que no se separan. Bisbisean en torno a sus cabezas y algunas, impertinentes, se posan en ellas.

Colonias de moscas gordas y azuladas, como las de los caballos, sientan colonias junto a los negros. Parecen dos razas concebidas la una para la otra: el negro deja que la mosca se le acerque y la mosca gusta de libar en el negro. Un estado de perfecta sintonía que, sin embargo, es preferible combatir, pues cuando las moscas acechan con insistencia, el final de alguien se aproxima indefectiblemente. Baldear cuatro o cinco veces la nave mientras la travesía dura, suele ser una solución socorrida. No siempre aporta soluciones, pero es todo cuanto se puede hacer. Los negros, eso sí, parecen agradecerlo, aunque el agua sea salada y escueza en sus pieles resecas.

Bengoa baja, contempla a sus negros y pide un baldeo extraordinario. Promete una recompensa para los que realicen el trabajo al margen de sus labores cotidianas a bordo. Prefiere gastar algo de dinero adicional a perder un negro más de los estrictamente precisos. Dos hombres le dicen que sí, que ellos se encargarán de hacerlo, pero después se olvidan y no proceden a la limpieza. Quizás, piensa Bengoa, no les salga a cuenta tener que soportar la pestilencia tan de cerca a cambio, tan sólo, de unas cuantas monedas. Ellos ya cuentan con su salario, que es generoso y capaz de poner comida en las mesas de las familias que en Europa les aguardan. ¿Un baldeo adicional? Mejor que muera el negro

correspondiente. Si de ellos dependiera, la carga entera podría fermentar en sus deyecciones y no darían más pasos de los necesarios para evitarlo. Los pasos exactos que sus salarios cubren. Lleguen vivos o muertos los negros a su destino, a la marinería se le satisface la paga completa. Como es de recibo, dicho sea de paso.

Puede vérsele, tal es su estado de preocupación, baldeando él mismo negros. No así lo iruneses que, teniendo peor suerte que el renteriano y muriéndoseles uno tras otro la mayor parte de los ejemplares, no se rebajan a llenar ellos mismos los cubos de madera con agua del mar y arrojarlos en las entrecubiertas. El irunés, para esto, dispone de mayor flema. Así, sufre, pues hombre es, pero no pierde la calma y, menos aún, la dignidad.

No es menos cierto, y debe ser añadido para que la exposición quede clara, que los iruneses cuentan con recursos de los que Bengoa carece. Si llegan a Portobelo con toda la carga echada a perder, se sientan a esperar la próxima nave que les lleve de regreso al golfo de Guinea. Se trata de volver a empezar, algo que, a todas luces, el renteriano no puede permitirse: si sus negros se le trasponen, ha de decir adiós a su sueño americano.

¿Y si un negro se revela? No es habitual, pero suceder, sucede. A veces, muy de cuando en cuando, algún ejemplar, por lo general un varón joven, se niega a comprender la magnitud de su destino: ya no es libre en la selva sino que un dueño se ha hecho cargo de él para siempre. No lo entiende o, si lo entiende, no lo acepta. Es imposible que el negro sea capaz de cambiar el rumbo del barco, de hacer que dé media vuelta y regrese a las playas del golfo de Guinea, pero lo intentará. Bien sabe Dios que lo intentará. Se le aplicarán los correctivos adecuados, que para eso han sido instruidos los marinos que atienden la nave, pero, mientras tanto, sembrará la discordia y la desazón entre los suyos.

Cuando un negro pone en peligro la expedición entera, sea cual sea su dueño, éste pierde, al menos transitoriamente, los derechos sobre él. Es el capitán del barco quien ha de imponer su criterio. Si existe divergencia entre ambos, el de éste último prevalece. Enormes han sido las discusiones que a este respecto se han entablado muchas veces, pero la norma es clara y no ofrece duda: el capitán decide. Y el capitán tiene un solo objetivo en miras: que el barco arribe a su destino. Todo lo demás, deviene en secundario. La

mercancía incluida. Si es necesario, y se sabe de algún caso, el capitán puede decidir que lo óptimo es arrojarla por la borda. Si así sucede, los hombres que gobierna irán asiendo, uno por uno, a todos los negros, para ascenderlos a la cubierta principal y, desde la borda, alimentar con ellos a los tiburones. Que nadie se llame a engaño. Esta medida sólo se toma cuando es absolutamente necesario. Si un negro altera tanto la tranquilidad de a bordo que la travesía se hace inviable, podrá disponerse el abandono de la mercancía. Y, claro, otros motivos tan accidentales como el descrito, ofrecerán el mismo resultado: una vía de agua irreparable en el casco que precise aliviar tonelaje, la enfermedad que prende con demasiada virulencia o el mal agüero en las estrellas del horizonte.

El negro de Bengoa que, debido a sus accesos de locura había sido encerrado en la sentina, puede ser ejemplo que todo esto. Él, por suerte, quedó aplacado pronto, y aquí la pericia de quienes les guardan es esencial para conseguirlo, pero podría no haber ocurrido de esta forma. El negro, en su jerga ininteligible, podría haber llamado a la rebelión del resto de los negros, como si algún derecho les asistiese, y conseguir que la turbación tomara la nave. He aquí un problema y he aquí el ejemplo nítido de que un pronto atajamiento es preferible, por intenso y desproporcionado que parezca, a la perdición de la carga. Que se lo pregunten a Juan de Bengoa. Porque él sufrió, por supuesto que sufrió, cuando el látigo inmisericorde fue aplicado sobre uno de sus mejores ejemplares. Era un hombre, y además renteriano, algo apocado y carente del arresto de los que terminan haciéndose a sí mismos, pero no por ello había dejado de empeñar su fortuna en la operación. Una fortuna que podría ver cómo se iba a pique si perdía la palada entera. Así que sufrió pero se aguantó cuando el látigo golpeó sobre la espalda y el costado del negro que no sabía permanecer en silencio.

Hábiles como pocos son los hombres que trasladan negros de una orilla a otra del océano Atlántico. No sería objetivo evitar un justo reconocimiento. Conocen el oficio y lo desarrollan en la mejor manera posible, que es, casi siempre, la mejor de las maneras. Sin ellos, la mano de obra que, con tanta premura, se necesita en las tierras de América, nunca llegaría a su destino. Las haciendas huérfanas y la riqueza pudriéndose en las vetas ante la estupefacta

mirada de los indianos. Todo echado a perder por falta de mano de obra. Porque, aunque los de la casa se esmerasen en las labores y trabajaran duro de sol a sol, ni la milésima parte de todo el valor quedaría extraído. Al contrario, la podredumbre se extendería como ese manto de bruma que todo lo corrompe. Mala suerte para los indianos, que todo lo empeñan en un trozo de tierra y contemplan cómo nada crece en ella. Así, el negro se hace preciso, indispensable, para que el orden de las cosas siga su curso.

Dios lo estima de esta forma. Por ello, no existe pecado en el trato que se le ofrece a los negros. No son hombres pues carecen de alma. Es un dato inopinable y ay de aquél que pretenda deliberar sobre ello, pues se hallará contraviniendo los mismísimos designios del Altísimo. Y eso se juzga en la otra vida y sabemos perfectamente cuáles son las consecuencias. Si Dios dispone, el hombre no opina, sino que acata.

A pesar de todo, sin tratar de desentrañar las actuaciones de Nuestro Señor, podemos contemplarlas. Y de la ponderada contemplación obtendremos una conclusión que la propia Iglesia acepta sin dudar: carecen de alma, como los perros, como los árboles, como el viento y las nubes. Están ahí porque Dios lo quiso y, además, quiso que estuvieran ahí: es decir, lejos de los hombres, en otro continente, al otro lado de la civilización. Para que no se mezclen ni nada se preste a confusión. Así es África: un fabuloso contenedor de suministros sin alma. Quien lo niegue, está situándose del lado contrario al de Dios. Allá él y su conciencia.

Cuando a un negro se le imponen las marcas del fuego, cuando se le anilla o se le alecciona con el látigo, Dios lo ve y aprueba nuestro proceder. Dicen los detractores de tales comportamientos que, quienes nos ocupamos de llevar y traer negros de un lado al otro del mundo, transgredimos la ley divina. Falso, pues ni una sola prueba existe que pueda corroborar lo dicho. Al contrario, pueden exponerse cientos de evidencias que muestran lo contrario. ¿Acaso Nuestro Señor Jesucristo se hizo acompañar de negros? ¿Uno solo de entre los de su raza es mencionado en los Sagrados Evangelios? No, el mundo de Dios es de los blancos y los blancos han de conformarse, con humildad, pues así ha sido estimado.

Bengoa, a veces, se ablanda con sus negros, y el propio capitán de la nave corre, raudo, a reprenderle. Se trata del tercer viaje que

realizan juntos y ya debería haber aprendido a tratarles. Le tiembla, demasiadas veces, la mano. El capitán le explica, una vez más, que no debe sentir remordimientos pues no tienen alma. ¿Sentiría pena al talar una gran haya? Quizás sí, sobre todo si ésta es añosa y su porte espléndido, pero nada más. No le iba a quitar el sueño. Un árbol es un árbol y está a disposición de los hombres. Ha sido así desde tiempos pretéritos y nadie va ahora a cambiar el rumbo de la historia. No, ni siquiera tiene derecho a ello. Se talan árboles si es preciso y se trasladan negros si podemos obtener un buen beneficio de ellos.

Quienes, como Bengoa, mantengan aún reparos, pueden realizar una donación con la que se levanten templos. En las cunas de muchos indianos, no pocos santos son adorados por la generosidad de quienes partieron e hicieron fortuna. Y que, al tiempo, fueron asaltados por los remordimientos. Hombres como Bengoa que, sin pensárselo dos veces, reconstruyen su ánimo levantado ermitas, capillas o iglesias al otro lado del mar, templos que disfrutarán las que una vez fueron sus gentes, templos que, probablemente, no verán jamás con sus propios ojos.

He aquí una verdad que nadie puede negar: el indiano que regresa es indiano que ha fracasado en su empeño. O que ha estado a punto de fracasar y vende a tiempo. O que intuye la llegada de tiempos difíciles y decide retirarse con la ganancia. Porque el indiano que triunfa, ése, jamás vuelve a la tierra que le vio nacer. Ésta es una regla sin fisuras que el tiempo no hace sino confirmar.

Ahora bien: ¿hay indiano capaz de regresar con sus negros? No con todos, eso está claro, pero sí con unos cuantos. Digamos media docena. Digamos tres o cuatro. Digamos uno. Pues, y cabría preguntarse los motivos, el que carga baúles rumbo a casa, desiste del empeño de ser acompañado por negros. Muchos de entre los que se quedan, se lo advierten: en Europa no se entiende, como en América, todo lo concerniente al negro. Sí, saben de qué se trata, pero pueden llegar a no reparar en las verdades completas. Por inexperiencia o por maldad, el caso es que un negro en Europa constituye, por sí mismo, una fuente de quebraderos de cabeza para su dueño. De hecho, el mismo concepto de dueño tiende a ser puesto en entredicho.

A pesar de todo, algunos se arriesgan. No sienten estar

incurriendo en falta, de ningún modo, y si siempre les ha guiado la honradez en sus decisiones y procederes, ahora no va a ser distinto. Un par de negros vienen bien, sobre todo si son negros que a uno le han servido desde siempre y son conocedores de su oficio. Negros viejos con las manías aprendidas.

Y llegan a Europa y a los negros se les empiezan a llenar los oídos con la palabra Francia. Ése es el problema: que vengan de fuera aquellos que desconocen la idiosincrasia del negro y le hablen como si de un hombre se tratase. Al negro no hay que complicarle la vida con ideas absurdas. Y la de Francia es, seguro, la mayor entre ellas. ¿Qué afirma? Que cuando un negro cruza una de las fronteras de este lugar y se aventura en sus tierras interiores, puede notar cómo el alma le crece en el cuerpo, así, igual que el cabello o las uñas. Algo indescriptible toma forma y relevancia en un lugar que, más o menos, debe albergarse entre los pulmones, muy cerca del corazón, y crece hasta adquirir la dimensión que en los que somos blancos tiene: el alma. O sea, la vida, la esencia que Dios ha puesto en nuestro interior para diferenciarnos de las bestias. Porque si Dios, por cualquier motivo, se volviera ciego, no tendría sino que oler las ánimas para darse cuenta de quienes pertenecen a su rebaño y de quienes no. Los negros, mientras no exista rectificación, pertenecen a este último grupo. Se hallen en Francia, en las Indias o en el golfo de Guinea.

De la falacia, surgen las desavenencias. Negros que responden a sus dueños, que deciden no perseverar, no aceptar los castigos, revelarse, sí, revelarse y decidir que para ellos también existe el otro mundo. Y no el limbo o el purgatorio, no. El Cielo, el auténtico Cielo al que todos, humildemente, aspiramos tras considerar los horrores del averno. Ellos no, los negros no. Ellos pretenden un alma que, de forma inmediata e infalible, les habilite para ascender al Cielo. Como si esto fuera así de simple… Los comportamientos, las acciones y los pensamientos que contravienen los mandatos de Nuestro Señor son obviados con arrogancia. El negro, en su infinita torpeza, no cae en la cuenta de que pertenecer al rebaño del Señor no está exento de congojas, de privaciones y de penitencias.

Francia, Francia, piensa el negro. O lo dice, que a tanto llega. Y un buen día, todo termina entre él y el dueño. Se rompe la alianza porque el negro decide que Dios es también su Dios. Por

conveniencia, claro, pues más pronto que tarde abjurará de él. El dueño puede, entonces, desgañitarse explicándole que el único Dios que ha de contemplar es él mismo, pero el negro se niega, niega con la cabeza en un gesto de obcecación extrema, y parte. Arropado por la noche, cierra un hato, abre la puerta de la casa y se marcha. Dice adiós a todo lo que ha sido y marcha tras el anhelo que le arde en su interior: Francia, y eso que, tras Francia, parece encontrarse. La libertad.

Habrá de disponerse, entonces, toda una serie de gastos tendentes a recuperar el bien propio. Porque no sólo algo valioso es lo que ha huido, no. También la reputación de un hombre cabal, su honra y la consideración que, entre sus vecinos, pueda tener. Ha de ir a por el negro. Siempre se ha de ir a por el negro que huye. Quien no lo haga, hace dejación de sus deberes y, más aún, cae en indignidad y todos los suyos con él. Los negros tienen su lugar y han de aprender a respetarlo. De lo contrario, la muerte para ellos. Sí, la muerte.

Capítulo 5

El alumbramiento

Angélica Visconti descubrió algo que cambiaría para siempre el rumbo de su existencia: no estaba en su mano concebir hijos. Ni en su vientre. Así se lo había dicho su padre. La mandó llamar a la biblioteca y comenzó a dar rodeos. Cualquier cosa antes que abordar el asunto. Angélica, que conocía bien a su padre, se impacientó. Tras pedir que le hablara con franqueza, el viejo no tuvo otra opción y lo dijo: hija mía, jamás podrás engendrar en tu seno. No hay hombre que pueda crear un hijo con lo que tú le des. ¿Ninguno? Ninguno. No ha nacido aún, ni nacerá jamás. Porque en él no está el fragmento quebrado. Está en ti, en la mujer que, siendo niña, fue violentada con tan triste final.

Ella no recuerda nada y mejor así. Giovanni Visconti no desea remover el pasado y evita las explicaciones. Algo sucedió, alguien hizo lo que no debía y ella salió perjudicada. Es todo lo que importa en ese preciso momento. Un triste sino, sí, pero ya está olvidado. Pertenece a lo que fue, y bien sabe Dios que aquél que destrozó la inocencia de Angélica, tuvo que sufrir la ira de los Visconti. Corrió a esconderse, pero fue en vano. Suplicó piedad, pero nadie se compadeció. El castigo cayó sobre él y, al menos en lo terrenal, la satisfacción obtuvo saldo. Que Dios se ocupara de su alma en el otro mundo. Eso ya no correspondía a los Visconti.

La reacción de Angélica al conocer la noticia fue extraña. Primero nada dijo. Permaneció sentada en su butaca de la biblioteca y dejó que el silencio escuchara por ella. Engullía las sensaciones, sí, pero nada trascendía. Giovanni Visconti la miraba

sin saber qué hacer, qué más decir, qué susurrarle al oído para calmar sus sentimientos. Y si no sabía nada de eso era, simplemente, porque, en el rostro de la muchacha, nada quedaba explícito. ¿Sentía desinterés? ¿Dolor? ¿Pánico? ¿Sed de venganza? Visconti nunca lo supo. Su hija se levantó y, sin abandonar el silencio, salió de la estancia. Nunca más volvieron a verse pues esa misma noche el viejo decidió, atormentado por la indiferencia de Angélica, poner fin a su vida. Caminó hasta el puerto y se arrojó a las aguas. Al menos, en una muerta tan indigna, la redención le alcanzaría. Bajo el peso de su conciencia, en la violación de la niña Angélica, de su querida niña, sólo había dolor. Un dolor sordo, amortiguado por casi dos décadas de mudez, que regresó de golpe cuando, una semana antes, la joven le había solicitado permiso para esposarse con un comerciante extranjero. Sí, sabía quién era. Incluso se hallaba en tratos con él. Pero nada más. Estaba muy lejos de ser lo que había planeado para Angélica. Una reflexión que dejó de tener importancia cuando el dolor brotó como la lava de un volcán. Y ya no lo pudo parar. La erupción arrasó con todo y se llevó su vida por delante. Los volcanes nunca deliberan.

Se echó al mar mientras Angélica trataba de conciliar el sueño. Él dejó de respirar y ella entró en ese penumbroso terreno que no es vigilia ni letargo. Parpadeó en la penumbra de su aposento y al viejo le engulleron las aguas sucias del puerto. Ella sintió la fresca liviandad de sus sábanas y él estaba muerto en el agua estancada. Triste fin para la dinastía de los Visconti. Fin porque ella no habría de continuar con la estirpe. Sus asuntos deberían ser atendidos por los administradores. No, su presencia no era necesaria allí. Estaba, más bien, al otro lado del océano.

Corrió a reunirse con su amado y le confesó su secreto: jamás obtendría descendencia de ella. A él no pareció importarle demasiado. En un primer instante, se sintió turbado, pero lo olvidó pronto. No estaba entre sus planes extender un linaje por el mundo. Sólo una cosa bullía en el interior de su cabeza: la pesquería que iba a levantar de la nada en Portobelo.

De acuerdo, no tendrían hijos. Se trataba, a su juicio, de una cuestión de detalle. No, no era relevante. Partieron cuando todo estuvo dispuesto. Ella directamente hacia Portobelo. Él, siguiendo la ruta hasta el golfo de Guinea. Se reencontrarían semanas más tarde

y darían comienzo a eso que con tanta fe habían dado forma en sus ilusiones: un hogar al otro lado del mundo.

Posiblemente, él nunca volviera a pensar en el desgraciado asunto que incumbía a su esposa. Ella, sin embargo, no sólo no pudo dejar de rememorar su desdicha una y otra vez, sino que llegó a convertirla en el centro permanente de sus pensamientos. Una travesía hacia las Américas ofrece mucho tiempo para reflexionar en soledad. El horizonte, las olas y unos cuantos atardeceres increíblemente bellos se yerguen sobre ella y la abrazan con su melancolía. Quién puede desasirse de algo así… Un alma inexperta como la de Angélica, no.

Crece en ella el deseo de experimentar justamente eso que no puede. Lo demás, de forma progresiva, deja de tener interés, hasta tal punto que, cuando desembarca en Portobelo, debe de realizar un increíble esfuerzo para recordar qué la había llevado hasta allí. Un hogar que levantar, cierto. En la casa, no demasiado lejos del puerto, todo está por hacer. Así que dispone lo necesario para que su esposo encuentre, a su arribo, algo que se asemeje a lo que espera encontrar. Trabaja duro, con el solo auxilio de sus doncellas, y consigue trazar, desde la inexistencia, un trozo de confortabilidad, de vida inerte, de resguardo para las presencias.

Entonces, cae en la cuenta. Sí, puede dibujar desde la nada y pintar sobre la vida como se pinta en un lienzo. Cualquier genovesa de alcurnia sabe de qué se trata. El universo de la creación no sólo no le es ajeno, sino que siempre ha estado ahí, en los palacios, en las estancias, en los aposentos más íntimos de las damas. Y de los caballeros. Los había visto, con sus largos faldones manchados en vivos colores, o en sepias, o en ocres, pero nunca les había prestado mayor atención. Ahora, es ahora cuando el círculo se cierra y lo que ha descuidado en rincones de su mente recobra inusitada presencia. Con lo que sabe, con lo que pretende, sabrá que lo sido es presente, que nada importa si se dispone de los medios necesarios, que todo puede ser y la ilusión materializarse. Sin recurrir a vacuas ensoñaciones. Angélica traza un plan preciso para concebir, para dar vida a lo que no la tiene. Si no puede ser en su vientre, si no a partir de la semilla del esposo, deberá encontrar otros materiales con los que construir. Es el lema de los Visconti: lo que sucede, es nuestro. Que haya de suceder, depende también de ellos. No hay

arredramiento para quien pretende algo con toda la fuerza de su voluntad.

Los negros. Los negros son la materia prima. Cuando desembarca en Portobelo tiene, por primera vez en toda su vida, la oportunidad de contemplarlos con sus propios ojos. Le extrañan, pero se acostumbra pronto: son como nosotros, pero más oscuros y sin alma. Así le ha sido dicho y no tiene por qué dudarlo: carecen de espíritu, como los animales, como los árboles o la bruma. Están ahí, y nadie conocer su función. No es tarea del Señor desvelarla pues Él actúa guiado por sus propios criterios. De acuerdo, así sea. Pero esto no evita que ella, Angélica Visconti, esposa de Juan de Bengoa, desee tomar a uno de ellos y ofrecerle lo que, como mujer, a nadie más puede dar: la vida.

Cómo desea que su esposo regrese de África con sus propios negros. Mientras ese momento llega, no está de más tratar de aprehender cuanto pueda de la naturaleza del negro. Así, Angélica se sume en la búsqueda de un conocimiento que nadie tiene como tal. Cuando pregunta, los que en Portobelo ha comenzado a frecuentar, se encogen de hombros: son negros, no hay nada más que pensar sobre ellos. Sí, son negros, pero por eso mismo, porque su existencia está desprovista de lo que Dios ha creado exclusivamente para los hombres, son merecedores de su inquietud. Como las conchas en la playa: quizás alguna vez tuvieron vida dentro, pero ya no. Ahora están ahí, a disposición de quien desee recogerlas, tan muertas como las piedras. ¿Darles un ánima es tarea cristiana? ¿Acaso no contraviene los designios de Dios?

Porque dar la vida a un negro, tomarlo y hacer lo preciso para que lata un alma dentro de él, puede estar en contra de la fe. Angélica quiso asegurarse de que no incurría en desavenencia con lo sagrado. Decidida, mandó que un fraile dominico fuera llamado a su presencia y le interrogó abiertamente en torno a sus planes. El dominico no vaciló al responder: tanto los negros como los nativos, son criaturas de Dios, merecen que les sea predicado el Evangelio y son capaces de llegar, si no se desvían del camino trazado por las enseñanzas de Jesucristo, a albergar un alma.

Angélica no pudo sentirse más feliz. Tuvo que realizar un enorme esfuerzo para contener la euforia en presencia del

dominico. Cuando lo despide, después de ordenar que le den de comer y de beber, sube a su alcoba y se tiende sobre el lecho. Allí deja que todo comience a tomar forma, como si las nubes de pensamientos pudieran llegar a solidificarse por sí mismas. En una noche, lo ha decidido todo. Aguardará a que su esposo llegue, atenderá de él y de la hacienda y luego, cuando los tiempos hayan reposado lo suficiente, le pedirá un negro. O dos, quién sabe. Antes, lo habrá elegido de entre todos los disponibles. Observará y anotará mentalmente las cualidades de cada uno. Y elegirá, llegará el momento en el que deba elegir. Su esposo no le negará un buen negro para que ella siembre en él la vida. ¿Puede imaginar alguien un proyecto más esplendoroso?

La paciencia es una virtud en las mujeres y Angélica Visconti disponía de ella a raudales. Cualquier otra persona en su lugar se habría hastiado de esperar el momento propicio echándolo todo a perder. Angélica no. Ella supo aguardar. Había transcurrido más de un año desde la llegada de su esposo con la palada de negros, cuando decidió dar inicio a su plan. Antes de nada, le propuso ganarlos para la fe cristiana. No pueden ir por el mundo sin conocer la verdad de Cristo, le dijo. Juan de Bengoa asintió con la cabeza. O se encogió de hombros. De cualquier forma, hizo aquello que su esposa supo interpretar como el permiso necesario para seguir adelante con los planes durante tanto tiempo madurados. Una noche, reunió a todos los negros y, armada de un lápiz y tantos trozos de papel como individuos, escribió nombres para ellos. Algunos los pensó largamente. A otros, apenas les dedicó unos instantes. El resultado fue que todos los habitantes de la hacienda, sin distinción de raza, fueron, en adelante, llamados en orden a la cristiandad. Como debía ser, afirmó mientras su esposo la miraba cansinamente, daba media vuelta y se servía otro vaso de licor.

De entre todos, Angélica venía, desde hacía meses, fijándose en tres o cuatro. Barajó hasta seis posibilidades distintas, pero tuvo que ir descartándolos. Al final, se quedó con dos, sólo con dos. A uno de ellos, incluso, le había dado el nombre de su difunto padre: Giovanni. Y, como al resto de los negros de la hacienda, el apellido de su esposo: Bengoa. Giovanni Bengoa, un negro de porte tan espléndido que casi no parecía negro. Sus marcas del fuego habían cicatrizado tiempo atrás y le daban a su rostro un aspecto tan

misterioso como temible. Despojado de las anillas tras tomar tierra, unas sinuosas marcas en las muñecas, en los tobillos y en el cuello denunciaban su origen: se trataba de un natural de África y desde allí había sido traído. Es importante señalarlo, pues a los negros nacidos ya en tierra americana puede suponérseles cierto acercamiento a la tenencia del alma. No es que dispongan de ella, no, pero están más cerca de conseguirlo que aquellos que nacieron al otro lado del Atlántico. Estos son negros puros: trozos de magnífica carne sin nada dentro. Exactamente lo que Angélica estaba buscando.

Bengoa se negó a darle los dos varones que solicitaba. Uno, sólo podía prescindir de uno. En la pesquería el trabajo era intenso y necesitaba todas las manos disponibles. Por si esto fuera poco, su esposa había elegido a dos de los mejores. Uno, que tomara uno de ellos a su cargo y se olvidara del otro. Por el momento, no podía ser. Angélica se conformó. Había soñado con disponer de al menos dos ejemplares para poner en marcha su plan de darles vida, pero bastaría con lo que se le ofrecía. Eligió a Giovanni. Bengoa la miró y sonrió. En silencio, alabó la pericia de Angélica para decidirse. Bien, él perdía a uno de los mejores buceadores pero, a cambio, encendía la luz en los ojos de su esposa. Esto cubría toda merma. Era consciente de lo difícil que había sido el último año para una dama genovesa. La había arrancado de su entorno natural, del lujo y la opulencia, y la había arrastrado al rincón más alejado del mundo. Porque Portobelo suponía todo lo que Génova no era: lodo y calor, silencio e insectos, soledad y lejanía, transparencia e impudor.

Cuando Giovanni entra al servicio de Angélica, queda sumido en una inactividad que le intranquiliza. La esposa del dueño no tiene tareas concretas para él: no ha de acarrear muebles, no ha de acompañarla en sus idas y venidas, tan siquiera va a por agua fresca cada mañana, nada. Ni trabajos pesados y tareas livianas. Nada. De hecho, se limita a indicarle un rincón en el que hay una silla y le pide que se siente en ella y observe. En todas las habitaciones que, a lo largo del día, Angélica Visconti pisa, existe una silla arrinconada para el negro. Él, que ya ha aprendido cuál es su deber, camina derecho hacia ellas en cuanto entran en el aposento. La señora no realiza excepciones: también en su alcoba íntima, allí donde toma baños, se cambia de ropa y duerme, hay una silla. Siempre hay una

silla. No era extraño, y todos en la hacienda acabaron acostumbrándose, ver a la mujer caminando de un lado a otro con el negro, silencioso y expectante, detrás. Un negro que, como toda misión, tenía la de sentarse y aguardar. Eso sólo, sentarse y aguardar.

Durante la jornada, en la casa quedaban Angélica, sus dos doncellas genovesas, Giovanni y unas cuantas negras más que trabajaban en la cocina. El resto, partía hacia la pesquería y no regresaba hasta caída la noche. La placidez de los días invitaba a relajar los ritmos, las cadencias y, por qué no, las costumbres. Quizás no se debiera a esto y simplemente fuera parte de su plan, pero Angélica golpeó en la frente del negro de una manera inacostumbrada. No se trató de un golpe físico. En realidad, ella no creía en la corporeidad de los castigos, en el contacto lacerante, en la sumisión, en el miedo, en el dolor que no nace desde dentro. A media tarde, le llevó a su alcoba y Giovanni buscó la silla. Sentado en ella, pudo observar por primera vez en su vida, cómo una mujer blanca se desnudaba ante él, le era preparado un baño y se sumergía en la frescura de las burbujas del jabón.

Una doncella se ocupaba, cada tarde, de atender su aseo. La bañera había sido traída desde Génova y se sostenía sobre cuatro garras de león que Giovanni no consideró demasiado atinadas. Angélica se detuvo en medio de la habitación, entre la ventana abierta y el negro en la silla y, sin perder de vista los ojos de éste, dejó que la doncella deslizara su ropa hacia el suelo. Giovanni no se movió. No se hubiera movido aunque el capataz de la pesquería le hubiera golpeado con el látigo hasta la muerte.

Angélica tiene el mismo porte que tuvo su madre. Lo sabe pues, de ella, guarda un retrato que, un año antes de que naciera, Petrus Paulus Rubens pintara en tres días de trabajo. No es un gran retrato, pero es un retrato de Rubens y, sin duda, el único retrato de Rubens que Portobelo verá jamás. Y la mujer que, casi desnuda, aparece en él sosteniéndole la mirada al pintor de Flandes, lo hace con idéntica ausencia de recato que ahora ella dedica al negro. ¿Qué pensaba? ¿Que si tendría alma Rubens? ¿Que si alguna búsqueda más allá de unas cuantas monedas rápidas le hubiera llevado hasta Génova? Porque Rubens tenía que estar pintando en Roma, en la iglesia dedicada a San Felipe Neri, y no en Génova, malgastando su talento

con los nobles locales. Giovanni Visconti, cuando recibe la noticia, no pierde la oportunidad y le contrata para que retrate a su esposa. El pintor accede y expone su precio. Es alto, tan alto como desea, y nadie le ofende discutiéndoselo. Y además, impone una condición: jamás podrá serle reprochada la actitud que estime para cada posante.

¿Qué hace en Génova alguien cuyo talento y fortuna no le obliga a nada? ¿Por qué pinta a las esposas de los hacendados y no se centra en el encargo de San Felipe Neri, un encargo que incrementará, aún más, su fama, su fortuna y el prestigio entre los de su oficio? ¿Qué busca Rubens? Y ella, ella, la madre de Angélica, la que no ahorra intempestuosidad en la mirada que le dedica. ¿Cuál es su interés? Escruta, claro, y Angélica lo sabe. Ha contemplado el retrato durante años, desde que era una niña, y ha imaginado cientos de posibilidades. Pero ahora, en Portobelo, ha encontrado una verdad que le había estado oculta. Rubens no pintaba animales en la bruma. Nada de eso le importaba, pues el verdadero misterio reside en lo que se muestra sin ambages. Así es. Que nadie trate de explicar otro tipo de verdad. En la bruma se ocultan seres que nadie conoce, pero en las miradas de las damas, yace un secreto imposible de desvelar. Rubens iba tras él pues sabía que sólo averiguándolo podría levantar los cimientos de su propia alma.

Toma una montura y deja Roma atrás. Ante el estupor de los clérigos, se olvida de San Felipe Neri y busca hembras hacia el norte. En las miradas que no tienen tiempo, puede ensimismarse como los niños en la contemplación de los horizontes: están allí pero no son abarcables porque se acercan de uno a la misma velocidad que uno se acerca a ellos. La madre de Angélica es una más entre las que elige. No la mejor, como tampoco el resultado de su trabajo. Es, en realidad, uno más entre los intentos que aborda. Uno más. Ni el más logrado ni el peor.

Angélica Visconti imita la mirada de su madre en el cuadro. Si a Rubens le infundió el interés suficiente para dedicarle tres jornadas de trabajo, en un negro sin afanes no puede causar menor efecto. No busca la dependencia, sino el insufle de vida. No quiere que Giovanni encuentre en ella lo que no puede estar a su alcance. Tan

sólo pretende que reaccione, que algo prenda en los poros de su piel y se hunda de igual forma que en la pesquería de su esposo se hunden los negros que extraen ostras. Que quede colmado del germen de la vida. Como si un relámpago impactara en un bicho muerto y le devolviera, inesperadamente, a la vida.

Giovanni queda paralizado en la silla. Todo su cuerpo es piedra. Incluso los ojos se fijan en un punto. No la recorre con la mirada, ni siquiera pestañea. Descubre que las mujeres blancas también tienen desnudez. Se siente algo absurdo cayendo en la cuenta, pero no son asuntos en los que un negro piense. La esposa del dueño de la hacienda pertenece al mundo opuesto al suyo. Como las estrellas, los peces voladores o la libertad: están ahí, pero nunca pueden ser tocados, asidos o deseados.

La mujer tenía los pechos redondos, delicadamente vueltos hacia abajo, el vientre liso y el vello púbico triste e inquieto. Le miraba y, con la mirada, invitaba a la observación, al estudio: durante tanto tiempo como sea preciso si así algo puede nacer dentro del negro. Ella se prestaba pues esta conducta había convenido consigo misma. Tenía un plan y todo lo demás quedaba relegado al plan.

Angélica no era demasiado alta y no estaba gruesa. Pero no podría decirse que se tratase de una mujer delgada. Tendía a la rotundidad, a una bella y sólida esfericidad que hubiera ensimismado al flamenco que pintó, bastantes años atrás, a su madre. Auxiliada siempre por la doncella, levantó primero una pierna, después la otra, y entró en el agua tibia de la bañera. Lentamente, procedió a sumergirse. Lo hizo tan despacio que Giovanni pudo ver cómo su piel se iba erizando al contacto con el agua: las sales de baño le provocaban un cosquilleo delicioso que le hizo sonreír.

Tumbada en la bañera, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. La doncella introdujo una mano en el agua y la agitó para crear espuma. Los pechos de Angélica se sumergían cuando ésta exhalaba y emergían al inhalar aire. Dejó que sus manos cayeran, inertes, sobre los muslos. Quieta, permitió que la doncella le lavara el cabello. No abrió, ni una sola vez, los ojos en la siguiente media hora. Estuvo allí, quieta, como dormida, sumida en un trance cotidiano, en el refugio privado al que ni su propio esposo había tenido acceso jamás. Y ahora se lo mostraba todo a un negro

desconocido.

La muchacha no esperaba gran cosa de este primer contacto con Giovanni. Había decidido actuar y, después, observar los resultados. No era tan ingenua como para pensar que mostrándole lo más prohibido, el lado dulce de su ser, la ternura y el deseo que, podía reconocerlo en estas circunstancias, sentía por su propio cuerpo, al negro le iba a invadir la vida. No, esa existencia que anhelaba para él, debería llegar tras muchas sesiones de duro trabajo.

Cuando salió de la bañera y la doncella comenzó a secarla, Giovanni pestañeó. A Angélica, este gesto no le pasó desapercibido. En ese momento, le mandó salir y le dijo que esperara en la habitación de al lado. Intercambió unas cuantas palabras con la doncella: sí, se hallaba en el buen camino. El negro había reaccionado. Algo prendía en su interior, un pequeño fulgor de esperanza. Si trabajaba lo suficiente, quizás en unos cuantos años conseguiría que del destello surgiera un fuego vital que encendiera los sentidos.

Cuando las mañanas eran laboriosas y el cansancio apretaba, antes de tomar el rutinario baño, Angélica dormía una corta siesta. Quedaban entrecerradas las rejillas de su alcoba y así, en medio de la penumbra, de la tarde pesada, del sosiego que el calor desprendía, ella se dejaba caer sobre la cama y dormía, dormitaba más bien, durante casi una hora. Al otro lado de la sombra, los pájaros alborotaban en el jardín como si con ellos no fuera el descanso.

Las doncellas y las negras que se hallaban en la casa podían imitar a su dueña. Les había dado permiso para seguir su ejemplo y, sin dudarlo, todas, las doncellas en su habitación común y las negras en el barracón de los siervos, se echaban para beneficiarse de un rato verdaderamente suyo. Porque eso tiene la siesta: el sueño que procura no pertenece a nadie que no sea el que se lo beneficia. No así el de la noche: allí se duerme de otra forma, se comparten las pesadillas y los rigores de las estaciones.

Angélica, a veces, pedía a sus doncellas que se acostaran con ella. Nunca lo hizo con las negras, más por no alterar el ánimo de su esposo si éste se enteraba, que por otra razón. Se quitaban los vestidos y no perdían el precioso tiempo de la siesta en cubrir su desnudez con camisones ni ropillas. Así, untadas sus pieles de aire y

de intimidad, se dejaban llevar por el sopor macilento de las tardes lentas. Y no existían más intenciones que las explícitas para dormir juntas: esquivar la soledad.

No obstante, de la proximidad al contacto no resta demasiado trecho. Las mujeres, en la cama, se tocaban, furtivamente, sin quererlo, y retiraban la parte del cuerpo protagonista del contacto para no perturbar a la de al lado. Angélica, a veces, despertaba antes de tiempo y se entretenía en adivinar las curvas de sus doncellas entre las sábanas. Nunca hubieran sido mozas para Rubens, pero no dejaban, por eso, de despertar los deseos de los hombres. En la casa podía observarlo día a día cuando las miradas subrepticias corrían tras ellas. Por supuesto, nadie osó jamás ponerles una mano encima. Ella misma asumía la tarea de mantener intacta su honra: se lo había prometido a los padres de las muchachas antes de partir de Génova.

La idea, como todas las ideas que asaltaban a Angélica, llegó de pronto, sin aguardarla y, menos, sin buscarla. Parecía estar flotando en el aire hasta que cayó encontrándola a ella debajo. La idea titubeó durante un instante y fue a enrocarse en el plan para dar la vida a Giovanni. ¿Y si le pedía que durmiera la siesta junto a ellas tres? Un negro y tres mujeres desnudas en el mismo lecho.

Tuvo que levantarse, presa del nerviosismo, y fue a beber un vaso de agua. Las doncellas aún dormían y evitó hacer ruido para no despertarlas. Una vez más, las contempló. Sí, claro, las utilizaría para que la vida comenzase a bullir en el interior del negro. No hay que señalar que lo mantuvo en absoluto secreto. A las propias doncellas, cuando se lo contó, les hizo prometer que guardarían silencio al respecto. Habría supuesto un escándalo de proporciones inimaginables. Y no es que Portobelo fuera el compendio de la probidad en las Indias, pero meter un negro en la cama de una dama junto a sus doncellas escapaba de cualquier libertinaje imaginado o por imaginar. No iba a suceder nada. No habría más contacto físico que el que los roces discretos proporcionaran. Nada más. Pero si a oídos de su esposo llegaba la noticia de lo sucedido, podría montar en cólera. Montaría, sin duda, en cólera.

Se arriesgó. Angélica había decidido no arredrase y llevar hasta el final lo planeado. Dos órdenes bastaron. Una para las doncellas, que se desnudaron, como cualquier otra tarde, y cayeron entre las

sábanas. La otra, para el negro. Giovanni mostró sus sombras a las tres mujeres antes de buscar un hueco entre ellas. Una vez en el lecho, se quedó muy quieto, mirando al techo, temblando por dentro. Sabía que, de ser descubiertos, él se llevaría la peor parte. Una mano caliente se posó sobre su pecho. Angélica le tranquilizaba al tiempo que solicitaba sosiego. Pidió a las doncellas que apartaran la vista del negro. No, que le tocaran y miraran cuanto quisieran para que su curiosidad quedase saciada. Y, después, que apartaran la vista para tratar de conciliar el sueño. Ella misma les dio la espalda y comenzó a respirar rítmica y profundamente.

La siesta en estas condiciones volvió a repetirse durante muchas tardes. Antes de la hora del baño, las doncellas y la señora se sumían en el desmayo vespertino junto al negro. Pronto los pudores desaparecieron y se mostraron las desnudeces sin recato. De alguna forma, eso que Angélica quería que el negro abandonara, hizo que las doncellas le enseñaran aquello que jamás hubieran mostrado a un hombre de su raza. A fin de cuentas, se desvestían ante algo que no distaba mucho del resto de enseres inanimados de la casa. Nadie siente reserva ante lo que carece de vida. En consecuencia, tocar la piel desnuda de un negro con la piel propia, era similar a deslizar los dedos por el pasamanos de la escalera.

Abrazarse a Giovanni se convirtió en una serena costumbre para las muchachas. Si al principio trataron de mantener, en la medida de lo posible, las distancias en el lecho, poco a poco se fueron pegando a él hasta llegar a no poder conciliar el sueño si no sentían la calidez del negro bajo las sábanas. Una cercanía de la que Giovanni no se aprovechó para ir más allá. Las muchachas fueron respetadas y cuando una mano se posaba sobre él, él devolvía el gesto con su mano sobre la que le buscaba. Nada más. El arrullo de la penumbra hacía el resto. Aprendieron a explorar las sensaciones del comedimiento. Cuando no sucede lo que está al alcance de los dedos, cuando se templan los cuerpos y en la liviandad de los contactos reside una sensualidad infinitamente superior a cualquier otra, estarse quieto es la mejor elección. Giovanni sabía esto y experimentó los movimientos bajo las sábanas.

En realidad, poco tuvo que hacer. Las muchachas, desnudas y jóvenes, limpias y suaves, apoyaban sus pechos sobre el costado de Giovanni para ayudarse a dormir. Cerraban los ojos, giraban el

rostro y sus labios se entreabrían en el torso del negro. Así quedaban dormidas. O en un trance que nunca sospecharon poder percibir. Fue extraña la relación de dependencia que las mujeres establecieron con Giovanni. Necesitaban de él, más cuanto menos creían en su existencia como varón, y aguardaban con impaciencia el momento de reunirse, todos juntos, en el lecho.

Angélica no faltó a la promesa realizada a los padres de las doncellas: ninguna de las dos perdió la honra en aquella cama. No lo hicieron y, además, si se les hubiera preguntado, lo habrían negado con rotundidad. Sentían sinceramente que nada malo residía en el yacimiento con el negro. Si se hubiera tratado de un hombre de verdad, ni por asomo se les habría pasado por la cabeza enredarse en tal indignidad. Pero Giovanni era otra cosa. Esa misma cosa que Angélica se empeñaba, sin resultado aparente, en que dejara de ser.

Porque las siestas, aunque se prolongaron mucho más allá de lo preciso, nunca desprendieron pruebas de que lo estaba logrando. Giovanni seguía siendo eso que había sido al pisar, por primera vez, suelo americano cuando descendió del barco que le había traído desde África: un trozo de ser desprovisto de ánima. Un pedazo de insensibilidad que ni el bautismo, ni la contemplación de una dama entregada a los baños de espuma, ni la dormitación con varias mujeres tan suaves como dulces y pálidas, habían conseguido quebrar. Seguía siendo lo mismo. El tiempo pasaba y Angélica no alumbraba un ser vivo. No pudo hacerlo desde su vientre y, ahora, se sentía incapaz de hacerlo desde la experiencia.

Es entonces cuando toma la determinación que ha de cambiar el rumbo de sus historias. Va a exponer a Giovanni a la más ardorosa de las sensaciones. Si de ahí no deviene un hombre, se dará por vencida, reconocerá su error y abandonará su anhelo. Pero está segura de lograrlo. Quizás se ha mostrado tibia. Los ojos y la piel no embuten al ser en la animosidad. Son precisas sacudidas de voluntad mayores.

A partir de aquel día, con harto dolor para las implicadas, las dos doncellas de Angélica dejan de ser bienvenidas en la hora de la siesta. Pueden seguir descansando tras el almuerzo, pero en su propia alcoba. Ruegan, imploran, hasta se ponen de rodillas, pero nunca más van a sestear en la penumbra junto al negro. Deberán

hacerlo solas. Angélica permite que se acuesten juntas, que se acaricien entre sí y que sus pieles suplan a las de Giovanni. Ellas, sin embargo, lo encuentran insuficiente y piden, una vez más, que se les deje yacer junto al negro.

Pero Angélica lo necesita para ella sola. Tiene que hacerle reaccionar, ha de insuflarle la vida. Se muestra impasible con las doncellas. La siesta, desde entonces, es asunto que sólo le incumbe a ella y al negro. Porque cree que necesita avanzar en los estímulos, romper las barreras que impiden los accesos eléctricos en el interior de Giovanni, desgarrar el himen de su ausencia y penetrar vida en él. Sí, vida, como la de los blancos. Giovanni, al final, podrá ser considerado hijo suyo. Un hijo al que querer, del que cuidar, por el que velar en las noches de tormenta.

Se acuesta con el negro y le abraza. No como antes, no con dulzura e inocencia. Hace que sus pechos descansen en él de forma que excite sensaciones. Le habla al oído, en susurros, muy bajo, y le dice aquello que suena bello sólo en labios de una mujer: lascivia, lubricidad e inmoderación. Giovanni, por primera vez, se niega. Para todos los negros existe voto de continencia. No pueden ir más allá, está prohibido. Lo está con las hembras de su raza, así que con la esposa blanca del dueño de la hacienda, ¿qué decir? No, no puede. Sí puedes, Giovanni, repite una y otra vez ella. Dentro de ti vive algo que ha de surgir. Basta con prender la llama, el germen de lo posterior. Después, tranquilízate, ya ocurrirá.

Giovanni suda entre las sábanas. Quiere, la desea, pero no puede. No puede hacer lo que le pide. Ella mastica sus oídos con frases que mezclan cumplidos y saliva. Y comienza a recorrerle el cuerpo con la lengua. Explora lo que ha venido contemplando desde tiempo atrás. No siente, como sería de suponer, asco. No, pues Giovanni se parece tanto a cualquier hombre… En la penumbra de las siestas, quedan desdibujadas las diferencias. Ella es una mujer joven, él es un varón joven. Se saben al salitre que el aire trae del mar.

El negro dice no, la mujer no escucha. Se sube sobre él y busca su miembro. Ha decido que ése es el lugar por el que ha de prender la vida. ¿No es así siempre? ¿No brota del miembro la existencia? ¿No existen todos a partir de la convulsión de un miembro entre las piernas de una mujer? Esta vez ha de ser al contrario. Por el

miembro, entrará la vida. Ella será el hombre que preña y su sexo abierto el origen que concede. Una y otra vez, se desliza por el negro, acaricia su pecho, los brazos, el cuello. Giovanni alza los brazos por encima de la cabeza y se agarra al cabezal de la cama. Tras un rato de ser amado, siente que no puede aguantar más y evacua dentro de Angélica. Sonríe. Sonríen.

Es llamada una de las doncellas para que prepare el baño. Giovanni queda entre las sábanas, asustado y, al tiempo, satisfecho. Todo parece tan perfecto, tan etéreo y manso, que podría llegar a pensar que allí está su lugar. Que nada de lo sufrido hasta ese día ha sido realidad, que no merece la pena echar de menos una tierra tan lejana como ajena: quiere sentirse parte de lo que en la hacienda de Portobelo existe. Pero hasta un negro como él es capaz de darse cuenta de que la realidad en la que sueña saltará en pedazos una vez que alguien abra las rejillas y penetre la luz del día. Por eso se demora en el lecho que su amante ya ha abandonado. Angélica camina desnuda por la habitación mientras la doncella lo dispone todo para cepillarle el cabello.

La bañera se asienta sobre cuatro irreales garras de león pero esto sólo Giovanni lo sabe. En su interior, cierra los ojos a la espuma una mujer que ha decidido alterar el curso natural de la creación: dará la vida en lugar de recibirla. Será madre del que ahora es sólo su amante. Porque de su útero nacerá una corriente eléctrica que prenderá en él, que le volverá inteligente, hombre, trozo de cuerpo que rodea al alma. Como los blancos, como los que se hacinan en la Europa vieja y extenuada. Están en Portobelo, al otro lado de lo demás, y ahí todo es posible si se desea con suficiente ahínco y se trabaja duro en su dirección.

Angélica abre los ojos, mira hacia la cama, ve al negro dormitando en ella, y vuelve a permitir que el agua cálida la sede. La doncella, detrás, continúa peinándole el cabello, despacio, muy despacio, como si dispusieran de mil años para arrancarle la brillantez. Ése que descansa en su lecho es su propio hijo, el fruto de su vientre, la causa por la que toda madre debe luchar. Contra quien trate de oponerse y con la vida, si es necesario.

Capítulo 6

Las inmersiones

La inmersión de los negros tiene lugar desde el alba hasta la última luz de la tarde. Se lanzan al agua en búsqueda de las ostras, que están ahí, no demasiado abajo, en el lugar donde la luz comienza a menguar. Para conseguirlo, y a causa de su sabida flotabilidad, los negros deben ser lastrados pues de otra forma serían incapaces de hundirse. Puede echarse un negro al agua y, aunque no sepa nadar, no perece. Queda en la superficie, boquiabierto, sorprendido por la naturaleza de ese elemento que no le es natural. Porque el negro africano, incluso en el que vive en la costa, no acostumbra a bañarse: ni en el mar, ni en las aguas dulces. No, no lo hace. El negro necesita que el aire rodee siempre su piel para que no se le levante en tiras y se desangre de inmediato.

Por este motivo, en la pesquería, se embadurnan de grasa y se les permite, una vez bautizados, rezar a Dios o, si lo prefieren, encomendarse a algún santo de su preferencia. El negro, de escasa formación en los asuntos de la religión, se suele limitar al primero. Quizás porque no conoce otro. Quizás porque van a lo seguro y evitan que sus rezos se desperdiguen.

Cuando al negro le es mostrada, por primera vez, el agua en el lugar donde trabajará el resto de su vida, se le horroriza el rostro. Grita y se desgañita en aspavientos, y no es infrecuente tener que recurrir al látigo para calmar sus ánimos. Después, se le explica qué es lo que ha de hacer: bajar hasta el fondo, desprender las ostras con un cuchillo y retornar, con ellas a la superficie. Tienen lugar demostraciones con la intención de que el negro adquiera

consciencia de que no corre peligro alguno pues, en todo momento, está sujeto al final de un cabo en cuyo extremo opuesto otro negro escudriña el agua: posee orden de tirar con fuerza hacia arriba en cuanto advierta alguna amenaza o intuya que algo va mal.

No se considera amortizado un negro hasta, al menos, cinco años después de su captura, entendiendo a dicho periodo como de trabajo continuo y productividad creciente. El negro que no se lanza al agua, no sirve. Por no desperdiciarlo, puede ser ocupado en tareas adyacentes en la pesquería, pero nunca se recuperará, íntegramente, el valor de la inversión. Eso sí, si un negro aprende pronto la esencia de su trabajo, puede multiplicar su valía hasta por diez. Por más, si es joven, tiene una larga vida por delante y no se ceban en él las dolencias.

El empleo de la cera para cubrir los orificios nasales, y también los oídos, del negro, no es habitual, pero su efectividad ha sido demostrada en muchas ocasiones. Cierto es que se pierde tiempo, por la mañana, en el proceso de templar la cera y conseguir una pasta moldeable, pero, a cambio, el negro es capaz de realizar, al menos, media docena de inmersiones más que si no le hubieran sido cubiertos los orificios. Está comprobado y no puede discutirse. Además, el negro que porta cera se hace invulnerable a las enfermedades. No hay duda, es muy recomendable encerar a los buceadores.

La preparación del negro antes de una jornada de trabajo es elemental. Primero se les desnuda permitiendo la cobertura de sus partes pudendas. Se enciende una pequeña fogata y se calienta la cera. No demasiado, para evitar herir al negro. Se moldea la cera con los dedos, frotándola suavemente hasta conseguir una pasta consistente. Después, se le introduce, siempre con tiento, la cera en los agujeros. Con el tiempo, el negro puede aprender a realizar este proceso por sí solo y sin ayuda.

Tras ello, hay que untarlos en grasa para que la piel no se les cuartee. Es importante no pasar por alto este punto ya que no engrasar a los negros puede devenir en consecuencias de difícil reparación. Un negro con la piel agrietada es un negro cuya valoración disminuye alarmantemente. No trabaja en la pesquería y continúa comiendo dos veces al día. Supone gasto y no aporta riqueza.

¿Por qué Dios Nuestro Señor hizo a los negros tan escasos en preparación para el agua? Sus razones tendría, bien sabemos eso, pero nada impide que los hombres respetuosos en su fe hagan todo lo posible para cubrir estas carencias. Dios no puede oponerse a todo esto. Si se opusiera, no habría puesto a nuestro alcance la cera ni la grasa.

Y, por fin, llega el paso definitivo. El negro ha de ser atado al cabo para que, si tiene problemas, pueda ser recuperado sin dificultad. Un negro muerto es un negro improductivo. Un negro muerto no recoge ostras. Por ello, no se recomienda apurar demasiado las inmersiones. Se hace preferible permitir que salga a respirar para que, tras la recuperación de sus pulmones, vuelva a sumergirse.

Ante todo esto, el negro de mayor valor es el negro que no necesita de nadie para extraer las ostras. Es ese negro que, por la mañana, llega a la pesquería y, por sí mismo y sin ayuda, realiza los preparativos. Se tapa los orificios del cuerpo y unta su cuerpo con grasa. Se lanza al agua y rechaza ser sujeto al cabo. Él, capaz y ágil, se sumerge hasta el lugar donde se hallan las ostras y las arranca con el puñal. Después, vuelve a la superficie, entrega el botín al capataz y, sin mediar palabra, vuelve a sumergirse.

Algunos negros deben compensar su innata flotabilidad con lastres que les conduzcan hacia el fondo. Son aquellos negros en cuyos brazos no existe bastante fuerza motriz para contradecir a la naturaleza. Sujetan, entonces, una piedra lo suficientemente pesada entre las manos y se dejan caer. La piedra hace todo el trabajo y suple bien la incapacidad de los negros. Pero, tras la inmersión, hay que devolverla a la superficie para que el negro pueda utilizarla de nuevo. Han surgido, en torno a las pesquerías de ostras y regentadas por indianos carentes de la fortuna o el capital necesarios para emprender un negocio extractor, pequeños talleres artesanos donde se fabrican toda una serie de contrapesos y balastos que se venden a los capataces de dichas pesquerías. Se ha establecido un completo inventario de lastres para ser usados en función del peso y dimensiones del negro que los porte. Y se les incrustan argollas y se les anudan cabos. Y se les practican asideros y se enrasan sus bordes. Los precios suelen ser razonables y en la mesa de las familias de los artesanos no falta nunca un plato de comida.

Pero sobre todo, sobre todo, hay que evitar que el negro yazca con hembras. Esto es vital para conseguir un buen rendimiento, bien en la pesquería, bien en cualquier otra actividad cotidiana que se le encomiende. El negro, es sabido, pierde la fuerza por el miembro. Y es fuerza que no recupera sino a base de largos periodos de descanso y asueto. Por ello, el negro, como norma general, no debe conocer hembra. Otra cosa es que, por asegurar el futuro de la hacienda y su productividad, se considere oportuno establecer ciclos reproductivos. En ese caso, sólo en ese caso, podrá en negro copular con una hembra. No obstante, se recomienda elegirla entre las mejores de todas las disponibles. No debe ser extraño, ni infrecuente, que negros ya con el pelo cano, cubran jóvenes que días antes han menstruado por primera vez.

Si se niegan, oblígueseles. Los negros, entre sus costumbres, no parecen disponer de la del apareamiento entre ejemplares de tan dispar edad. Tienden a cubrir las hembras más afines a sí mismos y, al igual que entre los hombres, la tendencia es a conservar la pareja durante largos periodos de tiempo, incluso, una vida entera.

Por otra parte, las negras que han perdido la capacidad reproductora pierden, con ello, gran parte de su valía. Pueden ser empleadas en tareas de limpieza, o en las cocinas. Incluso, muchas se adaptan bien al mantenimiento de los corrales. Pero la negra verdaderamente útil es aquella cuyo vientre engendra. Cuantas veces sea posible, ha de engendrar y parir. Piénsese que la hacienda se verá recompensada, sobre todo si el negocio ha sido establecido a largo plazo. De cualquier forma, si cesara la actividad comercial o existiese excedente de mano de obra, siempre se pueden vender al mejor postor los ejemplares sobrantes. El negro no suele oponerse a ello.

El apareamiento de los negros debe realizarse en primavera, por ser ésta la época más propicia para las concepciones. En una estancia dispuesta al uso, se junta el varón con la hembra y se les conmina para que comiencen a aparearse. El negro, sobre todo si la joven pertenece a su mismo dueño y es, así, conocida desde años atrás, suele mostrar reticencias a la cópula. Y es que el negro, a pesar de todo, es escrupuloso. Por ello, no está de más asociarse con algún indiano cercano e intercambiar ejemplares para tal fin: se

traen machos de fuera y se lleva a las hembras para que desconocidos las fecunden. Existen gastos adicionales, pero, en contrapartida, no aparecen los molestos recatos de los negros.

Ha de premiarse la concepción de varones, pues sólo así garantizaremos el futuro de la hacienda. Las hembras, casi siempre, resultan de escaso valor. Una joven que para uno o varios varones, deberá ser recompensada y su actitud elogiada en presencia de todos. Aunque el negro es incapaz de comprender procesos complejos, la repetición del elogio público le ayudará a darse cuenta de que, para todos, es preferible que las hembras alumbren varones.

A estos puede dárseles tres o cuatro años de tiempo para que el amamantamiento natural concluya. Los negros no son como las ranas, que un mes después de haber nacido, se consideran ejemplares adultos. No, el negro no. Precisa más tiempo, casi como los hombres. Quien sea capaz de estudiar sus ciclos y describir, mediante tablas o correspondencias, cuándo los negros pueden ser considerados verdaderamente útiles para según qué actividades, obtendrá la gratitud de todos los que, en América, luchan día a día por abrirse paso en este ingrato territorio.

Después, el entrenamiento en la pesquería ha de dar comienzo, pues sólo así conseguiremos resultados sobresalientes: un niño que, tras aprender a caminar, sea lanzado al agua, terminará moviéndose en ella como en su segundo elemento natural. Sus madres, por lo general, sufren ante esta actividad, por lo que es una excelente idea invitar a algún varón enjundioso para que les hable acerca de la conveniencia de favorecer la buena marcha de la hacienda: el progreso supone beneficio para todos.

Los niños que, por primera vez, son arrojados al mar, lo son sin grasa ni cera en sus cuerpos. El motivo se apunta bien simple: si saben de lo nocivo que, para ellos, es la ausencia de las protecciones habituales, si sufren y sienten el dolor por primera e intensa vez, nunca más olvidarán utilizarlas cuando, en su adultez, sirvan al dueño de la pesquería. El aprendizaje comienza por la conservación. El negro tiende a olvidarse de las sanas costumbres y hay que obligarle a que los hábitos deseables arraiguen con fuerza en él.

Arrójese un niño negro al agua advirtiéndole de los cuidados que

ha de tener, y educará un negro inválido. Se volverá torpe y vago. No observará los preceptos elementales de cualquier inmersión y un día, más pronto que tarde, se lo encontrará el capataz flotando sin vida, con gran pérdida para su dueño. Por ello, es conveniente tener paciencia y enseñar el modo correcto de actuar a los pequeños. Un niño arrojado sin auxilios al agua, es un niño que a sale a flote porque sus instintos así se lo indican. Pocos son los que se dejan morir en la primera inmersión. Y esos que sí lo hacen, mejor que lo estén cuanto antes: ahorrarán esfuerzos y dinero a su dueño y permitirán que otros más cualificados ocupen el lugar que, en principio, les estaba destinado.

Al igual que se premian los nacimientos de varones y se intenta que las muchachas recién cubiertas hagan todo lo que esté en su mano por no concebir hembras, se castiga cualquier yacimiento al margen de los prescritos por el capataz de la pesquería. Al negro se le va la fuerza por el miembro. Tiene el apéndice anormalmente desarrollado y gusta de tocárselo en cuanto tiene ocasión. Se ha de perseguir con firmeza estos comportamientos. El negro debe olvidar que posee un miembro y, más aún, lo que de placentero éste puede proporcionarle. Sin embargo, el negro se deja llevar fácilmente por sus instintos y cede a los goces y a los yacimientos. Busca una hembra, busca cualquier rincón y la cubre libidinosamente. El negro no piensa, ni por lo más remoto, que con su acción se vuelve contra su dueño, su casa y la hacienda que les protege y alimenta a ambos. Él se ocupa de lo que en ese momento más le interesa: la fornicación lasciva, el vicio incontenible, la mezcla disoluta.

Aunque existe un modo irrefutable de conocer quiénes, de entre todos los vástagos nacidos de negras, provienen de uniones desautorizadas: los negros que nacen de estas negras flotan como la madera seca en un mar en calma. Si ya la flotabilidad de los negros es alta, aquellos cuyos progenitores se unieron en lascivia, flotan y flotan y jamás se hunden. Aunque se les aten piedras a los tobillos, nunca se hunden. Por supuesto, la esencial misericordia humana obliga a aguardar esos tres o cuatro años durante los que el pequeño come de la teta de su madre. Como apenas ocasionan gasto al dueño de la hacienda, puede esperarse tranquilamente. Llegado el momento, se arrojan todos los pequeños al agua: esos que flotan

más allá de lo concebible, son engendros cuya vida no fue nunca autorizada. Se les deja, en consecuencia, que floten a la deriva. Nadie se arroja al agua con la intención de ayudarles a retornar. No se les ofrece un cabo ni auxilio de ningún tipo. Quedan abandonados a su suerte.

Si alguno de los negros llora en ese momento, supone un reconocimiento explícito de su paternidad. Se ha de proceder a castigarle, pero no con excesiva intensidad: cuanto antes vuelva al trabajo, mejor para todos. Quien sí ha de ser severamente penada es la madre del pequeño, ésa que, a través de las artes que les son propias a las de su raza, consiguió embaucar a un varón para llevarle por el camino de la perdición. Se les olvida a los negros que pierden la fuerza cuando copulan, que se vuelven inútiles para el trabajo en la hacienda, que fornican contra su dueño y contravienen el más elemental de los mandatos que les han sido inculcados: ése que les obliga a ser continentes.

Continencia y producción discurren por senderos paralelos. Cualquier capataz puede dar fe de ello. El negro que guarda las ausencias, que mantiene distancias con las hembras de su especie y no las frecuenta sino cuando así se lo solicitan, ese negro puede asegurarse una buena vida dentro de la hacienda. No le faltarán comida ni cobijo. No pasará frío ni la lluvia le calará. Cuando enferme, quedará exento del trabajo hasta que se reponga. Y en la vejez se le asignarán labores más llevaderas que le permitan seguir siendo útil en la manera más acorde con su edad. Podrá descansar dos o tres veces por día y dormir en paz.

Ahora bien: el negro que fornique sin control, perderá el favor de su dueño y se le tratará de quitar el vicio a base del endurecimiento progresivo de sus tareas. Será posible, incluso, la adjudicación de labores que no reporten, de manera directa, beneficio para la pesquería. Porque, cuando todo está hecho, nada resta por realizar y se considera que aún algunos negros deben continuar trabajando, podrán estimarse labores aleatorias como inmersiones nocturnas o limpieza exhaustiva de aquellas ostras cuya perla ya ha sido extraída con anterioridad. El negro, a la larga, lo agradecerá.

¿Cabe relatar cómo algunos negros fueron sorprendidos en fornicación indebida? Un ejemplo bastará y es aquél en el que el

negro llamado Giovanni Bengoa fue sorprendido junto a una hembra de no más de veinte años. Los dos, en connivencia, se habían encerrado en uno de los cobertizos donde se guardan los aperos propios de la pesquería de Portobelo y allí, una y otra vez, se dieron a la cópula. No puede saberse si de tal unión resultó engendramiento alguno, pues la negra falleció antes de que la imposición de los castigos pertinentes finalizara, pero, en cualquier caso, este hecho se suponía irrelevante: había que poner término al ayuntamiento y ejemplarizar con el correctivo ante los demás negros. Porque no castigar resulta tan nocivo como hacerlo en exceso. Es importante conocer las proporciones del escarmiento y es sabio capataz quien lo administra con equidad y firmeza.

Giovanni Bengoa, entonces, trabajaba en la extracción de las ostras. Más tarde pasaría a formar parte del servicio personal de Angélica Visconti, esposa del dueño de la hacienda. Mientras tanto, sacaba ostras como nadie y, además, parecía hacerlo con esa especial disposición que los naturalmente dotados tienen para realizar una actividad precisa: olía, bajo el agua, cuáles de entre todas albergaban, en su interior, las perlas más grandes y perfectas. No fallaba jamás. Ahí viene Giovanni de nuevo con lo mejor de la pesquería entre las manos, decían. Y dicho y hecho. Giovanni dejaba caer un buen montón de ostras que, al ser abiertas, descubrían un mundo de brillos y matices esféricos que hasta al más impávido de entre los recolectores conseguía removerle las entrañas.

Contemplar cómo el negro Giovanni se sumergía en el agua y dejaba pasar, pletórico en el desafío a la naturaleza, largos ratos antes de retornar a la superficie, se había convertido en el espectáculo más grandioso de todo Portobelo. Giovanni se sumergía y el mar se acobardaba. Él establecía los ciclos, distribuía los tiempos, marcaba el correcto balanceo de las burbujas de aire bajo la superficie del mar.

Por eso, al capataz le dolió tener que castigarle. Porque perdía a uno de los mejores y porque, al tiempo, quedaba privado del mejor espectáculo del mundo: Giovanni abriéndose branquias como los peces. Pero el dueño de la pesquería fue tajante. Le habían sorprendido fornicando con una negra de las que se esperaba mucho, una para la que había planes, que debía quedar encinta esa

misma temporada, y no de cualquiera, no, sino del mejor cubridor de la comarca. Ya habían, incluso, apalabrado la cópula. Pero Giovanni se adelantó, Giovanni se echó sobre la negra e introdujo su gran miembro poroso en el interior de la joven. Lo que allí dejó depositado sólo Dios lo sabe.

Ambos probaron el látigo. Para Giovanni, un encierro a pan y agua durante algo más de un mes completó el castigo. Para ella, sin embargo, hubo más. Mucho más. Sobre las hembras recae toda la pena y no es injusto que así suceda. A fin de cuentas, son ellas las que embelesan, con artes quién sabe dónde aprendidas, a los pobres negros. Son capaces, de la noche a la mañana, de cambiar por completo el sentido de sus miradas. Las hembras negras, y sobre esto existen abundantes datos que lo corroboran, pueden hacer que sus ojos cambien de color y se vuelvan verdes, o turquesas o, incluso, malvas. La mirada se les transforma en cautivadora y atrapan los gestos de los que tienen la desdicha de dibujarles con una avistada.

Vacían a los negros de lo que les da fuerza y los dejan inútiles para el trabajo. Se sabe de varones que tuvieron que arrastrase hasta su catre, desfallecidos, y se sumieron, allí, en un sopor del que sólo años después pudieron salir. Tal es el poder devastador de las hembras negras. Su entrepierna sorbe energía como el viento de poniente seca las sábanas tendidas al sol. No hay posibilidad de escapar de ello.

Y una confidencia: algunos hombres se ven atrapados por el influjo y caen, también, entre las piernas de las negras. Hombres derechos que aman a sus esposas, que cuidan de que nada falte en la mesa de sus hijos, que se sacrifican para que la hacienda florezca, hombres recios y sanos, temerosos del Señor y de sus preceptos. Pero la mirada malva de las negras puede apropiarse de sus voluntades hasta tal extremo que la razón se torna blandura y la blandura, pecado. Entonces, buscan un rincón siempre indigno, abrazan a la negra, le arrancan la ropa con apetito venéreo y se tumban sobre ella. Pierden todo contacto con el suelo, pues sus cuerpos enteros, incluidos brazos y piernas, se solapan con los de las negras, y se dejan embutir por el deseo de lo prohibido: sienten sus penes dentro de la inmensidad caliente de las muchachas negras, de los labios prietos en los que gime la humedad y el

deslizamiento abisma, abisma hacia lo más profundo, hacia un precipicio del que son incapaces de ver el fondo.

Tras el yacimiento, los hombres, furtivos, regresan a sus quehaceres. Muchos caminan hasta la casa buscando el cobijo de las sombras y acceden a ella por una puerta lateral, como si quisieran no ser vistos. Y ésa es su propia casa, ésa hacia la que caminan sobre la punta de los pies, con la vergüenza rondándoles y el remordimiento prendido de las solapas. Sin embargo, no son ellos quienes han de dar un solo paso contra las hembras negras. Prefieren el pecado y la condenación eterna a la confesión ante la que se expían las faltas: una vez más, parecen decirse, una vez más esos ojos malvas y el descanso entre los muslos duros, negros y jóvenes. Cualquier infierno habrá merecido la pena.

A pesar de todo, entre los que se entregan a las negras, existen conductas divergentes. Están, por un lado, los que se limitan a yacer. Es la perturbación de sus sentidos el motivo que les empuja a ello. En Portobelo hay fulanas llegadas desde Europa que bien pueden saciar sus necesidades higiénicas. Pero no, éstas no sirven. Buscan lo desconocido, lo inmediato, lo poderosamente accesible. Es pecado, lo saben, pero las negras se abren con tanta facilidad que resistirse puede convertirse en una tarea propia de titanes.

Por otro lado, se encuentran los que yacen y creen descubrir una mujer en el interior de las negras. Yerran, pero no se dan cuenta. No existe mujer alguna tras la piel de una hembra negra. Carecen de lo consustancial a su género: no pueden amar a un hombre ni pretender correspondencia, no guardan fidelidad porque no es la dignidad ni la decencia quienes las gobiernan y, menos aún, son capaces de extender una mano comprensiva. Los negros y las negras se devoran entre sí y nada trasciende. Como en los animales, la carencia de alma los limita a un limbo de inconsciencia.

Finalmente, se hallan los que liberan en las negras los instintos que nunca Dios debía haber vertido en ellos y les hacen cosas que mejor sería omitir: las atan con arneses, las azotan al tiempo que son penetradas, les desgarran tiras de piel por placer o curiosidad, muerden sus labios y beben de las mucosidades infectas que toda hembra segrega. Cierto es que estos son los menos, que muy pocos se sienten capaces de desarrollar rituales tan extraños y perversos,

pero existen, desde luego que existen. E, incluso, tienden a compartir experiencias.

En Colón, existe, al menos, noticia de una disipación pecaminosa. Dos hombres, uno dueño de una hacienda cuya denominación es mejor omitir, y su capataz y mano derecha, fueron actores de un uso de negras poco ortodoxo. Es justo añadir que utilizaron las suyas propias y que, en consecuencia, nada puede serles reprochado más allá de la impureza del episodio que protagonizaron. Las negras en cuestión, dos jóvenes de unos quince años de edad, fueron encerradas en una cabaña en las afueras de la hacienda durante tres días y sus noches respectivas. Lo que los dos hombres hicieron con sus cuerpos, sólo ellos pueden saberlo con precisión. Pero los que recogieron los cadáveres hablan de secciones en los miembros, en el torso y en los labios genitales. Narran cómo el horror se había congelado en los gestos de las muchachas, cómo sus muñecas aparecían ensangrentadas de tanto retorcerse y, más que todo lo anterior, explican, con toda suerte de detalles, la artificiosa postura a la que habían sido sometidas antes de que expirasen: los cuartos traseros expuestos, las piernas separadas y la espalda arqueada hacia abajo. Los brazos estirados hacia arriba y la cabeza junto al pecho. Y una humillación extrema incluso para una negra.

Si los hombres se sobreponen al hechizo o si, en su caso, otros pueden decidir por ellos, a las negras se les castiga adecuadamente. Ya ha sido dicho, pero no está de más volver a explicitarlo: la negra que empuja al hombre a conductas indebidas, debe ser escarmentada sin que a nadie le tiemble la mano por ello. El castigo, por supuesto, variará en función de la naturaleza del amante: si es un varón negro, será castigada con severidad y si, por el contrario, se trata de un hombre, la dureza no conocerá más límite que el que el verdugo tenga a bien estimar.

Si las dos muchachas de Colón no hubieran fallecido a manos de sus amantes, posiblemente aquél al que le hubiera sido encargada la misión de imponer el tormento, habría dado cuenta de ellas. El ensañamiento, en estos casos y siempre que sea público, notorio y ejemplarizante, no está mal visto. Al contrario, se convierte en una medida que establece el equilibrio necesario en la comunidad de siervos.

La hembra que yació con Giovanni, que tuvo el mal tino de embelesar a uno de los más incansables y espléndidos buceadores de la pesquería de Juan de Bengoa, recibió el castigo que se merecía. Le había extraído toda la energía y quedó inútil para una buena temporada. Esto, no sólo ya en el caso de un buen trabajador como Giovanni, sino en el de cualquier varón que cumpla rectamente con su deber, debe ser considerado como la mayor rebelión que una negra pueda principiar contra su dueño. ¿El castigo? Lo que quien lo aplique considere conveniente. Sin límites y sin daciones de cuenta. El que castiga, decide cómo se han de enmendar los errores. Se ha dicho una vez, dos, y se repetirá cuantas sea preciso: golpear las carnes de una negra malintencionada no hace sino revertir en bien para la hacienda. Dispóngase así, hasta la muerte si se considera oportuno.

Para los varones negros, atención, es distinto. Un varón, tarde o temprano, regresa a su trabajo y aporta beneficio a la pesquería. Por ello, se ha de ser benévolo y comprender que la limitación de su raciocinio no ha sido dispuesta sino por el propio Dios Nuestro Señor. Así sea, pues, y actúese en consecuencia sin contravenir sus deseos.

El negro es estúpido de nacimiento y lo continúa siendo hasta el día de su muerte. No es infrecuente que, a causa de tal simpleza, ésta les sorprenda de repente y ellos ni se den cuenta. Son muchos los negros que se mueren como si no fuera con ellos. En la pesquería, durante las inmersiones, algunos ejemplos pueden contemplarse. Los capataces, europeos en su mayoría, no salen de su estupor cuando la ilimitada idiotez del negro se desparrama con idéntico brío que el del semen en el sexo de las hembras consideradas suyas. Y es que muchos negros se dejan morir torpemente en la más inocente de las inmersiones. Pueden existir varias causas: que se les olvide salir a respirar, que queden enredados en algún cabo suelto, que tropiecen y se desnuquen en el embarcadero, etcétera. Hay más motivos, pero resultaría arduo enumerarlos. Además de innecesario: el negro tiene a la estupidez como primordial causa de mortandad.

Los dueños de las haciendas tratan de inculcarles cierta instrucción. No se espera nada de ellos pero, al menos, es deseable que no se maten y duren lo suficiente para que la inversión se

considera amortizada. Una de las recomendaciones que, con mayor frecuencia, se formulan a aquellos que dirigen sus naves hacia el golfo de Guinea, es la de tratar de buscar, insistentemente si hace falta, los más despiertos de entre todos los negros capturados. Mejor dejar libre a aquél que lleve escrita la simpleza de su carácter en el rostro, que lamentarse más tarde ante una pérdida imprevista. El negro come, hay que proveerle de ciertas vestimentas, las letrinas que utiliza deben limpiarse una vez por semana y, aunque esto último no resulta absolutamente necesario, un techo ha de cobijarles. Asuntos que, reunidos, le cuestan dinero, mucho dinero, al dueño de la hacienda. Todo, para el que negro se mate inconscientemente.

El error más habitual está relacionado con las cuestiones de la respiración. Se les inculca algo que todos los niños blancos aprenden con el primer hálito: si se olvida uno de respirar, muere sin remedio. Aun así, los negros se sumergen en las cálidas aguas de Portobelo, descienden hasta la profundidad donde las ostras crían y, después, no regresan a la superficie. Se enfrascan en la recolección y asen el puñal como si tuvieran agallas. Y, claro, cuando el negro se da cuenta de que ha de salir a respirar porque el aire almacenado en los pulmones se le agota, es demasiado tarde. Comienza, en ese momento, una absurda y aberrante carrera hacia el sol que, casi nunca, obtiene el resultado deseado. Incluso si el negro está atado a un cabo y los de arriba, por lo general no menos torpes que el sumergido, deciden tirar con fuerza de él en un desesperado intento por salvarle, existen, más que de otra cosa, muchas posibilidades de que lo que saquen a la superficie sea un cuerpo flácido.

Porque si la tontura de los buceadores sobrepasa cualquier dimensión conocida, la de los ojeadores que escudriñan el agua deja las explicaciones cortas. ¿Cómo consiguieron, todos ellos, salir de África? ¿Acaso los tratantes que les atraparon en el golfo de Guinea estaba todos borrachos aquel día y no cayeron en la cuenta de la profundidad de su idiotez? Pero si lo llevan escrito en el rostro… Basta mirarlos cuando se dedican a escrutar las aguas sin conocer que el buceador aún no se ha sumergido en ellas. Asen un cabo atado a la nada, sin tensión, sin peso en el otro extremo. Y siguen ahí, cuánto tiempo haga falta, hasta que alguien les toque en el hombro y les diga que ha llegado la hora de tomar un bocado, o de

marcharse a casa.

¿Se puede curar el embobamiento de los negros? No, ha de decirse que no. El negro que no ha venido espabilado, no espabila. Es imposible hacer nada para educarle. Sí, consiguen aprender los rudimentos del idioma, a vestirse con decoro y guardar unas cuantas formas elementales. Pero nada más. Que nadie espere conseguir que un negro sea respetuoso en la iglesia, o camine sin desviarse de la senda. Que no lo espere porque perderá la paciencia en el intento.

Los hay, y esto es más desesperante aún para los dueños de la haciendas, que se entontecen una vez han descendido del barco que les trae desde África. Allí, en su mundo natural, parecen despiertos, pero una vez aquí, en tierra caribeña, se echan a perder. El negro engaña mucho a simple vista. En consecuencia, no basta con saberlos recolectar. Hay que, además, decidir cuáles de entre la horda son los verdaderamente útiles para el trabajo. Porque un negro puede ser muy sumiso, sí, pero si carece del vigor y la energía necesarios para extraer ostras, no sirve de nada. Venderlos tampoco suele ser una solución. Si el negro es flojo, aunque lo sepa disimular, el comprador, tarde o temprano, más temprano que tarde, regresará con su justa queja y exigirá que el importe de la transacción le sea reintegrado. Con razón, claro. Si no solicita intereses o una indemnización por las molestias causadas, el vendedor, es decir, aquél que tuvo la mala suerte de hacerse con un negro defectuoso, que lo trajo de África, que lo alimentó y cuidó de él empeñando su fortuna en la carrera, puede sentirse dichoso.

Giovanni no parecía llevar este camino cuando la esposa del dueño decidió tomarle a su cargo. Aunque, a veces, se le desdibujaba el rostro y perdía la mirada en sabe Dios qué horizontes, continuaba siendo un gran buceador. ¿Qué vio, pues, en él la esposa del dueño? ¿Acaso intuyó un posible torcimiento? ¿Fue por ese motivo que Angélica Visconti decidió tenerle siempre cerca? ¿Para que, al menos, uno de entre todos aquellos patanes pudiera llegar a ser algo en la vida? Algo de instrucción, de maneras, de saber estar… No, seguro que no. Los planes de Angélica fueron otros y muy distintos. Mientras tanto, en el bautismo de sus almas había conseguido esbozar los primeros trazos de un verdadero hombre.

Juan de Bengoa era de esos hombres que nunca dudan de la buena fe de sus esposas. Por eso, cuando ella apuntó la necesidad de darles el agua bendita a todos los siervos, aceptó de inmediato. No veía nada malo en ello. Al contrario, un negro que ha abrazado la verdadera religión, puede acceder a los primeros renglones de sus enseñanzas. Bengoa pensó en el recato y la abstinencia. Como bien es sabido entre todos los indianos que el negro abstinente responde más diligentemente en las tareas que aquél que se dispersa por doquier, creyó haber encontrado, sin buscarla, una solución al problema: negro que se bautiza, negro que se renuncia a los contactos carnales improcedentes. Toda la energía queda, entonces, reservada para la pesquería. De acuerdo, en ese caso, que bautizaran a todos los negros, que les dieran ropa limpia y media mañana de descanso para proceder a la ceremonia.

Como era de esperar, sus presunciones fallaron por completo. Está en la naturaleza del negro abalanzarse libidinosamente sobre cada hembra que encuentra a su paso. Yacen y yacen, sin pudor, en cualquier rincón, a la sombra de un árbol o bajo las estrellas. Se abalanzan los unos sobre las otras con ansia animal, como las bestias, como los monos sin amaestrar. Así es la vida del negro.

Se les enseña el catecismo y ellos escuchan pues, mientras escuchan, no son obligados a trabajar. Muchos de ellos aplauden ante las santas enseñanzas ya que han aprendido que lo satisfactorio debe ser celebrado. Pero no, el catecismo no se estudia así. Es preciso el recogimiento y la memorización, y el negro, ni disfruta de lo uno, ni practica lo otro. Cuando la catequesis finaliza, marchan a fornicar como si nada. Y se les va la fuerza por el miembro. Las ostras, mientras tanto, han de aguardar un día más para que alguien capaz de aguantar la respiración pueda llegar hasta el lugar donde se crían.

Es normal que los dueños de las haciendas caigan en brazos de la desesperación. Hasta el más flemático puede perder los nervios ante tanto despropósito. No aprenden y, como no aprenden, se ha de trabajar con lo que está disponible. Ya se dice que la mejor de las situaciones es cuando nada va a peor. Fornican en las esquinas y no respetan uno solo de los preceptos dictados por Dios Nuestro Señor. De acuerdo, así sea. Ni siquiera está claro que exista un paraíso para ellos. Por lo tanto, que se comporten como animales, que los

capataces lo permitan y que las rutinas discurran hacia ritmos mansos. Mientras el edificio no se desmorone, dese por satisfecho todo el mundo.

Angélica Visconti tenía sus propios planes. Pensaba en los negros como en trozos de lienzo sobre los que poder dibujar a su gusto. Los creía vírgenes de lo que ella llamaba contaminación europea: carecían de gustos y de prejuicios, de hambres y de envidias, de sabidurías y de engreimientos. No tenían nada y ella, con un trozo de carbón, se dispuso a esbozar una gran obra. Como los pintores de la corte, pretendía dibujar un fresco maravilloso. Eligió, para llevar a cabo su labor, la más digna de todas las telas, ésa que mostraba belleza innata sobre el bastidor, que había sido bien tensada, sin arrugas y aplicado pulcramente cada uno de los preceptivos baños imprimadores. Sí, la tela estaba dispuesta y ella, carbón en mano, esbozó.

Capítulo 7

El adulterio

Debí haberlo intuido, pero no lo hice. Debí, al menos, haberlo imaginado, pero tampoco lo hice. No hice nada de lo que tenía que haber hecho. Absorto como me hallaba en las labores cotidianas al frente de la pesquería, todo pasó desapercibido para mí. Cuando, por fin, lo supe, fue tarde. Ya había sucedido y de forma irremediable. Hay cosas que uno no puede volver atrás.

Sorprendí a mi esposa en brazos de Giovanni. O, para ser más exacto, a Giovanni entre las piernas de mi esposa. ¿Qué hace un hombre cuando encuentra a un negro accediendo al lugar que, para ese hombre, es el más sagrado? Mata al negro y, después, delibera si es preciso hacer lo propio con la esposa. ¿Por qué yo no hice ni lo uno ni lo otro? ¿Por qué me tembló el pulso y opté por una solución que, sin ser plenamente satisfactoria, al menos daba por resuelto el problema? De una manera tibia, pacata, quizás acobardada, pero lo resolvía a fin de cuentas. Trataré de explicar, aquí y ahora, y sin pretender que todo lo que señale sirva de atenuante a mi ausencia de determinación, cómo actué y, en la medida de lo posible, por qué. Y añadiré en qué forma, finalmente, asumí mi entera responsabilidad.

Acostumbraba, entonces, a regresar de la pesquería una vez que el sol se había puesto. Solo o, a lo sumo, acompañado de mi capataz, emprendía el corto camino hasta la casa. Los olores del anochecer portobeleño menguaban mi urgencia por reunirme con Angélica. Quien los haya disfrutado puede saber de qué hablo. Para un renteriano como yo, con el olfato casi atrofiado como es habitual

en nuestros encastes, la tersura de los aromas que la brisa del este traía cada tarde, conseguía que cayese en una especie de trance leve y sumamente agradable: sacudirse el cabello no era suficiente para ahuyentarlo. No, mejor dejarse llevar, detener los ritmos y plegarse a sus conveniencias. Olía a todo aquello que en Europa no éramos: a esencias frugales y a trozos de origen, a liviandad y a exoticidad, a clara presencia de lo importante, de lo conciso, de lo necesario.

Aquella tarde, sin embargo, los olores no me interesaron. O no estaban. Sí, quizás eso sucedió. Los aromas portobeleños se habían marchado a otro sitio, quién sabe a cuál y quién sabe si a modo de aviso para que no me demorara. Por todo ello, mi llegada a la casa tuvo lugar antes de lo acostumbrado. Crucé la puerta de la entrada, subí las escaleras, atravesé más puertas y apenas hice ruido. Se sorprende uno de lo silencioso que puede ser cuando no lo pretende. Entre mis sábanas, entre mis propias sábanas, un negro hacía gemir a Angélica. No me vio y ella tuvo que empujarle para que se diese cuenta de mi presencia. Los ojos se le cayeron y debió de sentir la muerte arropándole ya con su manto andrajoso y áspero. Estoy seguro de que Giovanni pensó que, en aquel preciso instante, le mataba. Y estoy seguro, al mismo tiempo, de que no pensaba hacer nada por evitarlo. Algo así como si su sino estuviera trazado y él lo aceptara sin hacerle frente. Desenfundaría mi cuchillo y le atravesaría, con él, el pecho. Desgarraría sus entrañas y todas sus vísceras de negro infame quedarían desperdigadas por la blancura de las sábanas.

Pero nada de eso hice. De hecho, ni siquiera recuerdo si, en ese momento, llevaba al cinto el puñal. No lo sé. Probablemente sí. O quizás me había desprendido de él antes de comenzar la ascensión por las escaleras. No obstante, este dato carece de importancia: no lo eché de menos pues no estaba en mi ánimo seguir el plan que Giovanni ya daba por definitivo. Porque yo, yo, Juan de Bengoa y Urbieta, fui petrificado como si me hubiera vuelto en la huida de Sodoma. Yo no era hombre sino estatua de sal, no era esposo sino una mirada orientada hacia el lugar equivocado.

Giovanni algo murmuró. Ella, sin embargo, no. Permaneció callada, callada como se callan los que no se avergüenzan de su culpa. Porque, ni por un momento, dejó de sostenerme la mirada. Mientras el negro recogía sus ropas, se arrebujaba para no mostrar

las impudencias y trataba de salir de la estancia alejando cada parte de su piel todo lo posible de mí, Angélica me miraba en silencio. Historias cambiadas: la mujer de Lot era yo, convertido en estatua por mirar en la dirección que no debía y ella era yo, Lot, desafiante, sobreviviente y perversamente ganador. Sí, así lo afirmo porque es necesaria cierta perversidad para saberse a salvo y no sentir remordimientos cuando todos los que, hasta hace un momento, te rodeaban, son pasto, o van a serlo, de la ira desencadenada.

¿Qué importa la ira si nos sabemos invulnerables? Así se sentía Angélica, estoy seguro. Lo leí en su mirada. Ni siquiera hizo ademán de cubrirse. Cuando Giovanni hubo salido de la habitación, mi esposa seguía tendida en el lecho sin haber dejado de ser cuenco: las piernas separadas y lo que entre ellas debe ser guardado con pudor, abierto obscenamente. Di media vuelta y seguí los pasos del negro. Él ya no estaba y yo abrí una botella que bebí en el porche hasta bien entrada la noche.

No me topé con ninguno de los dos hasta el día siguiente. Había dormido en el ala opuesta de la casa, en una habitación que solía ser dispuesta para los invitados que llegaban con la intención de pasar una temporada con nosotros, y Giovanni, el osado negro que había yacido con mi esposa, en algún lugar fuera de la hacienda. No tuvo valor para recogerse en el barracón de los suyos. Huyó, pero no demasiado lejos. Él sabía, yo sabía, todo Portobelo sabía, que un negro no puede huir de su dueño y vivir para contarlo. Giovanni, que, en realidad, ya se sentía muerto, no fue demasiado lejos. Con la primera luz de alba, regresó a la hacienda. Eso me fue dicho cuando pregunté por él después del desayuno y antes de emprender camino, como cada día, hacia la pesquería. Parecía dispuesto a acabar cuanto antes.

Giovanni había sido traído de África junto a todos los demás. Creo que perdió a toda su familia en la travesía. Algo más de un año después, a principios de 1629, fue bautizado con un nombre cristiano. Nunca tuve demasiado interés en ganarlos para nuestro Cielo, pero parecía ser la costumbre en las Indias. Además, Angélica insistió en que no podíamos dejarlos fuera del rebaño del Señor. De acuerdo, les di mi apellido a todos ellos con tal de no volver a oír el asunto nunca más. Podían abrazar el culto y levantar un pequeño

altar en el interior de su barracón. A su muerte, se les daría cristiana sepultura. Pero nada más. Pensé que hasta les vendría bien: el culto cristiano templaba los caracteres y empujaba hacia la continencia. Mi esposa, entonces, pareció darse por satisfecha. Ella misma eligió los nombres con los que los negros serían bautizados. Casi todos ellos, originarios de la tierra que le había visto nacer. Y para el negro en el que, ya entonces, había puesto especiales ojos, un nombre, también, de significación extraordinaria. En aquel negro se reunían las denominaciones de los dos hombres que, a lo largo de su vida, más la habían querido: su padre y yo mismo que, por esas casualidades en los cruces de caminos del destino, habíamos dicho adiós a la pila bautismal con idéntica, aunque en distintos idiomas, designación. Giovanni para el viejo, Juan para mí.

No le presté mayor importancia. Mi esposa tendía a encariñarse con las personas, con los animales y, ahora, en Portobelo, también con los negros. Recogía perros abandonados y mandaba que fueran cuidados en el recinto de los animales. Se les alimentaba y les era proporcionado un techo bajo el que dormir. Llegamos a tener tantos perros como negros. Pero, al menos, los negros cumplían una función, mientras que los perros comían y comían y, al tiempo, hendían mi bolsa. Pero no fui yo quien dijo una sola palabra en su contra. Líbreme Dios de ello. Si mi esposa quería tener perros, tendríamos perros. Cuando perros quisiese. La pesquería comenzaba a dar frutos y sabía que no me iba a ir mal. Perros, pues.

¿Poner mi nombre a un negro? Parte del modo de ser de mi esposa. Eso me dije, porque ella era como era: cordial y amorosa hasta con las arañas. Giovanni caminó, desde entonces, por la hacienda portando, quiero pensar que orgulloso, mi nombre y el del que nunca llegó a ser mi suegro. Al principio, no parecía unir la denominación a ningún tipo de vanidad. Después sí, después todo cambió. Hasta imaginé que había cierta jactancia en su actitud. O, quizás, sólo fueran ofuscaciones mías. De cualquier forma, yo estaba demasiado ocupado al frente de la pesquería como para darle mayor importancia.

El hecho de no tener al alcance de mi vista a Giovanni durante la jornada debió de ser determinante. Angélica, cada día más atareada en unos quehaceres que quién sabe cuáles eran, precisó de

manos que la auxiliaran. No dudó en acudir a mí y solicitar que exentara a uno o dos negros de su trabajo con las ostras y los dedicara a lo que ella dispusiese. Recuerdo que acentuó la solicitud al sugerir que dos negros serían mejor que uno. Yo, que no quería contrariarla ni perturbar su aclimatación a la vida portobeleña pero que, al tiempo, tampoco estaba dispuesto a perder manos útiles en quehaceres indefinidos, prometí uno tan sólo. Un negro, dije sin perder la sonrisa. Un negro, aceptó ella.

Giovanni fue ese negro. Si había estado dispuesta a negociar la cantidad, no así la elección. Quería a Giovanni y adoptó ese gesto que yo ya interpretaba, simplemente al verlo surgir en su rostro, como la invariable determinación de los Visconti. Giovanni o el desastre. Giovanni o el fin de los tiempos. Giovanni o nada.

Fue Giovanni, evidentemente, quien se puso a su cargo. Y cierto es que me desagradó la idea. Se trataba de un hombre fuerte y capaz que trabajaba bien en la pesquería. Uno de los mejores. Hasta cuarenta inmersiones en una jornada y sin que la menor queja saliese de su boca. Un negro estupendo, insospechadamente pesado, que destacaba entre los suyos por su capacidad para hundirse como las piedras. Oh, la maldita tendencia de los negros a flotar. Cuántos quebraderos de cabeza nos dio. Y, sin embargo, Giovanni se hundía tan bien…

¿Qué hizo a su cargo? ¿Cuáles fueron sus tareas? Cinco largos años en los que, ni por asomo, llegué a intuir nada. ¿Cómo la esposa del que, con el tiempo, se estaba convirtiendo en el hombre más rico de todo Portobelo, podía rebajar sus instintos a yacer con un negro? Podría haberlo entendido si éste se hubiera arrojado sobre ella y, arrancándole el vestido, le hubiera arrancado, al tiempo, la virtud. Giovanni era fuerte y rápido como los tiburones. Angélica no habría tenido nada que hacer y defenderse de tal bestia sería el más vano de los ejercicios. Tarde o temprano le habríamos dado caza y ahora estaría muerto.

Pero no, no sucedió así. Angélica consentía los yacimientos y, en consecuencia, esto la convertía en una adúltera. En algo más: en una monstruosa degradación de la que sólo las más sucias mujerzuelas son capaces. Permitió que el miembro de un negro entrara en ella y derramara su infección dentro. Dios Santo, no puedo imaginar mayor ofensa para mi nombre. Me sentí como los

insectos que, cuando les sorprende la luz del día, corren a esconderse tras una piedra y permanecen allí incluso hasta que la muerte les sorprende por inanición. Yo me quería morir, me quería morir allí mismo, y nada más.

No deseé la muerte de nadie. La mía, sí, pero la de nadie más. Para sorpresa de todos los que la noticia conocieron, no ordené que a nadie le fuera dada por extinguida la vida. Podía haberlo hecho y salir indemne pues en Portobelo habrían comprendido la razón que movía mis actos. El negro muerto y mi esposa muerta. Ambos muertos y, después, toda una existencia entregada a la pesquería, una existencia amargada por el recuerdo del fatídico día, una existencia sin sentido, sin Angélica, sin nada por lo que mereciera la pena seguir adelante.

He de confesar que, tan siquiera, sentí inclinación hacia el castigo. Tal era el estado en el que me vi sumido, que dejé que los días pasaran sin que nada decidiese. Continué yendo a la pesquería, como siempre lo había hecho, y dirigí las extracciones cotidianas. Con la tarde, regresaba a la casa y me sentaba en el porche a esperar. No, a esperar, no. A sestear los sentidos. Quieto, silencioso, mudo, incierto como el crispar de las olas en la playa. Pero, al igual que en ellas, y por mucho que desconozcamos ese momento en el que la lisura se vuelve espuma y ruido, siempre todo acaba como adivinábamos. Y las olas rompen y mansean hasta la orilla.

Lo que dentro de mí anidó, también rompió. Estalló en mil pedazos y fue esplendor. Después, cayó hacia la arena y se sosegó. Pero hice lo que tenía que hacer. Obviarlo sería como anotar en la fachada de la casa la explicitud del permiso que cualquiera tenía para enredarse entre las sábanas de mi esposa. Con escaso interés, pues la quebradura ya estaba dentro de mí, mandé castigar al negro de la forma apropiada. Fuera cual ésta fuese. Pedí que el castigo le fuera aplicado de inmediato pero que nadie me facilitase información sobre ello. Únicamente pedí que, una vez concluido éste, alguien me lo comunicara de la forma más escueta posible: Giovanni ha sobrevivido a la pena.

A Angélica yo mismo le impuse el látigo. Un marido no puede permitir que nadie haga por él lo que él debe hacer por propia iniciativa. Mi esposa era mía y el látigo caería de mi mano sobre su espalda. Aunque nada quedaría, gracias a él, expirado, al menos

una suerte de redención nos alcanzaría proporcionándonos algo de paz. La paz necesaria para seguir hacia delante. Sí, eso, una concreción algo teatral en un acto expiatorio: el esposo bate su látigo sobre la adúltera ante todo aquél que quiera contemplarlo, negros incluidos, y conjura los malos designios. Sobre la casa no se abatirá el caos. Todo será como parece pues la apariencia cita a los fantasmas del futuro incierto y los dispersa.

Cada golpe del látigo en la espalda de Angélica, cada suspiro, cada gemido brotado de sus labios, engendraba, al tiempo, como si de una prole magnífica se tratara, los pilares del orden. La pesquería entera dependía de ello. No exagero. La pesquería completa, su futuro y la prosperidad que de ella pudiera derramarse. En el látigo, en el azote público de Angélica, pervivía un ritual que comprendí mientras lo llevaba a cabo: el silbido del cuero en el aire, la piel rasgándose y el olor de la sangre mezclada con la transpiración. Desgarraba el vestido de mi esposa hasta que éste cayó al suelo y quedó vestida sólo de sangre y dolor. Y ni aún así, ella se humilló. Al contrario. La dignidad de su presencia hizo que, hasta en tres ocasiones, mi mano vacilara.

Tenía que azotarla de esta forma. Recé para que lo comprendiera. Si el rito no se llevaba a cabo, todo estaría perdido. Las ostras dejarían de producir perlas o algo peor: nacerían transparentes y el nácar ardería en la mano de quien lo tratase de tomar. Perlas que confundían al mar, que se negaban a responder a su naturaleza, rebeldes, viscosas, calientes al tacto: invisibles como los animales peludos en la bruma. Están ahí, los puedes sentir, pero no los ves. Y eso causa el desasosiego más grande que se pueda imaginar.

Para evitar que sucediera lo señalado, me entregué al ritual. Angélica merecía el castigo, lo merecía. Se había acostado con un negro, con un negro recolectado en el golfo de Guinea por su propio marido, y, sin rubor, se había entregado a los placeres más lascivos. ¿Cómo una mujer en su sano juicio puede disfrutar con un negro entre las piernas? Oh, Dios, mi látigo debía contestar a esta pregunta pues sin una respuesta satisfactoria, todo lo demás carecería de importancia. ¿Cómo un negro puede contemplar, aunque sea en sueños, la posibilidad de yacer con una mujer de verdad? ¿Y dar los pasos necesarios para consumar el pecado? Sea

mi deseo, y mi deseo es hallar respuestas. Que el látigo realice la indagación por mí.

Angélica no dijo nada. No hizo nada. Quedó tendida en su propia sangre, gimió y sollozó ahogadamente. Pero nada más. No pidió perdón, ni clemencia, ni aseguró que no volvería a ocurrir. Al contrario: me cuentan que, cuando se la llevaron para lavarla y curarle las heridas, preguntó por Giovanni. Para mí no tuvo palabras, sólo una mirada altiva. Para el negro, preocupación y congoja. Apreté el látigo con la mano y me pregunté si mi conjuro tendría éxito.

Y estoy seguro de que me quería. Que, en ningún momento, Angélica dejó de amarme. Era su marido y la conocía bien. Habíamos pasado unos años duros en Portobelo, pero nada que una mujer de su talante no pudiera soportar. Además, jamás sintió el aburrimiento. Ocupada en quehaceres que conseguían algo cercano a la perfección en la atmósfera de nuestro hogar, ordenó un universo entero entre aquellas paredes. Fuera, la exuberancia de las Indias. Un mar distinto a los nuestros, que no era el Cantábrico renteriano y, menos aún, el Mediterráneo genovés, que era otra cosa y no sabría decir cuál. Como todo por aquí.

A lo largo de este tiempo, jamás me obvió en su lecho. Acostumbrábamos a dormir en camas separadas, pero cada vez que deseaba hacer uso de mis derechos conyugales, ella estaba allí, dispuesta, entregada, sincera. No hubo fingimientos, lo sé. Lo sé. No los hubo. Angélica me quería, pero quería también al negro. Esto también lo sé, y lo sé porque ella misma me lo dijo: te quiero, Juan, pero quiero también a Giovanni. ¿Podía, en estas condiciones, mandar acabar con su vida? ¿Podría soportar la mirada heladora de Angélica durante el resto de mi existencia?

Así que, sabiendo estas dos cosas, que no podría matar a Giovanni y que mi esposa seguía queriéndome, alcancé una determinación: el negro debía abandonar Portobelo. Y no hacia un destino próximo, no. Cuanto menos, un mar de por medio. De regreso a la otra orilla, a Europa, adonde allí aún se me recordaba y se me tenía en estima.

Pero antes, Angélica. Antes, la reconstrucción de nuestro hogar y la licuación de su mirada. Traté de hablar con ella, de comprender los motivos, de, en suma, saber, pero nada fue posible. Ella dijo que

me amaba, insistió en que me amaba, pero eso fue todo. Creía que si atravesaba el umbral de sus aposentos y me deslizaba entre sus sábanas, me admitiría como si nada hubiera ocurrido. A fin de cuentas, el lugar de un marido está entre los muslos de su esposa. De modo que así lo hice.

Escuché sus gemidos en la penumbra y no pude dejar de darme cuenta de que eran los mismos que había escuchado cuando la azotaba con el látigo. Ahora la penetraba con dulzura, amorosamente, y ella gemía. Antes la golpeé con saña pues sólo así el ritual podía ser considerado tal, y ella gemía. Con idéntico ardor, sintiéndolo, disfrutando y doliéndose. O doliéndose y disfrutando. No lo sabía y podía volverme loco si continuaba tratando de dilucidarlo.

Un pensamiento me atoró. Hizo que yo no fuese más veces yo, que regresara a un estado primitivo y brutal. Un pensamiento, un recuerdo de años atrás, algo que había postergado tanto en mi memoria que creía enterrado para siempre: la niña negra que fue mía para, después, llevado por un arrebato del que nada retenía, terminar con su vida. Fue en el golfo de Guinea, sí, reconstruyo la escena. Tan loco me volvió la mirada de la pequeña negra que hice lo que no pude evitar. No, no pude evitarlo. La penetré varias veces, hasta quedar saciado, la maté rodeando su cuello con mis manos. Tras ello, volví a penetrarla con fuerza, como si no pudiera hacer otra cosa. El hechizo de las negras púberes, eso mismo debía ser. O algo por el estilo.

Angélica continuaba gimiendo en la penumbra de la alcoba, como la negra de entonces. ¿Cuánto tiempo había pasado desde lo de la negra? ¿Seis años? ¿Siete? Había perdido la cuenta. De cualquier forma, el tiempo había sido el suficiente para cambiarme. Ya no deseaba matar a nadie. Y aunque la mirada de Angélica pudiera, bien Dios lo sabe, inspirar acciones de las que luego uno no puede enorgullecerse, mi ánimo caminaba por otras sendas. Debía de ser algo relacionado con la pesquería. Tantos días dedicado a la extracción de las ostras, sólo a la extracción de las ostras y a nada más, conseguían de un hombre que mutara sus aspiraciones: quería regresar cada tarde a casa y descansar mientras observaba el cielo cálido de Portobelo. Nada más. A fin de cuentas, era lo que siempre había anhelado: un lugar tranquilo en el que no tener que pensar

demasiado. Un lugar en el que los hombres se limitaran a dejarse llevar, sin prisa, sin preguntas, al tiempo que las estaciones y las mareas.

Rodeé, con mis manos, el cuello de Angélica. Tenía dentro de ella mi miembro y lo hacía entrar y salir suavemente, sin prisa, como si eso fuera lo único importante durante el resto de nuestras vidas. No, no la maté. Podría, digo, haberlo hecho, y todo hubiera estado bien, pero no, no la maté. En aquella negra de siete años atrás se había terminado todo. Por eso, mis manos no presionaron en su cuello. Ella volvió a gemir y sentí, quise creer, que lo hacía sinceramente. Me amaba y disfrutaba cuando mi miembro se deslizaba en ella.

Le hablé. Le pregunté acerca de los motivos. Dijo algo que no pude comprender. Sobre la vida, sobre la necesidad de ser madre, sobre la perduración y los tiempos venideros. Mi lengua recorría sus pechos, los sorbía con fruición y se quedaba con su sabor dentro. No comprendí y, sin embargo, no insistí. Mejor no saber, mejor permanecer en la ignorancia. Al día siguiente, ella volvería a lo suyo y yo a lo mío. Y nunca más recordaríamos el fatídico instante en el que los descubrí yaciendo.

Vendí a Giovanni a un tratante de Valladolid. Se lo di a buen precio, a ese buen precio que permite omitir cualquier explicación. El que compra sabe que algo no marcha bien, y el que vende sabe que el que compra sospecha. Pero el precio es intencionadamente satisfactorio para ambas partes y nadie pregunta. Es un acuerdo tácito. Un estrechamiento de manos y el negro cambia de dueño con todas las consecuencias. Y para siempre, que es lo que me importaba.

El tratante había vendido todas sus posesiones en las Indias y regresaba a casa. No había hecho fortuna, aunque tampoco ruina. Permanecía a medio camino entre lo que uno anhela cuando se embarca y lo que reza para que jamás ocurra. Bien, él no tuvo la suerte de los que lo ganan todo ni la desgracia de los que lo pierden. Vendió las tierras, la hacienda y todas las posesiones. Como era de esos que desdeñaba las murmuraciones, compró un par de negros sanos para que le sirvieran en sus últimos días y tomó camino de regreso a casa. A Valladolid. Me pareció un lugar

estupendo. Tan estupendo como alejado de Portobelo.

Le dije que se llamaba Giovanni Bengoa, que le había dado mi apellido y el nombre del difunto padre de mi esposa. En realidad, expliqué, ella fue la que decidió la denominación. El tratante retirado sonrió. Algo comenzó a intuir, de modo que di por terminada la transacción: es un negro educado y trabajador, dije. Le servirá convenientemente en lo que estime. Y responde a la vara sin replicar.

Ya no supimos más de él. Tomó un barco junto a su nuevo dueño y se perdió para siempre en la bruma. No hablo por hablar. En el día de la partida, una inhabitual bruma tomó Portobelo. Fue digna de contemplar, y sólo los que conocíamos la naturaleza del fenómeno por haberlo contemplado en nuestras tierras natales, mantuvimos la calma. Bastaba con que la temperatura subiera un poco para que terminara perdiéndose en el firmamento. La bruma sube hacia las copas de los árboles y desaparece, dije. Eso es, desaparece. Como los negros que se acuestan con las esposas de sus dueños. Tranquilos todos los que nunca la han visto. No es dolorosa y no ataca a los hombres ni a los animales. Al contrario, permite que muchos vivan en ella, que se protejan, que olisqueen a los de fuera.

Angélica quedó sumida en una desidia de la que aún espero que se recupere. Tras sorprenderla en el lecho con el negro, no mintió más, siquiera por ocultación, como hasta entonces lo había hecho. Me explicó que amaba a Giovanni, que lo entendiera y que le perdonara. Sobre todo, esto último. Porque comprendía que se me debía como mi esposo que era, pues deshonraría la memoria de su padre y el apellido de los Visconti si no lo hiciera. No me iba a abandonar y tampoco quería dejar de amarme. No, lo decía con sinceridad: me quería como se quiere al esposo con el que se desea pasar el resto de los días. Sí, pero también al negro. Junto a él, también se habría hecho vieja. Yo no tenía por qué saberlo. Mejor si aquel día hubiera permanecido hasta el atardecer en la pesquería, como siempre era mi costumbre. Mejor si no hubiera descubierto el indigno apareamiento: quería darle lo único que no puedo, decía Angélica. La vida, Juan, la vida.

Pero, ¿tienen vida los negros? No, está claro. En ese caso, ¿pueden llegar a disfrutar de ella alguna vez? ¿Existe manera de

prender la llama de la consciencia en su interior? ¿Los negros, si se les entrena adecuadamente, pueden ser considerados personas? En esto estaba inmersa mi esposa. Me lo explicó y lo comprendí. No pude compartir nada de lo señalado, pues a mi juicio no había sino desequilibrio y ensoñación vacua en tales propósitos, pero supe, por fin, qué era lo que con tanto apasionamiento, le había mantenido ocupada en los últimos años.

Mi esposa consideraba al negro como su hijo. Lo había hecho todo por él y compartir lecho y entrepierna no era sino parte del plan. La chispa de la vida. Eso es lo que buscaba. Parir un ser vivo y hacerlo como cualquier otra mujer: desde el útero y hacia fuera. Me permití dudar de que hubiera alcanzado el éxito.

Mucho tiempo después, escribí al nuevo dueño de Giovanni. Tardó la respuesta, como aquí todo tarda, pero llegó y resultó inquietante: el negro se había escapado. Este hecho consiguió que me sintiera culpable. A pesar de que habíamos arreglado un buen precio para la venta del negro, yo conocía la turbación de su interior: un negro que cata blanca no es un negro que, en lo sucesivo, pueda ser amansado con facilidad. Ha aprendido que está en su mano lo que al universo general de negros le está vetado. Y lo querrá alcanzar. El negro que ha yacido con blanca mejor está muerto. Pero no, yo no pude hacerlo. Mi esposa me hubiera odiado para siempre y con eso, con eso, mi vida hubiera sido miserable y desgraciada hasta el hartazgo.

Devolví réplica al vallisoletano y me sinceré en ella. Pedía perdón y me ofrecía a reintegrarle la cantidad entregada por el negro. La tranquilidad de mi conciencia, además del buen nombre de un renteriano, estaba en juego. Jamás obtuve respuesta. No supe más de aquel hombre y, tras mucho aguardar, supuse que había fallecido. Fuera cual fuese lo sucedido, el contacto quedó roto. Y Giovanni Bengoa libre.

Dudé ante la posibilidad de confesar mi averiguación a Angélica. Habíamos retomado el pulso de una vida conyugal apacible y satisfactoria. Ella había abandonado sus delirios y ya no animaba negros. De hecho, se hizo traer varios criados blancos desde Génova y apenas volvió a hablar español, ni siquiera conmigo. Mandó construir unas jaulas de dimensiones descomunales y en ellas alimentaba pájaros a medio camino entre la libertad y el cautiverio.

Alguna vez me confesó que sentía pena por ellos: tales eran las dimensiones de la jaula y tal la cortedad de sus inteligencias, que bien podían creerse siempre libres. Los límites que las redes establecían, no era sino trabas en la trayectoria del vuelo que podían obviarse: un rato después, no las recordaban y, si las volvían a hallar en su vuelo, pensaban que se las topaban por primera vez. Así era el devenir de los pájaros.

Pero se lo dije: el negro es libre. Esto la excitó sobremanera y tuvo que echarse un rato para recobrar la calma. A la hora de la cena, bajó y, como cada noche hacía, se sentó al otro lado de la mesa. Parecía mucho más tranquila y un desacostumbrado rubor iluminaba sus mejillas. Sonrió a la luz de las velas. No dijo nada, pero yo supe lo que pensaba. Angélica se sabía victoriosa. Interpretaba la huida del negro como la culminación de su experimento, como la prueba tangible de que había tenido éxito. Su hijo era un hombre que anhelaba lo mismo que todo hombre: la libertad.

¿Qué fue lo que te impulsó a emigrar?, me preguntó. ¿Por qué vivimos tan lejos de lo verdaderamente importante? Porque esto es lo verdaderamente importante, respondí. En Génova o en Rentería no éramos independientes. Nos ceñían mil ataduras de las que no habríamos podido desligarlos ni tras una vida de lucha. Las ataduras se heredan y, a nuestra muerte, se legan. En América nada de eso ocurre pues todo hombre que aquí arriba, es situado en un bienaventurado punto inicial. Alguien da la señal y ya sólo dependemos de nosotros mismos. Es la maravilla de las Indias.

A la mañana siguiente, liberó todos sus pájaros. Fue tan sólo un gesto, pues ella misma no creía en que, para las aves, existiera diferencia. Es cuestión de alejar los límites de la jaula, decía. ¿Y Giovanni? Giovanni ya no tiene límites. O desea que se hallen tan lejos que nunca pueda abarcarlos. Una jaula tan grande como el mundo o, al menos, como Europa.

Yo sabía que habría que salir tras él. No se puede dejar que los negros vaguen a sus anchas. Habría que salir tras él y se le daría caza. O muerte, quién sabe. De eso estaba seguro. Giovanni, transparente en sus dilucidaciones como el aire de los veranos caribeños, decidiría que la mejor entre todas las opciones, sería la de correr hasta Francia. Se decía que allí los negros se convertían,

en cuento cruzaban el Bidasoa, en hombres. Adquirían consciencia, saber y resolución. Más o menos lo que mi esposa siempre pretendió para Giovanni. Si hubiera conocido de qué forma tan simple podía haber alcanzado sus anhelos, no habría perdido el tiempo en acostamientos hurtados a la honra. Habría tomado el primer barco y ella misma le habría hecho cruzar la frontera. Antes sus ojos y ante los de los que quisieran contemplar tal proeza.

Pero no, Angélica eligió otros rumbos, esos rumbos de los que ahora el negro trataba de escapar. Mi pobre esposa se había equivocado a la hora de querer insuflar vida. Bastaba con cruzar un río. No era necesario adormecerlo entre las piernas. Porque así el negro se acomoda y equivoca los conceptos: tanta serenidad aportan los muslos de una blanca, que eso termina pareciendo una jaula de límites en el infinito.

Angélica se ocupó de lo suyo, de lo más intranscendente entre lo suyo. Tuve, esta vez, cuidado de que sus actividades no fueran inicuas. Solicité a uno de mis hombres de confianza que, discretamente, la vigilara durante todo el día. Estuvo siempre entretenida en insignificancias: paseaba y ayudaba con la colada, recogía flores y dormitaba, se recogía pronto y miraba, desde su balconada, cómo migraban las aves. Poco a poco, cuando me fui cerciorando de su regreso a la normalidad, relajé la vigilancia sobre ella. Algunos meses después, mi hombre solamente acudía a su encuentro dos o tres veces por día, siempre, por supuesto, fingiendo coincidencias.

Éste es el fin de la historia. Nada más ocurrió en Portobelo que merezca la pena ser reseñado. La pesquería de ostras prosperó hasta convertirme en un hombre rico, exactamente tan rico como siempre había pretendido. Ni más, ni menos. Mi matrimonio con Angélica también prosperó, al menos, como se cree que estas alianzas evolucionan: sin dar pasos hacia atrás, pues no es posible ni rentable, y sin perder de vista un horizonte que termina por marchitarnos a todos. Angélica se dejó ir en la vida. Añoraba Génova y pasaba las tardes contemplando el retrato que Petrus Paulus Rubens, tiempo atrás, pintó de su madre. Por cierto, he de añadir que mi esposa, cada día más, se parece a la mujer del cuadro. Sostiene la mirada al pintor con total ausencia de recato. Angélica, a este lado del lienzo, adopta idéntica actitud: nunca más

se azora, ni ante mí, ni ante nadie. Siempre mantuvo la creencia, aunque jamás se hablaba de ello, de que su experimento había tenido éxito, de que Giovanni estaba vivo y de que la vida le había sido insuflada por su propio vientre. No sería yo quien fuera a discutírselo. A veces es mejor dejar que las tramas reposen, que todo permanezca en la misma posición en la que quedó, incluso aunque ésta no sea siempre la más adecuada. Y esto, esto que consideré válido e inamovible en mi relación con Angélica, no supe aplicármelo a mí mismo.

Por eso, hice lo preciso para conseguir dormir tranquilo el resto de mis días. ¿Qué otra cosa podía hacer? Con el pretexto de trabar nuevas relaciones para el comercio de mis perlas, tomé la decisión de ausentarme de la pesquería por un largo periodo de tiempo. Lo había hecho con anterioridad y, a buen seguro, no sería la última vez. En alguna ocasión, hasta seis meses estuve lejos de la hacienda. Bueno, es lo que se espera de un hombre de mi posición, ¿no? Cultivar perlas, recolectar perlas, vender perlas. De eso se trataba lo que yo había venido a hacer hasta Portobelo. Pero las perlas no las adquieren los antillanos, así que hay que cruzar un océano para buscar compradores. Angélica lo sabía y todos en la hacienda lo sabían: el dueño parte y se eleva una oración para que le vaya conforme a sus deseos.

Éste fue el pretexto. Mi afán primero era el de dormir en paz por las noches. Algo me inquietaba y sabía qué era. Curiosamente, cuanto más pensaba en ello, más me convencía de mi inocencia. No estaba en mi mano cambiar lo que sucedía lejos de mi casa. Ni siquiera era mi responsabilidad. Mis cabos estaban atados y bien atados: no había contraído deudas de las que no pudiera responder y nadie me debía cantidades que no pudiera asumir. Lo tenía todo de mi lado para dormir como los bebés. Sin embargo, no podía hacerlo. Había algo rumiándose en el fondo de mi estómago y se hacía preciso digerirlo. Fuera o no fuese de mi responsabilidad.

Una mañana, después de toda la noche en vela, me levanté, bajé a desayunar y no crucé palabra con nadie. Angélica aún dormía, pues era costumbre en ella no ponerse en pie hasta que el sol hubiera comenzado a calentar. Llamé al capataz de la hacienda y le di instrucciones precisas: hasta nuevo aviso, él asumía el control de la pesquería. Su palabra la aceptaría como mía. Sus iniciativas, no

contravendrían las que yo, en su lugar, habría tomado. Él era ahora el dueño. Podía disponerlo todo a su manera.

Me marchaba. Tenía que marcharme. Si no lo hacía, quién sabe si podría volver a dormir sereno. Quién sabe si, tan siquiera, podría volver a conciliar el sueño. No, la determinación estaba tomada: la esquirla en mi estómago debía extraerse y, con ella, la paz retornaría. Cuando el orden establecido de los acontecimientos se turba, un hombre cabal ha de hacer lo necesario para restablecerlo. Así que tomé el primer barco que salía hacia Europa y fui tras el negro.

Capítulo 8

La enmienda

Un negro se mueve lento por tierra extranjera. Sabía que Giovanni se dirigía hacia la frontera con Francia, lo sabía sin atisbo de duda, así que, unidos ambos conocimientos, resolví atajar su camino en la parte final del mismo. Desembarqué en el puerto de Pasajes y tomé la senda que, bordeando la marisma, conduce hasta Rentería, hasta ese lugar viejo como el mundo que me había visto nacer.

Cuidado, me habían advertido en el mismo puerto: esto está lleno de franceses y a nadie permiten el paso. Sí, y era cierto. Aunque de 1638 ya quedaba poca cosa y se acercaban los tiempos para la paz, el amor, el recogimiento y todo eso que interesaba a los hombres de buena voluntad, los franceses no parecían dispuestos a retroceder tras su frontera. Al contrario, sitiaban Fuenterrabía, a unas pocas millas al este de Rentería, junto a la desembocadura del río Bidasoa y, mientras tanto, quizás para desentumecer a la tropa, tomaban al asalto las localidades vecinas.

No se acerque a la frontera y camine, de inmediato, hacia el interior, me dijeron. Y yo puse rumbo hacia Rentería. A pesar de todo, tomé rumbo hacia Rentería. Posiblemente, si topaba con los franceses y la emprendían conmigo, mis días tocarían, allí mismo, a su fin. Qué más daba. Todo esto carecía de importancia. Tenía que atrapar al negro o, de lo contrario, estaría muerto de todas formas.

Un negro se mueve lento en tierra que desconoce y, al tiempo, deja un rastro que cualquier buen atisbador es capaz de seguir: se impregnan las casas, los árboles, los caminos, todo, de un olor a

negro que los lugareños, por desconocimiento, sienten extraño, pero que un indiano reconoce de inmediato.

Y allí olía a Giovanni Bengoa. Sí, podría identificar su olor entre mil distintos. Cada negro huele como sólo él huele. La negritud tamiza el aire y lo separa en pedazos que vuelve a trenzar peculiarmente. No en un aroma, tampoco en hedores pútridos. No, es algo especial, es como los negros huelen. Y allí olía a uno de mis negros. Sin duda, Giovanni no hacía demasiado que había transitado por aquella tierra.

En la marisma aún sus huellas se dibujaban en la arena. Un gran pie robusto y ancho, como los de los percherones, como los que una tintorera habría tenido de haberle sido concedida la dicha de corretear agua afuera. Cinco dedos separados que no se tocaban ni cuando, al dar el paso, el pie quedaba atrás. Ésa era la señal auténtica que me guió hacia el buen camino. No era la huella de un blanco aquella que hendía la arena, no. Ni siquiera la de un francés. Era la huella de Giovanni y no debía haber sido dibujada hacía mucho tiempo. Aquí, en la marisma renteriana, los ciclos, más que en cualquier otro lugar, los deciden las mareas: si transcurren más de seis horas desde que la huella ha sido impresa, simplemente desaparece tragada por las olas de la pleamar y mis ojos no advierten nada extraño.

El pueblo ha sido arrasado por los franceses. Ya no queda fuego y apenas se escuchan lamentos. A pesar de todo, en alguna esquina se calcinan las últimas brasas provenientes de vigas y solivos cien años antes entrecruzados. La que había sido mi casa, el hogar de los Bengoa, ya no estaba. En su lugar, un solar vacío y cascotes amontonados. Un poco más allá, la de los Urbieta. Ahí aún pueden observarse tres de las cuatro esquinas que levantaron el edificio. Pero eso tan sólo: lo demás he de imaginarlo porque los franceses han dado buena cuenta de ello.

Atravesé las calles y no me detuve a preguntar. Había pasado demasiado tiempo desde mi última estancia en Rentería. Sin embargo, reconocí varios rostros. Creo que también fui reconocido y alguien hizo ademán de dirigirse a mí, pero no, me marchaba porque tenía que seguir el rastro del negro. El olor se detenía en varias mujeres temblorosas y, luego, caminaba tortuoso hacia bosque. Giovanni se movería lento, por negro, por extranjero y por

miedoso, pero no se detendría, así que no iba a demorarme más de lo estrictamente preciso.

Vi a los franceses. Parecían dirigirse hacia el interior, quizás hacia Hernani o hacia la inmediata Oyarzun. Sabía que en el Bidasoa los encontraría, que rondaban la seguridad de sus dominios, pero eso sería más tarde. Ahora bastaba con evitarlos, con no abandonar el bosque en el que ellos jamás se internaban pues lo desconocido e intrincado les hacía vacilar.

Y bien sabe Dios que, si no fuera porque una determinación superior a cualquier otro afán se había apoderado completamente de mí, yo tampoco me habría internado en el bosque. Lo sabe bien Dios, pues allí no hay más que cosas que es mejor no descubrir. Nada que ver con los asuntos de los hombres, nada con lo cristiano o lo razonable.

Recuerdo que así se nos decía: huid de la bruma pues en ella se esconden las enfermedades más horrendas, el mal intrínseco, los demonios menores y cien maneras de perder un alma. Del bosque, siempre lejos. Y si se hacía preciso entrar en él, siempre de la mano de alguien que ayudase a retornar. Alguien que conociera las sendas, que no titubease en los cruces de caminos. Alguien que, en aquel momento, debía de estar muerto. O moribundo.

De acuerdo, estos son los instantes en los que un hombre decide por sí mismo. Ahí estaba el hayedo, esperándome, quieto como una roca que espera al mar. Ya vendrá, ya, y después algo rumiará para él. Mientras tanto, sabe que nada tiene que perder, que su lugar es ése, como los caracoles cuando miran a sus espaldas.

No tuve miedo ya que la bestia acababa de ser alimentada. Aquellos renterianos que, locos, ida la consciencia en el brutal ataque de los franceses, se habían internado en el bosque para morir en él, se hundían en la bruma y sus cuerpos habían comenzado a ser descompuestos. Del humus pútrido que producirían, el bosque se alimentaría durante décadas. Así es: en cada árbol levantado orgulloso hacia el sol, descansa lo que un renteriano ha abandonado. De su alma da cuenta Nuestro Señor. El cuerpo que abandona, le sirve de comida al hayedo. Brazos, piernas, corazón, hasta la más insignificante de las vísceras, queda convertida en recio tronco. Un anillo para un renteriano muerto.

Eso es, una época entera puede ser completada con lo que ha abandonado a la pudrición. Si alguien, cuánto, doscientos, trescientos años después, ase un hacha y tala el árbol, podrá contemplar, meridianamente claro, el anillo en el que el renteriano se ha convertido. Un anillo de madera que no es el primero ni es el último, que ha sido fajado en el devenir del bosque, que recuerda, desde la opresión, que allí hubo una vez un hombre. Y luego, el bosque se lo comió lentamente.

Más me preocupaba la vieja. La vieja, esa vieja que habita el hayedo, que teje pacientemente la red de bruma y aguarda a que los incautos caigan en ella. Después, se reirá y mostrará, al pobre desgraciado que haya tenido el desatino de aproximársele demasiado, su boca desdentada. No, mejor: los dientes podridos y negros, los trozos de encía vueltos del revés, el aliento a entrepierna estancada. La vieja, como cualquier niño renteriano sabía, no debía ser nunca atisbada. Si alguien se adentraba, digamos por la necesitad de buscar sus animales para la matanza de San Martín, tenía que mantenerse lejos de las carcajadas y del eco: engañaba la vieja a quien se descuidase. No, siempre lejos de los ruidos extraños. Ah, y dar media vuelta cuando se sientan demasiado cerca, cuando estén al alcance de dos zancadas, cuando puedan los esputos de la vieja impactar en nuestra piel.

¿Giovanni? ¿Se sentiría él incumbido por la presencia de lo maligno en el bosque? No lo sé, he de confesarlo. Quizás la vieja no se dedicaba con igual ahínco a los que de alma carecían. O quizás sí. Digo que lo desconozco. De todas formas, yo tenía que estar allí por si ella decidía no dar cuenta del negro. Es más: prefería que le obviara. El negro era mío. Aunque lo había vendido tiempo atrás, sentía que seguía siendo mío. Portaba mi apellido, el nombre del padre de mi esposa, el mío también, y un cabo ataba en cada extremo nuestras muñecas: la suya y la mía, como si perteneciéramos a la misma especie. Es indigno, lo sé, yo, Bengoa y Urbieta, asido al otro lado de un negro, pero así eran las cosas y ya no podía cambiarlas. Sin embargo, estaba en mi mano conseguir que concluyeran, que los asuntos quedaran cerrados, que un negro con mi marca en el rostro no se hiciera libre en Francia.

Así que me adentré en el hayedo. Sentí su vida y sentí su respiración. En silencio, con miles de ojos desperdigados, me

observaba. No sabría decir si me reconoció, si se acordaba de mí, si aún había algo entre ambos. Yo, a pesar de todo, le pregunté por el negro. Él no respondió: quizás porque no lo sabía, quizás porque no quería llamar la atención de los franceses. O quizás, simplemente, porque no reparaba en lo que no albergaba alma. Porque, y aquí he de ser taxativo, jamás creí en las elucubraciones de mi esposa. Las fantasías pertenecían a su mundo de ensoñación. Yo, a éste: a las tierras altas de Rentería, al lugar donde había nacido, en el que me hice hombre y supe, de una vez y para siempre, que Dios estaba conmigo en el centro de mi pecho.

Sentí el verdadero miedo cuando vi a la bruma tirando de dos cuerpos que había parecido hallar abandonados a su suerte. Más por no quedarme quieto y manifestar, así, mi desasimiento, que por auténtica valentía, ahuyenté, con aspavientos, a la bruma. Me miró durante un instante y después desapareció tras los arbustos cercanos. Sabía que muy lejos no se habría marchado, pero, al menos, no continuó mordisqueando los cadáveres. Me acerqué con cuidado y miré a los desdichados. Nada se podía hacer por ellos, y nada aquí significa darles cristiana sepultura. Reparé en que se trataban de un anciano y de una niña, pero estaban los cuerpos tan deteriorados que adecentarlos y restaurar los destrozos que las alimañas habían provocado en ellos me habría llevado casi una jornada. Una jornada de la que no disponía si quería dar alcance a Giovanni.

Me persigné y dije, musitándola, una oración mientras, con el pie, acercaba trozos que creía que debían ser unidos. Porque nadie merece ser dispersado tras su muerte. Y es cierto que lo verdaderamente importante está en el más allá, donde Dios ha de juzgar nuestros actos y premiar o castigar las acciones de las que hayamos sido protagonistas, pero la dignidad ha de mantenerse para todos aquellos que han temido el dictado de Nuestro Señor. Acercar los trozos dispersos, eso es todo lo que pude hacer.

¿Habría sido Giovanni el causante de aquella destrucción? ¿O lo franceses? Me agaché para tratar de advertir el olor del negro, pero la descomposición de los cuerpos era tan avanzada que ya los aromas del tránsito habían arraigado en ellos. Pobres desdichados, me dije antes de alejarme. Y en cuanto les mostré la espalda, dio un salto la bruma desde los helechos cercarnos y, gruñendo

afónicamente, tomó posesión de lo que, por momentos, le había sido arrebatado. No me volví para mirar. Escuchar el gruñido tras de mí es suficiente hasta para el más templado. Bufa y rezonga, como los hocicos que se pegan al suelo y sudan la sal de la tierra. Así, lento y primitivo, íntimo y, a la vez, eterno, al igual que su padre el hayedo, al igual que su madre la vieja que lo habita.

Hubiera sido o no Giovanni el causante de la muerte de los dos desdichados, su rastro estaba cerca. Lo encontré no demasiado lejos del camino, en la hojarasca, junto a los pétalos marchitos que el otoño había decido no perdonar. Me sentí victorioso. Aquel rastro era reciente. Eso significaba que Giovanni no hacía mucho que había pasado por allí. Como había intuido, se dirigía hacia Francia. Buscaba la libertad, buscaba la hombría al otro lado de la frontera.

Apreté mi paso para darle alcance. Irún se hallaba a menos de media jornada de camino. En Irún, el Bidasoa, y a veinte brazadas, el otro lado de la frontera. Para un nadador experto como Giovanni, no se trataba de un obstáculo infranqueable. Incluso bajo el fuego de los franceses, el negro podría sumergirse y nadar bajo el agua. Le recuerdo en la pesquería: abría branquias a los ojos de todos. Mi gran Giovanni: abría branquias en su piel y a los demás les pendía, alelados, la mandíbula. Oh, Santo Dios, sé que él carece de lo que Tú consideras, que no tiene alma ni proyecto parecido, pero si yo errase y así no fuera, si la tuviera, si quién sabe por qué motivo algo camina junto a él, apiádate de su sombra pues está en mi mano acabar con su existencia. Y desconozco yo mismo si lo aprobarás, pero así va a ser: Giovanni va a morir y con él su magnífica arquitectura. Y digo bien: mi Giovanni, mi gran Giovanni. Porque es mío, porque me pertenece hasta el último de sus alientos, porque yo soy el dueño del destino que le pretende, yo, yo y no otro. Y grande, porque es grande, porque ha estado a punto de conseguirlo, porque todo está a una mirada de distancia, pero no basta: le daré caza y, después, echaré los restos a la bruma para que se ensañe, para que acabe con ellos, para que selle un final apropiado al agravio, una muerte correcta, perfecta, insuperable.

Ni los mismos demonios menores con los que me topo en mi camino, ni esos que recolectan pájaros para que se haga de una vez el silencio, para que nada turbe, para que se escuche con precisión el rumor de los animales de vientre peludo que viven en la bruma

del alma, que se enroscan en las piernas, que fugazmente atemorizan a los peregrinos rumbo de Santiago, ni esos mismos demonios, afirmo, se interpondrán entre Giovanni y yo. Porque para ellos mismos, el tormento les habrá de parecer excesivo y sé que se pondrán del lado del negro. Quizás ya que ellos también son un poco negros, al tiempo que endemoniados, porque han cruzado sangres que jamás deberían correr en la misma vena y, más aún: porque la envidia les roe. Sí, la envidia. Ellos también gustarían de cruzar la frontera, de caer del otro lado y ocupar el resto de sus días en seducir jovencitas bearnesas y no estar aquí, recolectando pájaros, uno tras otro, en una tarea infinita y monótona que ni siquiera reúne méritos suficientes para ser ascendidos a diablos hechos y derechos.

A pesar de todo, un demonio menor realiza un alto en su tarea, se yergue, me mira y extiende un brazo hacia el este. Aún aprieta, con cuatro dedos, un pajarillo que se debate entre la vida y la muerte. El quinto dedo, estirado en la dirección del brazo, me indica un camino. Ese camino que yo intuía pero que ahora se torna en certeza. Por ahí, parece decirme, por ahí ha ido el negro. Siento, entonces, que me teme, que prefiere, aunque no lo desee, ponerse de mi lado. Los demonios, a fin de cuentas, no hacen nada que les ponga en peligro y, como carecen de energía, prejuicios u honra, se alinean rápido en el bando de los poderosos. No, no porto armas, pues no las necesito. Pero la mirada que le dedico basta: caerá fulminado en el agujeros de los grillos y mil bichos negros y crujientes se abalanzarán sobre él sin miramientos. ¿Alguien sabe qué es morir en los huecos de la tierra? Dejarse llevar hacia el fin de los tiempos en un minúsculo orificio frente a una de las bestias más poderosas de la Creación: Dios tuvo la precaución de construirlas diminutas y sólo así su peligro aminora. Pero si se adquiere su tamaño y, además, se invade su casa, ése, ése es el infierno, el verdadero, único y legítimo infierno.

Me echo sobre el camino para oler y caigo en la cuenta de que ya no tengo miedo. No, no lo tengo. Ha desaparecido y todos en el bosque también lo notan. Soy el yo transformado, así soy. Confluyen en mí las voces que han existido y devienen en una sola. El resultado podría haber sido la cobardía extrema, la pusilanimidad, el desastre, qué se yo, pero no, nada de eso sucede.

Al contrario: siento cómo uno de esos héroes que habitan las narraciones infantiles se apodera de mí. Aquí estoy y muestra la desnudez de mi alma, pues en ella queda resumida la persistencia de los Bengoa. Es mi nombre y el de mi casa. No temo a nadie y me declaro señor del bosque, amo de los seres que lo habitan, dueño de aquellos que osan atravesarlo.

El hayedo mismo se retira, prudente, a mi paso. Porque en mis manos viaja la muerte y nadie quiere topársela antes de tiempo. Porque aquí reina la inteligencia y hasta la vieja sabe cuáles son sus límites: está bien asustar a los lugareños, pero al que acaba de desembarcar venido de las Indias es mejor no aproximarse. La misma bruma que un rato antes me ha gruñido, ésa que, a duras penas, he conseguido ahuyentar, olisquea mi rastro y da la vuelta. Me sigue a una distancia prudencial, pero respetuosa: no se enfrenta a mí, ni realiza un solo movimiento que pueda ser interpretado como desafiante.

¿Qué soy yo ahora que tan distinto me parezco? ¿Por qué aquí y no en otro lugar? Lo sé: porque quien la cólera acarree, la razón le asista. Y todos tengan cuidado de mantenerse fuera de su alcance pues no dudará en condenar su alma para conseguir los objetivos que hasta este bosque le han traído. Apártense de mí los troncos de los árboles, ábrase un camino que nadie antes haya pisado. Soy Juan de Bengoa y Urbieta y porto la semilla del último renteriano limpio.

Casi podía sentir la presencia de Giovanni. Estaba muy cerca de mí. Se movía despacio, despacio y con tiento. Tenía miedo, estaba cansado y no conocía el terreno. Mis pies, sin embargo, saltaban los arbustos y trepaban a las ramas, pisaban las cortezas de los troncos y crujían en la hojarasca, sentían la solidez del aire y no dudaban hollarlo. Le daría alcance pronto, muy pronto.

Entonces, la vieja apareció en un claro. Al igual que el demonio, no dijo nada. En su rostro, se había borrado la risa y, por primera vez quizás en decenios, miraba con expresión adusta: no se fiaba de mí y sentía temor. Y, como si hubiera visto hacerlo al demonio, extendió de igual forma su brazo y, al final del brazo, un dedo indicando una ruta: giró el rostro cuando pasé a junto a ella y pude sostenerle la mirada. Allí había cosas que es mejor no saber, historias que transcurren y que deben permanecer en el olvido. Sí,

que mejor se entierren. Que se cave una fosa en lo más profundo del bosque, al abrigo de la noche, y que todo quede sepultado allí.

Ojos tan tristes como el sino de los renterianos. Ella me lo confesó en la mirada gris: eres el último renteriano puro pues el negro ha torcido los destinos de las futuras generaciones. Ahora mismo, mientras corres hacia el este, siete mujeres, las siete mujeres a partir de las que ahora comenzaremos a contar los días, los meses y los años, gestan negros en sus entrañas. Giovanni había hecho todo eso y mucho más: sembrar una semilla podrida y romper el ciclo natural de la vida. Nacerían pequeños renterianos para los que el alma no estaría asegurada. Si de la lucha que ya se estaba entablando en los vientres de las mujeres salía victoriosa la esencia materna, podría existir, todavía, una posibilidad. De lo contrario, si la hediondez del padre triunfaba, teníamos que darnos por perdidos pues no habría nada más que relatar: criaturas inanimadas reuniéndose junto al fuego como si nada pasase. Pero sí pasaba. Estábamos todos muertos y los demás no lo sabrían. Los renterianos podríamos, entonces, extender nuestra peste por el mundo.

Pero yo no tenía tiempo para pensar en la tristeza de la vieja. Ése era asunto para otras manos. En las mías, sólo estaba la captura de Giovanni. ¿Seríamos negros el resto de nuestros días? Era posible, sí, lo era. Detente, dijo entonces la vieja. Y diez hayas cayeron a mi paso cortándome el camino. Has de regresar y solucionarlo todo antes de que sea demasiado tarde. No, no puedo hacerlo, tengo que capturar a Giovanni.

La vieja insistía y más hayas caían, estridentes, en torno a mí: no podemos perder nuestra pureza milenaria. Da la vuelta, rehaz tu camino y dales muerte a todas. Antes de que sea demasiado tarde, repitió. Antes de que todos seamos África. Pensé que bien los franceses podían ocuparse de esa tarea. Pero la vieja advirtió: no, ellos ya caminan hacia Fuenterrabía y se concentran en su sitio. Vuelve y asume tu responsabilidad.

Qué otra cosa podía hacer… Traté de mostrar mi valor, de defender mi honra con palabras, pero ella dijo que no, que sólo los actos expiaban pecados. A cambio, el bosque se comprometía a demorar, en lo posible, el avance de Giovanni. Trabajarían juntos, sí, juntos. Yo tenía que enmendar las barbaries de la alimaña que, años atrás, había sacado del golfo de Guinea. Si no fuera por mí,

todo trascurriría como es debido. No era la primera vez que los franceses arrasaban Rentería y, probablemente, tampoco sería la última. Los renterianos sabían qué era volver a empezar, reconstruir, engendrar niños alegres, levantar corrales para el ganado, sembrar campos y recoger los frutos de los árboles. Pero siempre a partir de nuestra propia semilla, siempre desde la blancura de nuestros propósitos.

Lo pensé y tuve que concluir que razón no le faltaba a la vieja. Se trataba de algo que yo había desatado y que no podía dejar que siguiera su curso. Ella me dijo: cavaremos una fosa más en lo recóndito del bosque, no te preocupes, y en ella enterraremos tus conductas tan profundas como podamos. Nadie las hallará jamás. Y, por primera vez, sonrió al añadir: sabemos hacerlo, no lo dudes, pues no a otros asuntos nos hemos dedicado todos estos años.

Era un pacto. Si la vieja se comprometía a que el bosque demorara el avance de Giovanni, bien podía ocuparme de borrar sus huellas. Y qué huella mayor que esa que la vieja me había confesado… Las siete mujeres que, en su vientre, portaban noticias de su presencia entre nosotros. Di media vuelta y corrí hasta Rentería.

Todo seguía como, un rato antes, lo había dejado. Algunas sollozaban con desgana y otras, ni eso. Parecían preferir que los franceses regresaran y remataran la destrucción: aún quedan unas cuantas vigas en pie, aún de algunas paredes no ha caído la última piedra. No había varones a la vista. Debían haber ido tras los franceses. O con la intención de reagruparse en los pueblos del interior para organizar un contraataque. En varios lugares se resistía a los asedios con la ayuda de Nuestro Señor.

Mejor así. No quise que nadie presenciara lo que me disponía a efectuar. En ese caso, hubiera tenido que matarlos también. Y la vieja acabaría molestándose ya que el tamaño de mi esfuerzo iría creciendo y creciendo, como las bolas de nieve: un ajuste que precisaría de una fosa mayor y más profunda. Y los demonios fruncirían el ceño al verme pues también a ellos recurrirían para echar una mano. Las palas crujen en la tierra a la luz de la luna. Y mientras tanto, los pájaros en las ramas de los árboles, observándolo todo y cantando ignominiosamente. Maldita sea, deberían estar todos muertos desde antes de que el sol se hubiera

puesto…

Reuní a las mujeres en la iglesia. A excepción de las once casas que se habían salvado tras el paso de los franceses, el templo era el único edificio que mantenía la dignidad intacta. Unos cuantos agujeros en la cubierta por los que se colaba el sol y dos o tres vidrieras quebradas. Eso era todo. Un rato antes, cuando atravesé por primera vez el pueblo, dudé sobre si me reconocieron. Ahora estaba seguro de que no. Y no porque en ellas la turbación hubiera prendido hasta el extremo de que no veían, ni sentían, ni escuchaban las indicaciones de su conciencia, sino porque yo era otro, había sido transformado, sí, y hacia mejor. Hacia un ser poderoso, cruel y con aliados en el bosque. Hacia un ser, en consecuencia, todopoderoso, ambiguo y fatal, certero, lúcido y feroz.

Como apenas disponía de tiempo, maté a las mujeres en los peldaños de acceso al altar y regresé a mi carrera hacia Giovanni. ¿Son precisas más referencias? Las maté, y eso es lo que cuenta. Incluso, me resulta difícil recordar cómo. Las estrangulé, eso debió ser, las estrangulé. De cualquier forma, sí sé que no ofrecieron resistencia. Por fin alguien llegaba para poner un poco de paz en sus almas. Hasta debieron agradecérmelo. Senté a las siete mujeres en los primeros peldaños de la escalera, las miré, me miraron, me admiraron y ya está: les di muerte. Supieron que algo casi tan grande como el Señor, algo cercano a Dios, algo que se movía en el bosque como en su casa, que tenía a la bruma por aliada y la vieja por guía, les rodeaba el cuello con sus manos y apretaba. Después, cerraban los ojos y se dejaban ir. Hacia el Juicio Final, hacia la tranquilidad, hacia el fin de las preocupaciones. Así fue.

No hubo nada más que decir. Quien, más tarde, encontrase los cuerpos, procedería a darles cristiana sepultura. Yo, desde luego, no escuché el tañer de las campanas. Es posible que no hubiera nadie, que el sacerdote hubiera huido cuando los franceses aún acometían en las calles, cuando todo estaba sucediendo y para él mismo no auguraba un buen fin. Se marchó, sí, seguro que se marchó. Tomó las monedas que guardaba en la sacristía y se dirigió hacia el sur, como todos los cobardes en esta tierra. No aguantó ni puso rumbo hasta la costa. Allí, cientos de personas luchaban, con todos los

medios a su alcance, contra los invasores, pero el sacerdote no, el sacerdote tomó las cuatro monedas que la limosna había dejado y se marchó hacia el interior: allá donde habitan los espantadizos de este país. No podemos hacer otra cosa sino darlo por bueno y entender a ésta como nuestra penitencia. Se nos tara la sangre y se decide irreflexivamente.

Bien, las estrangulé. Para los anales y aquellos que gusten de levantar acta, quede dicho que las estrangulé. Poco importa pues, además, nada reprochable hubo en ello. De eso se encargó la vieja: de cavar un hoyo en el bosque y de enterrar allí la inconveniencia. En su lugar, quedó tras de mí la leyenda del hombre que salvó a los renterianos de la infamia. Porque, ¿puede darse algo más sucio en la historia de un pueblo que la refundación de éste se inicie sobre el semen de un negro repulsivo? Así es, por supuesto.

En el bosque, de nuevo. Ahora mucho más deprisa, mucho más a favor del viento y de los olores. Caminaba a pasos de gigante y daría pronto alcance a Giovanni. Porque el hayedo estaba de mi parte y en contra de la suya. Y cuando un hayedo es milenario, tiene consciencia de su existencia y sabe cómo actuar, nada podemos hacer los de abajo. Confiar en él y dejarse seguir por la bruma.

Las escasas flores que aún en noviembre muestran pétalos, esas flores extrañas que crecen en el bosque al margen de las estaciones, se cierran y se agachan a mi paso. Es así el modo en el que me muestran respeto y, al tiempo, se protegen de mi ira. Porque, y ahora ya es definitivo, es la ira lo que mueve mis piernas. Trato de que Giovanni no cruce la frontera y sólo existe una convicción íntima para ello. Porque bien es cierto que podría dar media vuelta, sí, podría hacerlo ya que a tiempo estoy, regresar al puerto de Pasajes y embarcarme rumbo a América. Podría hacerlo y nada cambiaría: Giovanni quedaría libre o a merced de los franceses que se desperdigan a ambos lados del Bidasoa, y yo, en casa. Vivir tranquilo el resto de mis días. Esto, por supuesto, es una quimera. Si no estuviese prendido por la ira, quizás… Pero no es así y eso no lo puedo controlar. En cambio, puedo correr a la velocidad de los corzos espantados, puedo saltar, puedo confundirme con el aire, ser yo mismo aire, ser sensación y no cuerpo, eminencia ante los seres que me contemplan, Dios venido de entre los muertos con la

intención de desbrozar la maleza.

Por primera vez, vi a Giovanni en un recodo del bosque. Grité su nombre y el bosque se plegó en torno a él, creó una cárcel en la que los barrotes eran ramas, la sombra, hojas, y la soledad, todos esos cuerpos olvidados en la espesura. Giovanni, al escuchar el nombre, se volvió y creo que me vio. No podría asegurarlo, pero creo que me vio. De lo que sí debo estar seguro es de que no me reconoció. Yo iba vestido de furia y también de cólera. Furia y cólera contra él, lanzadas como flechas en el hayedo, flechas que, lejos de practicar una trayectoria recta, se torcían, como las raíces bajo tierra, y esquivaban los obstáculos.

Giovanni se agachó a tiempo y salvo la vida. No iba a volver a suceder, indudablemente. Se deslizó tras unos helechos y le perdí de vista. Caminé, ahora ya sin correr pero a grandes y poderosas zancadas, hacia el lugar por el que se había deslizado: un agujero en la maleza donde se colaba el otoño. Miré y vi un remolino de hojas caídas, de ocres y marfiles, de sepias y rojizos, de cremas pardas y claridades tostadas. En tales circunstancias, un negro es divisado sin dificultad. Porque, y aquí la fortuna jugaba a mi favor, el otoño europeo no está pensado para los negros. Si fuéramos cazadores y los negros presas, y sabe bien Dios que, en ese momento, yo era de los primeros y él de los últimos, todo estaría inclinado de mi parte. En el torbellino de hojarasca, el negro destacaba y se delataba.

Sí, allí estaba, donde las hojas tocaban fin: un rumor de agua corriente. Giovanni miraba hacia atrás, como si esperase que, de pronto, algo surgiera de la espesura, algo peligroso, casi infierno. Porque aquí he de explicar una cosa importante para comprender el resto: la percepción que sobre lo divino y lo demoniaco tenemos depende, exclusivamente, me atrevería a decir, del punto de vista que adoptemos. Así, lo que para mí era justicia, para Giovanni, mal engendrado, lo que para mí bondad suprema en la reparación de los errores, para el negro iniquidad pura. Lo perverso y lo clemente se confunden cuando uno ha andado todo el bosque renteriano. Así es y así debe comprenderse.

Podría volver a haber gritado su nombre, pero ya no era necesario. Estaba allí, vestido con mis mejores ropajes, con las galas de la muerte lustrosas en el pecho y una canana de sensaciones

divergentes: Giovanni había de morir y, sin embargo, era mi hijo. Giovanni creía que en mí estaba su destrucción y yo no deseaba otra cosa que no fuera su salvación. Porque la muerte que, para él, portaba, era purificante, blanca, lúcida, sencilla. Todo lo que no pudo construir, todo lo que no fue. El negro había sido corrompido y ahora pensaba torcido. ¿O no es así creerse legitimado para huir? ¿Un negro puede sentirse hombre? ¿Puede afirmarse libre, libre como las palomas migrando sobre nuestras cabezas? Apártense las copas de los árboles y veámoslas: cientos de palomas reunidas en bandadas rumbo hacia el sur. Éstas de ahora viajan retrasadas, como Giovanni mismo. No debías haberte demorado, negro, pues sólo así he tenido tiempo para darte alcance. Estás al alcance de mi mano y sólo restas tú para que todo concluya. Ya he reparado los males causados. Sí, son males, aunque tú los tengas por justa venganza. No hay mujeres con tu semilla buscando el calor de sus vientres, no hay negritud que camine, firme, hacia el futuro. No, Giovanni, somos renterianos y no admitimos la mezcla impura. Está en nosotros la grandeza del linaje que heredamos de quienes nos antecedieron. Y es nuestra responsabilidad legárselo inmaculado a los que han de sucedernos. Tú no entras en las previsiones. Jamás debiste abandonar el camino que te fue adjudicado. Si lo has hecho, las consecuencias son éstas que te muestro. Éstas y no otras. Porto una muerte que sólo para ti es válida: la muerte en la orilla oeste del río.

Capítulo 9

La pasión

Cuando el negro adquiere hábito, lo adquiere para siempre. Por ello, al darle Juan de Bengoa el alto, Giovanni quedó quieto, paralizado. No se hacía necesario, pues ambos se presentían, pero, en cualquier caso, lo hizo. Dijo el nombre del negro y el hayedo lo devolvió una sola vez en un eco sordo: Giovanni. Debía ser la primera vez que pronunciaba un nombre así pues no estaba habituado el bosque renteriano a ser frecuentado por foráneos de tal traza. Aquí los peregrinos que siguen el camino hacia Santiago no cuentan: ellos carecen de denominaciones. Al menos, ninguno las dice en voz alta, como si temiese que, al expandirlas en el aire, alguien llegado de entre las copas de los árboles pudiera robarlas. En realidad, se equivocan. Un nombre bien entregado al eco, fija presencias a la tierra. Es así.

Giovanni aún no tenía los pies en el agua, pero casi. Se hallaba en una de las pequeñas playas que el Bidasoa permite entre la maleza. Porque parece gustarle esta forma de limitarse: un salto hacia arriba y buenos tajos de tierra oscura, hierba en los lomos y renacuajos dormitando a la vista de todos. Giovanni, se escuchó, y él se detuvo. Tres grandes hayas lanzaron ramas hacia él, no ramas cualesquiera, no, sino las más nervudas de entre las disponibles, y le prendieron. Después, le trataron como se merecía: con desdén, arrogantes, con desprecio, grotescas, insolentemente.

Asido por los brazos, fue extendido en un tronco y clavado a él. Lo merecía y nadie estaba mirando. Dadas estas dos condiciones, que son únicas, todo podía desencadenarse: la pasión de Giovanni

Bengoa. Un cruce en el que los caminos erróneos se corregían y todo volvía a concurrir como nunca debió dejar de hacerlo. Había que restaurar el equilibrio y tornar los asuntos a su lugar de origen.

El negro pidió ayuda al único ser que podía prestársela: madre, no me abandones. Pero la que él consideraba su madre estaba preparando el desayuno al otro lado del mar. Quizás sintió un cosquilleo bajo el vientre, quizás no. De cualquier forma, estaba demasiado lejos para auxiliar a Giovanni. Además, carecía de poder para ello. Si alguna vez lo tuvo, éste había sido consumido en el alumbramiento de Giovanni. Se gastan las esencias de la vida, se gastan. Puede crearse un ser de la nada, de acuerdo, pero sólo uno. O dos, o tres, o una docena a lo sumo, pero quien haya iniciado la cuenta, debe acabarla sin abandonar la naturaleza de la misma. Podría la madre de Giovanni dar al mundo más vástagos, pero no rescatarlos de su captor. No si, al tiempo, éste era el que podría haber sido su padre, el que era, sin duda, su padre.

Juan de Bengoa contempló a Giovanni crucificado. Las hayas guardaban el cuerpo y lo prendían con fuerza para que no escapase. Lo has intentado, Giovanni, pero no ha sido posible. ¿Acaso pensaste que estaba en tu mano cruzar a Francia? No, claro que no. Porque tu perseguidor conocía palmo a palmo el territorio de la huida. Y estableció alianzas, y supo encontrar amigos allá donde nunca existieron, y templó armas, y rezó al Dios auténtico, al verdadero, al que no se esconde pero tampoco se delata.

El renteriano se sintió molesto al escuchar cómo el negro llamaba a su esposa. Tomó una fina rama seca y sacudió las pocas hojas que conservaba antes de azotarle con ella. Hasta en diez ocasiones lo hizo y, con eso, entendió que había comenzado a expiar todo lo que debía. Pero debía mucho, y Giovanni tenía que saberlo. Razón por la que, probablemente, alzó un brazo con la palma extendida hacia él. Parecía una señal, era una señal. La señal que permitía a la bruma abalanzarse sobre el negro y dar buena cuenta de él.

Llegó desde atrás, venía exhausta, jadeante, y se detuvo en lo alto de un árbol caído antes de continuar. Desde su atalaya, contempló lo que se le ofrecía: un negro virgen de vahos en el que clavar las garras. Ella y los que, dentro, con ella venían. Porque la bruma siempre estaba preñada de esos animales que nunca se

muestran, que están ahí, tienen pelo en el vientre y rozan furtivamente las piernas de quienes en el bosque se hallan. Gruñó y antes de que concluyera el gruñido saltó a la carrera. La bruma corrió hasta el pie del árbol que tenía a Giovanni trabado en su tronco, olisqueó un poco, y ascendió con la presteza de los demonios menores: se apresuran pues creen que el tiempo puede acabarse para el bosque y, en consecuencia, para ellos. Nada más lejos de la realidad, porque aquí todo es desde siempre y para siempre, pero lo hacen. No les alcanza el raciocinio para más, pobres desgraciados. Así la bruma trepa por las piernas de Giovanni y Giovanni siente el miedo. Un miedo muy lento y tan perverso que seca las pocas hojas que al haya le quedan. Y, con ella, los animales que nunca se muestran.

Siente el negro los pelos cosquilleándole las piernas. Mira, pero nada ve. Incapaz de moverse, atrapado por las ramas del árbol, penitente hasta que su dueño decida que ha llegado la hora de darle muerte, la bruma le empapa hasta la cabeza. Es cubierto Giovanni por una seda dulce, ligeramente calada, en la que viven los bichos. Viven allí porque no soportarían hacerlo en otro lugar. Sin casa que les proteja, están a merced de otras bestias de superior enjundia. Bestias que pueden clavarles los dientes hasta desgarrar su carne, que no temen a nada, que viven en la noche y se agazapan en la parte sombría del bosque. Pero ahí, dentro de la bruma, ciegos, guiados sólo por el tacto, se dejan llevar. También tienen miedo. Por eso rozan piernas y se retiran. Pero esto, por supuesto, nadie lo sabe y en el desconocimiento reside el desasosiego. Los bichos respiran junto a Giovanni, sobre Giovanni, tras Giovanni. Le echan el aliento en el cuello, en las orejas, cerca siempre de la piel. Es todo, pues nada más son capaces de emprender. Bien, algunos, impetuosos y excitados, dejan que diminutas lenguas chorreantes laman al negro. No sabe a nada que merezca la pena, pero investigan pues todo lo que de fuera de la bruma llega, les interesa. Y roen la ropa de Giovanni. Porque algo ha de mantener en pie a los bichos. Se comen sus ropajes y le dejan desnudo. Lamen todo su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la peladura del cráneo. Húmedo y caliente por animales que nacen de vientre y no de huevo. Así está Giovanni y así rompe a llorar. Gime el negro y solicita perdón, pide que todo termine, que sean espantados los

bichos, pide no se sabe cuántas cosas más, pero Juan de Bengoa se ha sentado a descansar y limpia con su cuchillo, distraído, la punta de una rama. Hasta que la bruma se disperse, no se le ocurre nada mejor para ocupar el tiempo.

Y cuando, por fin, ésta se hastía del negro y corre a refugiarse en la copa del haya, el renteriano ha finalizado de tallar un finísimo dardo que, de inmediato, desdeña arrojándolo a un lado. Es bello, lo es, pero más aún lo que frente a él se expone. En el negro, va a labrar como nadie lo ha hecho nunca. Extraerá la hermosura de su destrucción.

Giovanni, mientras tanto, no deja de pensar. Trata de buscar, rápido, muy rápido, algo que pueda detener su sufrimiento. No es que esté desacostumbrado, no es que ahora el castigo inflingido sea superior a otros que le fueron impuestos en el pasado, pero algo ocurre que resulta diferente: huele la muerte muy de cerca. Está aquí mismo, no muy lejos, tras los árboles más cercanos. ¿Huele? No, no se trata de un olor. Es algo distinto. Un sonido, sí, es un sonido. Pero un sonido quieto, sosegado, casi imperceptible. E incesante. Algo parecido al ruido del viento en las hojas: estaba ahí cuando llegaron al bosque y se hace más que probable que continúe una vez se marchen. Tan quedo que se confunde con el silencio.

Desde luego. La cercanía de la muerte no tiene olor y a nada sabe. Su color y su textura son tenues. Sin embargo, se agazapa en los troncos cercanos, vergonzosa, tímida. Mira con ojos de niña estrangulada, de viejo apaleado por la espalda. Oh, son los que llevan la vez. Los últimos que murieron en el hayedo, lo que portan el testigo de los finales violentos. Murieron absurdamente y absurdamente morirá aquél al que se le entregue el relevo. Dos figuras infrecuentes en el bosque. Se puede ver a través de ellas, límpidas, cristalinas, y no hacen ruido al pisar la hojarasca caída quizás porque albergan sus propios sonidos.

Los renterianos le llaman a esto fantasmas, espíritus que penan pues las puertas del Paraíso están cerradas, al menos de momento, para ellos. Existe alguna razón pero nadie la conoce. Vagan por el bosque hasta que alguien es entregado a una muerte violenta e irracional y pueden librarse, así, del castigo. Entonces, accederán al siguiente estadio de la migración: se convertirán en almas

verdaderas y con órdenes de seguir su camino. Habrá edén para ellas, abandonarán el purgatorio. Cerrado el ciclo de los penares, las almas perdidas podrán ver el rostro de Dios. Debe ser espléndido: al menos, como toda la primavera surgiendo de repente, como si se le hubiera olvidado, como si se hubiera quedado dormida y llegase tarde.

¿Bastará con un negro para entregarle en testigo? Sí, saben de quién se trata. La niña le reconoce, reconoce en él al que le dio muerte, pero, ahora que carece de vida y se han vertido en ella saberes de los que nunca antes había tenido noticia, reconoce a una criatura en aquello que era su amigo. No es un hombre, no está vivo, no a la manera en la que ellos lo estaban. Carece de alma y quizás Dios desdeñe su figura. No será acogido y se echarán sus restos a las bestias. Eso es lo que se reserva para los seres inanimados. Giovanni, claro, entre ellos.

Tampoco tienen nada que perder, así que se acodan cerca del lugar en el que la pasión del negro tiene lugar y aguardan. Algo sucederá y es posible que la dicha les alcance. De lo contrario, tendrán que aguardar un rato más. Quizás no mucho. Hay demasiados franceses ebrios en las inmediaciones y, más pronto que tarde, alguno caerá por aquí con toda su perversidad a cuestas. Las almas que penan carecen del sentido del tiempo, carecen, en realidad, de tiempo, así que pueden aguardar cuanto haga falta. Además, lo que les espera es la eternidad y ésta, fiel a su naturaleza, será extensamente infinita. Podrán aguardar, sí, podrán hacerlo. Si no es el negro, otros vendrán y ellos estarán allí esperando.

Juan de Bengoa ha oído hablar de los fantasmas. No en vano fue niño en las inmediaciones de aquel bosque. No es que fueran peligrosos, pero asustaban. Incorpóreos y todo alma, justo lo contrario que los negros, poco más podían hacer: espantar a los desgraciados, a los simples, a los sencillos de entendimiento y corazón. Por lo demás, se dedicaban a lo suyo. Si uno se acostumbraba a su presencia, terminaban pasando desapercibidos.

Sin embargo, una utilidad se les reconocía: mientras sonaban, porque ya se ha señalado que los fantasmas sonaban, todo iba más o menos bien. Estaban ellos y su terror controlado. Ése de los alaridos en la noche, de los ruidos de cadenas y de las ruinas perdidas en la

espesura. Nada que ahuyentase a seres poderosos como Juan de Bengoa. Pero su silencio avisaba de algo mucho peor: de la llegada del verdadero miedo, de las tinieblas en estado puro, del sufrimiento más perverso y cruel.

Callaban los fantasmas de bosque para que lo otro sucediera. Era preciso, sí, lo era. Ellos lo sabían y no querían inmiscuirse en asuntos de otros. Nadie en el hayedo se preocupaba de lo que no iba con ellos. Disimular, mirar hacia otro lado, pasear por sendas periféricas. En el caso de los fantasmas, sentarse a esperar, curiosos como siempre, prudentes como nunca.

Invocó el renteriano al sufrimiento para el negro. Algo que estuviera a la altura del daño que había causado. Algo que reparara el dolor inflingido. Todo el silencio para él. Todo el silencio, menos uno. Juan de Bengoa dijo: ahora. Se encogieron las copas de las hayas y algo flotó en el aire. Después, comenzó a sonar la nueva música, la auténtica melodía del caos.

Giovanni sintió y, a partir de ese instante, es todo lo que pudo hacer. Continuaba crucificado en el árbol, indefenso y expuesto, pero despierto. El infierno que se había planeado para él estaba sobre su cabeza, donde no lo podía ver. Después, bajó y comenzó a escuchar los rumores. Sintió la universalidad de su ser y tomó consciencia de todas sus proporciones. El dolor provenía de un sonido enloquecedor: ése que producía el vello al crecer. Porque escuchó todos y cada uno de los rumores de su cuerpo. Todos.

El crecimiento del pelo, es sabido, pasa desapercibido porque, a pesar de lo que pudiera parecer, carece de dimensión humana. Brota, crece, el vello con una parsimonia que ni los más tranquilos pueden alcanzar. Pruébese, si se quiere, a intentarlo: extendida la mano abierta sobre la mesa, absorta la mirada en la piel y atentos los oídos. No, nada sucede. El pelo permanece quieto, como si hubiera sido fijado por el tiempo. Sin embargo, lo sabemos, crece. Basta afeitárnoslo para comprobar, días después, que ha vuelto a su lugar, silencioso y extremadamente lánguido. Si las coordenadas se alteran, quien contemple el espectáculo corre riesgo de enloquecer. Porque ay de quien, al contemplar su mano y los vellos que en su superficie crecen, vea o escuche algo distinto de lo esperado. Ay de ése que pueda escuchar el rumor de los roces, del poro abriéndose,

chirriando, del pelo deslizándose hacia arriba, raudo, inquieto.

Y si todo esto sucede en la piel del cuerpo, qué no habrá de pasar en la de la cabeza. Giovanni se da cuenta, de repente se da cuenta, oh, trata de luchar, se debate aunque no consigue desasirse. Está tan preso que sólo puede agitarse como ido. Golpea con la parte trasera de la cabeza en el tronco del haya y ruega que se detenga el siseo, que alguien ciegue sus orejas, que pare, por el amor a Dios, que pare. Los golpes acaban siendo herida y, de la herida, brota sangre que se derrama por los hombros. Juan de Bengoa mira. El negro está sufriendo. El pelo no le crece a mayor velocidad de la normal, pero la percepción de Giovanni es musical: siente los ruidos como si hubieran sido lanzados en estampida. Todos a una, juntos y alineados.

Pero hay más rumores que no se escuchan sino cuando uno sufre tormento en el bosque renteriano. ¿Cuáles? El crecimiento de las uñas, la digestión en los intestinos, el parpadeo de los ojos… Y también, los que el viento trae: voces extrañas e ininteligibles que resuenan en los oídos de Giovanni. Voces cuyo tono avisa de la importancia del mensaje que trasmiten. Un tono imperativo, una inflexión subyugante. El negro no puede sino quedar seducido ante las voces. Sin embargo, nada sabe.

Lo que sientes, me pertenece, como me pertenecen tus pensamientos y el olor de tu piel, como es mía tu imagen, tu cuerpo y tu muerte. Electo ceceo eme ceceo ele mece eco eco que. Éter ene ene que, ceceo ente ene ere que. Comence ele ene ere que, recele eco eme ene que. Cloque cene eme ene ere que, o celere mece ene neo que. Elenco mecere once celo que, cree eme ene que. Compete quemme nene rece con el que, recelo ene que. Cereo mecen ene lee que. Coque recen ele emme ene que. Eres mío como lo son las hojas caídas de los árboles, como el flujo pasado de los ríos, como la nieve fundida. Éter ene ene que, ceceo ente ene ere que.

Giovanni no comprende lo que la voz le dice y trata de dirigir sus pensamientos en otra dirección. Debe ser el viento enroscándose en las ramas desnudas. Cuestión del otoño: demasiados huecos en las copas de los árboles, demasiado vacío que precisa ser completado, susurros que nunca debieron ser escritos en la niebla madre de todas las brumas. Sin embargo, Giovanni no puede quitarse la voz de sus oídos. No puede cuando explica su conclusión

final: noque recen ele emme ene que. Y con el último monosílabo, que siempre es el mismo y hace del idioma una rima perpetua, algo perfora su cabeza y se introduce dentro: son la incomprensión y el miedo, pero también el tenebroso galimatías y los mensajes confidenciales. Éter ene ene que, repite la voz.

Su vello crece, mientras, a velocidades insondables. No puede darse cuenta de ello Juan de Bengoa, pues a los observadores se les veta el sonido para que no enloquezcan también. Jamás los verdugos han de quedar expuestos al tormento. Ni de cerca, ni de lejos. Manténganse las distancias y todo irá bien. Que suene en los oídos del reo aquello que deba provocarle el dolor, pero manténgase, al tiempo, lejos del hombre.

El negro comenzó, entonces, a gritar. Asido por los sonidos del averno, pidió que todo parase. Sangraba abundantemente, pero cada una de sus heridas se la había provocado él mismo. Se golpeaba y sentía un dolor cercano, amable incluso, un dolor en el que él podía reconocerse. Porque así podía establecer distancias con la muerte: mientras mantuviera el control sobre sí mismo, mientras cada trozo de sufrimiento estuviera controlado, se sabría vivo. Después ya no. Después vendría otra cosa. No quería mirar en esa dirección. Aún no.

Le fue explicado que todo lo que de criatura estaba en él, había sido decidido de antemano. Dios no improvisó. Construyó a los hombres e hizo lo que pudo con el resto. De esta forma, sus aires nunca se mezclaban pues no habría sido justo para los primeros. El negro respiraba el aire de los negros. Sí, también en el bosque había un estrato para ellos. Y cierto era que él lo acababa de estrenar. Un aire sin modelar, en bruto, helado, impoluto. Nadie había impreso nada en él con anterioridad. Porque si Juan de Bengoa inspiraba en medio del bosque, miles de renterianos caían dentro de sus pulmones: los que desde el principio de los tiempos había habitado aquellas tierras. Para los animales sucedía algo parecido. Cada cual tenía su estrato y a él era remitido cuando pretendía respirar. Ésta era la explicación dada para la ausencia de bestias rayadas, para las que tienen motas en el lomo, para las que abren mandíbulas descomunales: no había sido previsto para ellas un estrato de aire. Y, sin embargo, Dios tuvo la previsión de hacerlo para los negros. De esta forma, podían caminar por el bosque. Habría de ser llamada

la veta que de aire les correspondía, pero eso era todo. Apenas lo notaban más allá de los primeros instantes. Realizaban un par de intentos por respirar que no obtenían respuesta. Tras ellos, todo se reordenaba y la atmósfera encontraba su correcto flujo.

La criatura respiró, ansiosamente, ese aire que le estaba destinado. No caía nada que no fuera pureza. Su soplo estaba sin contaminar, preparado y esperándole desde el principio de las eras. Y transcurriría mucho tiempo antes de que otro de su especie llegara para reclamarlo.

Pero, ¿estoy vivo? Ésa era la pregunta que Giovanni se hacía. No, no como los demás. La respuesta, no por conocida, dejó de atormentarle. Quedaba, en los minutos que le restaban de vida, constreñido a la identidad de la criatura, al bicho que puede escuchar los sonidos abisales, a la bestia tosca y mal trazada. Eso era, sí, y no estaba viva, no lo estaba. Moría a la manera que mueren los perros, o los helechos, o las flores: siendo sólo eso que parecen, desalmados y desoladoramente corpóreos.

Se acercaron los fantasmas, venciendo su propio miedo, e inquirieron acerca de la naturaleza del tormento. Porque si aquello no iba a terminar en muerte, no les interesaba demasiado. O si, terminando en muerte, ésta no era violenta, traída por sorpresa y cruel con quien la sufría, tampoco. Ellos estaban allí y su función no era otra que la de esperar, pero a que algo necesario para ellos sucediera.

Al preguntar, hablaron, y al hablar, cualquier otro ruido cesó. Resultó un alivio para Giovanni: su pelo permaneció quieto en los poros, las uñas dejaron de crecer y los sonidos del interior de su cuerpo se calmaron. Parecía haber hecho la digestión de mil días en unos minutos. Jadeó y miró en dirección a los fantasmas. Pensó en que aquellos seres tenían que asustarle, pero, tras lo sufrido, poco le impresionaron dos sombras renqueantes y más bien lastimeras.

Algo con lo que no contaba hizo su aparición. Se trataba de un sentimiento propio de los hombres pero que ahora le era prestado: el remordimiento. Él les había dado muerte unas horas antes, de acuerdo, y ni siquiera habían respondido sus actos a un plan preconcebido. Sucedió porque tenía que suceder, porque una criatura se comporta como tal y tampoco ha de extrañar esto a nadie. Estranguló a la niña, desnucó al viejo y aún le sobró un brazo

en el esfuerzo. Había cierta misericordia en las muertes ocasionadas con una sola mano. Como si se matase sin demasiadas consecuencias, sin que se odiara del todo. Los mató y después tuvo tiempo para violar siete mujeres. No recordaba nada pues nada había que mereciera la pena ser recordado.

Ahora, en la pasión, volvieron las sombras y los dos fantasmas se sentaron frente a él a observar. Juan de Bengoa sólo miraba y no se molestó en responderles cuando le inquirieron: claro que la criatura iba a morir. Es más, podía asegurarles que jamás volvería a poner los pies en el suelo. Y sí, la violencia no le abandonaría más. Pero un renteriano no dialoga con fantasmas a no ser que lo tenga todo en contra. Si las cosas van como deben, y era el caso, se yergue y mira por encima de los hombros. Silencio, pues.

El negro contemplaba los fantasmas quietos como las estatuas que, en el pórtico de la iglesia, había podido ver. Él no sabía que aguardaban que algo sucediese y que ese algo era su final. Sin embargo, el descanso que tras el cese de los sonidos había advenido, no duró demasiado: el árbol deseaba su protagonismo y tiraba de él hacia dentro. Y, en cada tirón, el estiramiento de los recuerdos: la compañera que había muerto tiempo atrás, la hija y el padre. Ninguno de ellos hizo pie en las Indias. Ninguno. Muerte violenta, sin duda. Quizás todavía vagaban sus fantasmas en las bodegas del navío a la espera de nuevas muertes violentas que les dieran el relevo.

Ése fue el instante en el que el bosque, por primera vez, mostró aburrimiento. No debió de pensarlo demasiado, pues, de lo contrario, habría sido más prudente a la hora de hacer corteza de sus sentimientos, pero bostezó herrumbroso. Crujió varias veces y desperezó copas. El viento buscó los filtros de las ramas altas y cayeron unas cuantas hojas secas. En realidad, las últimas hojas secas. Éter ene ene que, se escuchó. Y, a través de la espalda, Giovanni fue invadido por la savia del haya. Cambió de color a una velocidad pasmosa, a una velocidad que sorprendió a los fantasmas e hizo dar un paso atrás al propio Juan de Bengoa.

Giovanni abandonó su raza y se convirtió en lo que él haya quiso. A fin de cuentas, todo estaba transcurriendo en sus dominios.

Mejor dicho, el dominio era el bosque, sus lindes la piel y todo lo que dentro sucedía, rumores internos. Ya no estaba al servicio de nadie. Sí, él también había sido perturbado. El negro mató dentro del bosque y pensó sin preguntar antes a nadie. El negro que ahora, con la sangre del árbol corriendo en sus venas, era verde. Tan verde que refulgía en un mar de ocres tostados. La criatura se disfrazaba de primavera y no pasaba desapercibida en noviembre. Extraño afán el suyo: querer perderse bajo las aguas del Bidasoa y portar, al tiempo, una tea encendida.

Gritó el negro que ya no era negro cuando tomó consciencia de lo que le sucedía: no, ése no era el camino preciso, pues si había de abandonar la negritud era para convertirse en ser vivo, no en pedazo de árbol indiscreto. Alguien se estaba equivocando y no sabía a quién solicitar explicaciones. Oh, madre, por qué me has abandonado, se preguntaba. Madre, regresa de allá donde te encuentras, tú que me diste la vida, y ayúdame. Acaba con mi existencia o destruye todo lo demás. Haz lo que tu juicio te indique, pero hazlo. Porque el tormento no es por más tiempo soportable. Porque todo sucede de la forma más extraña e inquietante. Porque hay bichos que olisquean, entes que contemplan y un hombre afilando ramas para pasar el rato. Madre, ven y escucha a tu hijo.

Madre, sin embargo, no tenía que venir porque siempre había estado junto a él. Madre era todo eso que, en un intento desesperado por auxiliarle, le había teñido la piel de un color equivocado. Sí, no tenía que haber sido verde, pero hasta el gran bosque de hayas tiene sus limitaciones. ¿Podía haberlo disfrazado de hoja mustia? ¿O de flujo de agua lejana? ¿O de trinos apagados por un demonio menor? Sí, podía haberlo hecho, pero tuvo que decidirse porque el tiempo apremiaba. Tuvo que optar y optó: verde era el color de su sangre y rojo el de la tierra. Un sinsentido que sólo cobraba lógica en los alrededores de Rentería.

El hayedo respiró. Estaba cansado de todo aquello. Era la madre de una criatura a la que atormentaba porque así debía ser, ¿no? Ha de tenerse en cuenta que los vástagos, por grande que sea el amor hacia ellos, tienen que caminar por los trazos que se les han descrito. Y Giovanni siempre se empeñó en dibujar unos nuevos. Eso no podía consentirse. Madre luchó para darle la vida desde su vientre, y desde su vientre se la dio. Y ahora había tenido que

cruzar un océano, perder la calma y apartar los ojos de los asuntos verdaderamente importantes. Ahora tenía que estar allí, junto a su esposo hecho hombre, contemplando el tormento del hijo.

El intento de cambiar la dirección del destino resultó infructuoso. Giovanni alcanzó la cota máxima de absurdidad al observarse verde. Hasta este extremo he de verme ultrajado, pensó antes de cerrar los ojos por última vez. Se le arrancaba, así, la parte final de la consciencia, lo único que como negro había podido esconder de los demás: la dignidad de saberse poseedor de eso que, bien le negaban, bien se empeñaban en darle. Ya lo tenía pues siempre había estado vivo. Siempre lo había estado. Desde África, desde el golfo de Guinea, desde que, por ver primera en su existencia, puso los pies sobre un entarimado e intuyó que nada bueno podía haber en todo aquello. Portó las marcas del dueño, portó el apellido del dueño, portó cien veces la semilla infértil de la hembra del dueño. En este momento, todo eso se llamaba madre, sí, Madre, y le hablaba distinto: he hecho lo que he podido por ti, Giovanni. Había hecho todo lo posible por dar la vida a Giovanni, pero Giovanni, además de ésta, quiso la libertad. Y para la libertad, no hay renglones.

Acabar teñido de verde, unido para siempre a un haya espléndida, no tiene que ser un mal final. Él mismo se había ocupado de proporcionar otros mucho peores. Se estaba hundiendo en el tronco, pasaba a formar para de él. De alguna forma, iba a terminar siendo renteriano, como todo por allí. De acuerdo, Juan de Bengoa había llegado a tiempo y pudo interrumpir la germinación de su semilla en las hembras renterianas, pero era posible que no tuviera, tampoco, demasiada importancia. ¿Y si aceptaba el disfraz de árbol que se le ofrecía? ¿Y si se resignaba a permanecer allí hasta el final de los tiempos? ¿Y si inspiraba por última vez y se hundía en el tronco con los ojos abiertos?

Ser bosque y serlo desde dentro, pertenecer a algo que supera todo conocimiento, que no es hombría, ni vida, ni existencia, ni perduración, ni muerte. Que no tiene, una vez asumida la condición, color estable: porque varía según las estaciones tienen a bien pasar por allí. Se las espera y todo queda desatado en su dirección. Ahora sólo podía hablar del otoño y de toda la mansedumbre que le acompaña, pero vendrían nuevas pieles: el

invierno y la nieve blanca para las pisadas, la primavera y la mordacidad de los arroyos y el verano junto a la simulación del sur.

Comienza a llover. Hay franceses echando barcazas al Bidasoa. Fingen que se retiran. O simplemente acuden a casa para pasar la noche. Mañana, cuando luzca el sol, volverán y continuarán el asedio sobre Fuenterrabía. Al parecer, los lugareños cuentan con una o dos vírgenes trabajando de su lado. Quién sabe…

Los fantasmas, que aborrecen la lluvia, corren a buscar resguardo. Hay un agujero entre las rocas que se han acostumbrado a utilizar. No sirve para cortar el viento, pero la lluvia se mantiene fuera. Es todo lo que les preocupa. Finalmente no ha podido ser. Otro ser más poderoso que ellos se ha hecho con el trofeo. Aquello que parecía destinado a darles el ansiado relevo, se ha perdido en la espesura. Era tan triste verlo teñido de extranjero... Quizás sea un castigo suficiente. Quizás no. Pero ahora llueve y los fantasmas sólo pueden reflexionar sobre un asunto en cada instante.

De la criatura, aún queda la punta de la nariz sin enterrarse en el tronco del haya. Las gotas de lluvia resbalan por ella y caen en la hojarasca. Se confunden con el resto de gotas de lluvia, como si el agua fuera agua a pesar de los caminos recorridos. Llovía y todo acababa en el mismo lugar. ¿Las sendas? No, no son tan importantes. Al final, se mezclan en una hoja doblada hacia arriba y ya está. Se termina su importancia. Y, sobre todo, sobre todo nunca regresan a las nubes. Éter ene ene que.

Capítulo 10

Madeleine y los frutos silvestres del bosque

Madeleine es delgada, liviana, sutil en el tacto, pálida en la mirada y triste en todos los sentidos. Lo es o, más bien, aparenta serlo. Además, se viste con un desdén sumamente cuidado que no ayuda a discernir qué hay de verdad en ella. Debe ser parte de una estrategia para defenderse de lo que le rodea. Debe ser eso.

Tiene veintiún años y vive, junto a su novio Jean Paul, en un bonito y diminuto apartamento con vistas a la playa de Hendaya. No aspira a demasiado. Desde hace seis meses trabaja en una agencia inmobiliaria de Irún, a menos de quince minutos de su casa, y está dejando de fumar. No aspira a demasiado. Pasear por la playa cuando baja la marea y, después, mirar cómo el sol se pone desde el asiento de su automóvil.

Jean Paul encontró un empleo como técnico de sonido y se pasa todo el verano viajando de gala en gala. No es un mal empleo ya que, aunque las jornadas de trabajo en temporada alta superan las once horas diarias sin descanso semanal, en tres meses reúne el dinero suficiente que le permite vivir el resto del año sin estrecheces. Uniendo lo suyo a lo de Madeleine salen adelante. No viven con grandes lujos, pero pueden pagar el alquiler, atender las facturas y darse algún que otro capricho.

Es agosto y la playa de Hendaya está a rebosar de turistas. Madeleine, que se ha acostumbrado a recorrerla casi siempre sola, prefiere esperar a que llegue septiembre y, con él, todos vuelvan a sus quehaceres habituales. Entonces, la playa volverá a ser suya

durante once meses seguidos. Porque los turistas, tanto los franceses como los españoles, apenas hacen acto de presencia en la playa cuando no es agosto. Están demasiado ocupados en sus asuntos cotidianos y la playa hendayesa vuelve a ser de los hendayeses. Es simple: sólo hay que esperar.

Jean Paul la llamó por teléfono hace un par de días y ahora debe estar al norte de Burdeos, así que, para engañar a la soledad durante los quince días que se ha tomado de vacaciones aprovechando el cierre estival de la agencia, Madeleine decide conocer qué hay en el país más allá de la playa. Llena una mochila con dos bocadillos, varias piezas de fruta y una cantimplora de agua, y se dirige a la parada del tren que llega hasta Lasarte. Ella, sin embargo, resuelve apearse mucho antes, en Rentería, y explorar la masa boscosa que se extiende desde el valle del Oyarzun hasta alcanzar territorio navarro. Aún ha de caminar, desde la estación, por terreno urbanizado hasta alcanzar el bosque. Antaño, el hayedo estaba aquí mismo, pero ya no. Ahora se hace preciso comenzar una lenta ascensión entre barrios periféricos, caseríos ocasionales y zonas industriales venidas muy a menos antes de dar con tierra sin asfaltar.

Pero Madeleine tiene todo el día por delante. Hoy va a hacer calor, mucho calor, aunque esto no es algo que arredre a la muchacha. Lleva pañuelos húmedos en la mochila, crema para proteger la piel del sol y un pequeño botiquín de urgencia por si sus pies se ponen a hervir en el interior de las zapatillas deportivas. Viste con sencillez: unos pantalones cortos que muestran más de medio muslo, una camiseta sin mangas y anuda en la nuca un pañuelo estampado a cuadros rojos y blancos con el que se recoge el cabello. En la cintura, una pinza de plástico sostiene un reproductor digital de música y en sus orejas se hunden sendos auriculares gracias a los que espera hacer el paseo más agradable. Dispone de doce horas de luz y nadie le aguarda en casa, de modo que va a tomarse su tiempo.

Madeleine tiene suerte y el conductor de un camión de reparto se ofrece a llevarle. Al principio duda, pero de inmediato se da cuenta de que ahorrarse la caminata por la carretera asfaltada no deja de ser una estupenda idea. Sube a la furgoneta y trata de

corresponder, en su torpe español, los intentos que el hombre realiza para entablar conversación. Existen varios restaurantes jalonando el camino hasta el bosque. De hecho, el último de ellos se levanta allá donde el asfalto termina. Madeleine pregunta si, tras sobrepasarlo, encontrarán más casas. El hombre le dice que sí, que algo más arriba hay un picadero, pero que él no reparte en aquel lugar.

Cuando desciende del camión, la muchacha sonríe por primera vez. Es el modo en el que las chicas lánguidas premian las buenas acciones: de pronto, cuando el honrado repartidor menos se lo espera, la tristeza desaparece de su rostro y despierta una sonrisa muy tenue que se ensancha y luce por momentos. Es necesario estar muy atento, ya que, de lo contrario, puede pasar desapercibida. Sin embargo, el repartidor la captura en todo su esplendor. Madeleine ha sonreído y eso no sucede todos los días. Hoy, probablemente, no vuelva a ocurrir. Ni mañana. Y, quizás, tampoco dentro de dos días.

O sí.

El conductor del camión toca la bocina mientras contempla cómo la muchacha se aleja. Tiene la nuca más bonita que ha visto jamás y se mueve como si el suelo no hubiera sido hecho para ella: flota un poco sobre la pista de tierra que ha decidido tomar. El bosque está aquí mismo, y sólo es necesario guardar un poco de tiento para evitar perderse. Madeleine se sabe íntimamente orgullosa de su sentido de la orientación, pero no por ello se descuida. Observa, entre las ramas de los árboles, la posición del sol y vuelve la vista hacia el mar. Es la última vez que lo va a ver, de manera que perderá la referencia más fiable, pero confía en el sentido de los riachuelos: siguiéndolos, una siempre acaba en lugar seguro.

Está al tanto, pues tiene un pequeño mapa que lo asegura, de que existen varios refugios a lo largo de la ruta prevista. No hay peligro, se dice tratando de enterrar la última de sus inquietudes. Aquí no hay nadie pero lleva música en los oídos para hacerse compañía. Ha tomado la precaución de incluir pilas de repuesto en su mochila, así que la música no le va a faltar. Además, a ratos apagará el reproductor pues lo que el bosque tiene para ofrecerle, no es, en modo alguno, desdeñable.

No suele ser habitual que existan hayas en cotas tan cercanas al

mar, pero el clima de la zona, húmedo hasta el hartazgo, propicia que el hayedo se aventure en las tierra bajas. Mejor, piensa Madeleine, porque así llega antes hasta ella lo que, de todas formas, iría a buscar. Porque él haya tiene algo especial que enamora a quien le preste la oportuna atención. No se trata de un árbol cualquiera. Es, aunque este término no defina demasiado, especial. Sí, lo es. Al igual que las muchachas del otro lado de la frontera, tiene ese aire peregrino y lánguido, pero, al tiempo, terriblemente sólido e invulnerable, que cautiva. Basta caminar unos minutos por el hayedo para comprender su composición: trabaja con lo que otras especies vegetales desdeñan. Acumula suspiros y reúne intenciones echadas a perder. Se empapa de los sueños que desprenden los que, en torno a ellos, pasean. Y, con todo ello, pergeña una masa gaseosa y transparente con la que se recubre como si de una segunda corteza se tratara.

Algo más de dos horas después, Madeleine encuentra una fuente que trae al camino la poca agua que recogen, en esta estación, las laderas de los montes. Ha sido toscamente labrada en la roca y un caño que quién sabe cuánto tiempo lleva allí, reúne un chorro suficiente para que, agachándose sobre él, cualquiera pueda saciar su sed. La muchacha se inclina y, apoyando la mano derecha en el caño, bebe cortos sorbos de un agua insospechadamente fresca. Tan deliciosa le parece, que decide vaciar la que en su cantimplora porta y la vuelve a llenar con la de la fuente. Jean Paul suele prevenirle acerca de sus pequeñas aventuras: no debes beber agua que no proceda de la red de abastecimiento, dice. Lo que encuentras por ahí carece de cualquier control sanitario, añade. Madeleine siempre dice sí y no olvida lo que promete. Ahora mismo, mientras roza con sus labios ese caño en el que han bebido generaciones de montañeros, tiene muy presentes las palabras de Jean Paul. Sin embargo, piensa que es imposible que algo malo viva en los agradables tragos que está dando. Es, a todas luces, imposible.

Comienza a apretar el calor. Madeleine inclina la cabeza para extraer los auriculares del interior de sus orejas: primero hacia un lado y cae uno, luego hacia el otro y tira del segundo. Es cierto que la música provee compañía, pero hace un buen rato que, a pesar de no haberse cruzado con una sola persona, no se siente sola. El

hayedo está ahí en todo momento, acompañándola paso tras paso.

La chica, después de beber, nota cierto hormigueo en el estómago. Su organismo, habitualmente, apenas protesta. Puede pasar todo el día sin probar alimento o, cuanto más, alimentándolo con barritas energéticas de chocolate. Pero ahora le apetece comer una manzana, así que se sienta en una piedra muy cerca de la fuente, abre la mochila, extrae la más pequeña de las piezas de fruta que guarda, la limpia frotándola en la camiseta y da un sonoro primer bocado. Y se da cuenta.

El bosque renteriano es extremadamente silencioso, tanto que un solo bocado a una manzana ha debido oírse a varios kilómetros de distancia. Claro, de eso se trata. Madeleine pone una mano en la piedra y tensiona el brazo. No llega a ponerse en pie, pero está a punto de hacerlo. Sabe que, si lo hubiera hecho, no habría podido evitar sentirse ridícula. Está sola, aquí no hay nadie. No existen, pues, motivos para inquietarse. Sin embargo, gobierna un silencio absoluto donde se esperan trinos, arrullos, gorgoteos y susurros. Es extraño, se dice Madeleine, los pájaros no están donde deben. Y no es que no los vea, pues tiene la experiencia suficiente para saber que nunca puede un excursionista vislumbrar lo que se oculta tras la copa de grandes árboles, pero es que tampoco los siente. No están ahí, definitivamente, no están.

Reflexiona sobre ello y relaja la tensión de los músculos de su brazo. No pasa nada, Madeleine, se dice tratando de recobrar la calma extraviada. No pasa nada y, sin embargo, no trinan los pájaros. Ni, ahora que lo piensa, se ha topado con un solo animal de esos que pastan libremente. Ni ovejas, ni un macho cabrío de mirada desafiante. Se consuela pensado en lo mal que podría haberlo pasado frente a uno de estos últimos. No suelen atacar nunca, pero la mirada demuele riscos. Y a ellos poco les importa su mohín triste y la languidez de sus ojos: los machos cabríos la encierran en una poderosa coordenada de la que, siempre, es mejor huir.

Pero no, no hay animales en el bosque. La muchacha se queda quieta y deja de masticar para que el sonido de sus mandíbulas cerrándose no interfiera en el resto. No, no hay animales. Se arrodilla y levanta unas cuantas piedrecillas. Espera encontrar hormigas, o ciempiés, o muchos de esos bichillos innominados que

corren a esconderse cuando se les levanta el techo de su casa. Sin embargo, el bosque renteriano da a la vida un solo significado: el hayedo.

El hayedo es un ser que trasciende lo anterior. Y aunque Madeleine de esto nada conoce, se ha alzado durante siglos de paciente espera y, más aún, sabe quién es. Mira desde los enveses de las hojas verdes y frescas y nunca actúa como un macho cabrío lo haría: ni fija la mirada, ni implica un desafío en ella. El bosque simplemente mira. Eso es todo. Poco pretende. Quizás, nada pretende. Tan sólo que le dejen seguir ahí, que nadie se entere de que existe, que pase desapercibido a pesar de tener el tamaño de varias montañas.

La muchacha, de pronto, escucha una risa en la lejanía. Llega cortada, rota por los filtros de las ramas, pero es clara y, aunque distante, perfectamente audible. Alguien ríe y siente un escalofrío al pensar que pueda ser ella la destinataria de la burla. Porque la risa, que es más bien una carcajada espaciada y algo gutural, cruza kilómetros de bosque y cae a sus pies. No hay nadie más allí, lo sabe. Sabe que puede caminar durante horas y no toparse con un solo ser vivo. Ni siquiera un guarda forestal o una patrulla de la policía rural. No, no hay nadie más allí, al margen de ella. Y del bosque.

En la risa no hay vergüenza. Madeleine se ha dado cuenta de ello y no duda al tratar de imaginar quién la produce: se trata de alguien mayor, muy mayor, probablemente una mujer. Pero, ¿qué hace una anciana en medio del bosque a más de dos horas de camino de cualquier lugar habitado? Probablemente, mucho más: si se trata, como cree, de una anciana, su paso será más lento y los espacios, en consecuencia, más distantes. Además, ha conseguido ubicar la dirección desde la que la risa viene: es de lo más profundo del bosque, de ese lugar al que ella no pensaba ir por temor a que la noche le sorprendiera antes de poder regresar.

¿Y si vive allí? No es posible. Sabe de sobra, y en su mapa está claramente explicado, que nadie vive en el bosque. No hay cabañas ni se permite a los excursionistas acampar. Por otro lado, la total ausencia de claros no invita a ello. Y si a ella, que es joven y dispuesta, no se le ocurriría jamás pasar una sola noche en el lugar, ¿podría una anciana haber tomado la decisión de vivir sus últimos

días en el hayedo? ¿Y la amargura de estos árboles? ¿No acabaría prendando en ella y abocándola al más solitario de los desconsuelos?

No, no puede ser. Nadie vive en el bosque. Ahora nada oye y piensa que todo ha podido ser un engaño del viento en las ramas de los árboles. Sí, un efecto mal interpretado. Pero no hay viento. No lo hay, como tampoco pájaros ni insectos. No hay nada, salvo el propio hayedo y la sensación de estar rodeaba por un ente único.

Cuando, por fin, termina de comerse la manzana, nota que tiene ganas de orinar. Por pudor, mira en ambos sentidos del sendero. No, por supuesto que no, no hay nadie. Puede orinar en medio del camino sin temor a que nadie la sorprenda en situación tan embarazosa, pero no por ello desaparece la sensación de sentirse continuamente observada. Aparta la mochila y se desabrocha el pantalón. Con la mirada en el camino, se agacha y comienza.

La tierra reseca y prieta ofrece resistencia pero el líquido caliente no tarda en disolver cualquier esperanza. La aridez puede, quizás por desacostumbramiento, oponerse a ser hendida y aquí no se establecen diferencias: el líquido, caliente o frío, recibe el rechazo. Como reacción, el líquido, caliente o frío, titubea un rato y después acaba filtrándose. Así sucede y el orín de Madeleine borbotea un poco, forma un pequeño charco y, finalmente, es tragado por el camino.

Más abajo, en el subsuelo, no hay bichos que sientan la alegría de la humedad. No hay bichos porque, al igual que en el resto del bosque, ahí no vive nadie. Es la tierra-bosque, es lo que está muchos metros por debajo, es hayedo: los túneles de las hormigas abandonados a su suerte, las raíces de los árboles controlándolo todo y la roca firme allá al fondo. Es, pues, el bosque y no otro quien recibe el regalo. Un retazo de algo que hace mucho tiempo que no prueba. Los despojos de los que viven en el valle, de los que ya no se le acercan, de los que, además, le han perdido el respeto. Porque ya nadie teme al bosque. Madeleine, desde luego, no lo hace. Se sabe humilde ante la gran mole, pero nada más. Ha establecido estrategias para el regreso. Aquél es un bello lugar siempre que no le sorprenda la noche. No, por la noche debe ser diferente. Podría contar con los sonidos indeterminados, pero no existen. A cambio, conoce el silencio sepulcral y la luz de la luna

tamizada en las ramas altas de los árboles. Un bosque, si se lo propone, puede crear juegos ficticios e identidades solapadas a partir de un haz de luz de luna. Puede hacer creer que alguien lo habita, que alberga seres vivos en su tripa, que rebosa inteligencia donde sólo existe una intuición fuera de toda duda.

La tierra-bosque es inmensa porque ya el hayedo lo es. Pero si lo que está a la vista de todos impresiona, aquello que permanece oculto lo haría aún más si decidiese subir a flote. Emergería de lo profundo y floraría sobre la nada. Quizás sobre el magma, quizás sobre el hielo. Pero, probablemente, sobre una nada descomunal y aterrada que evitaría moverse para no ser descubierta. O mil demonios menores sosteniéndolo todo sobre sus espaldas. Susurrando lamentos y llorando por lo bajo mientras alguien se ocupa de mantener la calma y ofrecerles, de cuando en cuando, un poco de agua. Algunos deberían morir, exhaustos en el esfuerzo, pero otros, en cambio, lo conseguirían: llevarían la gran nave de tierra y árboles a buen puerto. Y ellos, en consecuencia, serían los seres perfectos de su raza. No habría demonio comparable a la magnificencia que desplegarían. Como los que han cruzado el océano en condiciones lamentables, como los que portaron su propio bosque a hombros y acabaron respirando los aires de los otros. Aires y esencias extrañas sí, pero cálidas y acogedoras. Y acarrearon trocitos de existencia hacia allá donde era preciso.

Madeleine termina de orinar y se pone en pie. No habían sido necesarios tantos miramientos. Estoy sola, se dice. Ella no sabe que lo que acaba de abandonar es suficiente para que quien deba hacerlo camine ya: se pone en marcha el bosque, se despereza y llama a ése que se encarga de las muchachas lozanas. Es un viejo negro venido de fuera y tragado por el bosque hace cuatrocientos años, un negro que apenas trabaja, que está cansado, que se aburre, que ha solicitado varias veces ser relegado a tareas rutinarias en la tierra-bosque, que no está, en definitiva, para nadie. Pero se le requiere y ha de ir. Renquea entre la savia y aparta los corros de aquellos que charlan tras una jornada haciendo guardia. Porque, ha de saberse, mover los resortes de un bosque encantado no es tarea sencilla. Se precisan muchos entes, de tantas formas y condiciones como pueda imaginarse, para que todo gima a la perfección.

No hablemos de los del subsuelo, al que están destinados siempre los de menor entidad. Hablemos de la risa de la vieja, de los animales de hocico anillado o de la bruma. Sólo para que la bruma se mueva, cien entes trabajan al unísono. Cien, si no son más. La risa de la vieja se resuelve con una docena, pero si ha de mostrarse, si ha de abrir y cerrar las piernas ante algún desdichado, entonces todos los entes de guardia acuden a echar una mano. Así de complejo es animar lo que no existe.

Figurar la vida no está al alcance de cualquiera, no. Se hacen precisos los resortes que durante años han sido cultivados. El bosque, de eso, sabe mucho. Él lleva siglos, milenios siendo el mismo: lo que para los que lo pasean son generaciones, una tras otra, para él es simple estar. Está, sí, igual que desde el principio, tranquilo y observante, recto y creciendo hacia arriba y hacia abajo. Sin un plan previo pero sin nada que le detenga. Es el mismo ser maravilloso que ya estaba allí cuando llegaron los primeros monos.

Construye vida de la nada. Utiliza su talento para incorporar aquello que le es útil en su propósito. Y éste, como en cualquier animal, no es otro que la pervivencia. Mide los tiempos en eras, pero algún día deberá dar paso a su descendencia. Aún es joven y nada de eso ocurrirá pronto, pero ha de alimentarse bien, ha de crecer y, para ello, precisa de los entes. De los entes que trabajan arriba, en lo visible, y de los que hacen el trabajo sucio, los sumergidos, los que aguantan la respiración durante siglos y sólo les es permitido salir a dar una bocanada cuando nadie mira.

El viejo negro siente la orina cálida de Madeleine. No se ha hundido demasiado en la tierra reseca, pero sí lo suficiente como para que él tenga que ser reanimado y surja. Sin embargo, no lo puede hacer como antaño. Ya fue desprendido de todo lo mundano: carece de cuerpo y ha de moverse utilizando los flujos vegetales. Algunos se apartan ante su sabiduría. Otros, sin embargo, desdeñan su añosa incorporeidad. Fue un negro y es un negro. También dentro del bosque, un negro termina siendo un negro. Por otro lado, los blancos son blancos y, si las hubiera, las ardillas, ardillas. Como hormigas las hormigas, y peces las hojas que se caen de los árboles a los estanques.

De acuerdo, es todo mentira. En el fondo, un verdor pesaroso se ha hecho con todos ellos. Pero mantienen las costumbres de los

tiempos pasados, quizás por entretenerse. Por eso el negro es llamado negro, por eso el agua de lluvia continua dándose por incolora. A fin de cuentas, son serecillos que se abrazan a la vida con tal énfasis que termina doliendo.

Madeleine continúa caminando por la senda. De vez en cuando se detiene. Ella piensa que es por contemplar el paisaje, por hacerse con eso que la naturaleza le ofrece, por, en suma, disfrutar de un agradable día de verano, pero no, no es cierto. En realidad, se para a escudriñar las inmediaciones. No lleva, como antes, los auriculares dentro de las orejas, sino que cuelgan, olvidados, junto al muslo. Ha perdido el interés por la música. Es más: se echaría a temblar si, de pronto, algo sonase en sus oídos. Siente inquietud pero no lo quiere reconocer.

El negro viaja junto a ella. Salta de arbusto en arbusto, recorre flujos de sangre vegetal y trepa hacia las copas de los árboles. En ocasiones, sobre todo si la curiosidad le desazona, se lanza bajo tierra y corre, veloz, en los surcos que tiempo atrás dejaron los animales subterráneos. Están en desuso, pero aún pueden ser practicados para quien reúna la suficiente habilidad. Viaja por ellos y adelanta a la muchacha. La puede notar ahí arriba: da pasos firmes y parece saber hacia dónde se dirige. Como si a él alguien pudiera engañarle…

Después, gira bruscamente y rota hacia la superficie. Busca una flor abierta o un helecho orientado hacia la senda. Se aposta en ellos y contempla el armonioso caminar de Madeleine. Él supo, aunque de esto ya hace mucho tiempo, qué era tener entre los brazos una juventud como ésa: es blanca, muy pálida, y lleva el sosiego en cada respiración que arranca al aire. Es suave y debe oler muy bien. ¿Cómo se llamaba aquella mujer? Tenía acento extranjero, sí, pero es que en la tierra de entonces todos eran extranjeros. Han pasado cuatro siglos pero aún recuerda la cadencia de su voz: los ritmos esbozados al oído entre sábanas inmaculadas, y el silencio, el silencio deslumbrante del que podría aprender todo un bosque. Ella parecía haber trazado lo que aquí se ejercitaba con mayor o menor acierto. De su invención, era de su invención y aún más meritorio. Porque acallar a dos amantes furtivos es mucho más difícil que eliminar el ruido de un hayedo. Cruzaban sus alientos como si hubieran nacido para estar siempre juntos. Nadie lo creía,

pero él lo supo: carecían de importancia las cualidades externas. Por dentro, dos amantes expelían lo que de cálido y húmedo había en ellos, y el amor fundía hálitos inexpugnables, los entremezclaba y creaba atmósferas íntimas y efímeras, privadas, pasajeras, tiernas.

Ahora ha elegido un zarzal de esos que crecen junto al camino. Es un zarzal cualquiera, ni demasiado grande, ni tampoco joven. Un zarzal repleto de moras maduras. Está ahí como parte de lo que llamamos bosque, de esa cualidad de saberse vivo y entero, de la consciencia misma de estar en el lugar adecuado, de sentirse en casa desde siempre. Entra en las zarzas por la raíz, sin demostraciones vacuas. Se acoda y espera. Madeleine viene caminando, entre distraída y alerta, sin disfrutar de su pequeña congoja, pero no lo suficientemente asustada como para dar media vuelta y regresar al pueblo.

Da un paso, dos, tres, y está a la altura del zarzal. El negro, desde dentro, mira a la muchacha y se maravilla. Permanece quieto, como si un sonido imprevisto, un ruido que él es incapaz de causar en su actual condición, fuera a sorprenderla. Piensa que, en su languidez, es extremadamente bella. Daría lo que fuera por poder saltar fuera del zarzal y abrazarla con amor. Sí, porque ya las anteriores violencias quedaron disipadas en el tiempo. No es peligroso ni se le supone afán alguno. Acariciar una piel joven y fresca, pero nada más. Si ahora volviera a ser hombre, no permitiría que nadie le confundiera. Vivo como las briznas de hierba. Y vivo como las piedras inertes del bosque. Porque todo está vivo aquí y ahí reside la nobleza del hayedo. Porque es capaz de dar la vida a todo lo que logre alcanzar por contacto, puede animarlo integrándolo en su ser universal. En el gran bosque vive un alma que tiene bordes difusos y que siempre sonríe. Así es, sí.

De pronto, Madeleine realiza un movimiento inesperado. Ni ella misma lo ha planeado. Se le ocurre y, con la rapidez de las ideas tan brillantes como sencillas, lo hace. Alarga una mano, toma una mora madura y negra del zarzal y se la lleva a los labios. Está deliciosa, se dice la muchacha mientras la hace estallar entre los dientes. Ha perdido el amargor y muestra un gusto delicado, sin fuerza, pero apetecible.

Toma más moras del zarzal y, quieta junto al camino, va dando

cuenta de ellas una tras otra. Así se comen las moras: directamente de la planta a la boca y utilizando siempre una sola mano. No es precisa la otra y debe quedar en suspenso, pegada al cuerpo, innecesaria. La mano útil realizará tantos viajes como moras deba engullir su dueña. Unas cuantas nada más. Sólo para recordar su sabor y queden rememorados, al tiempo, los años de la infancia. Comiendo moras junto al camino y tragándose trocitos de un negro que no ha sabido reaccionar a tiempo, que estaba donde debía pero que se equivocó.

Y ahora Madeleine tiene un trozo de bosque dando vueltas en su estómago. No un trozo cualquiera de un bosque cualquiera. Se trata de un ente al que le fue dada la vida tras una pasión dolorosa e infame. Se trata de alguien que tuvo nombre y fue bautizado, alguien al que se le impuso un apellido y una costumbre. Alguien que, en definitiva, fue merecedor de una de las más horribles muertes: cayó en el interior de un árbol y sintió cómo cada uno de sus huesos se diluía en la savia antes de perder la consciencia.

La consciencia de hombre. Porque luego advino otra, otra mucho más poderosa y prácticamente indestructible. La consciencia de estar permanentemente vivo, de ser parte de algo que supera lo anterior, que lo supera con creces y que, además, merece la pena. Desde luego, merece la pena. Antes había sufrimiento, ahora claridad. Antes lucha, ahora sosiego. Antes indecisión, ahora una gran mole en la que quedan reunidas todas las opciones.

Oh, el negro se da cuenta de lo que ha sucedido. ¿Y ahora? ¿Y si la muchacha decide dar media vuelta y regresar a casa? No es de aquí, seguro que no es de aquí. Lleva una mochila y trae provisiones. No es de aquí y su hogar se halla al otro lado del linde. No es bosque, sino lo otro, lo incoherente, lo confuso, lo extravagante. ¿Qué hacer?

El negro comienza a intranquilizarse. No es que la inminente digestión le preocupe, pues nada que un estómago pueda poner en marcha acabará con él, pero sí siente desazón ante la posibilidad de convertirse en un miembro perdido del bosque. Es lo peor que le puede pasar, reflexiona. Si la muchacha abandona el bosque, si la muchacha se decide a hacer su vida sin volver la vista atrás, si nunca regresa y se sumerge en los años venideros, ¿qué será de él? Puede aguantar dentro de ella todo el tiempo que sea preciso, pero

sabe qué sucede con los cuerpos carnosos: al final, el tiempo los marchita y mueren. Y desaparecen. Y son dados a la tierra, a una tierra extraña e inmóvil. Él no podrá sobrevivir allí, no, no podrá. Debe buscar el modo de que la muchacha le devuelva a lo suyo, que regurgite y sean las moras arrojadas al camino. Ya se ocupará él de volver a empaparse de bosque. No es sencillo, lo sabe, pero dispone de conocimientos precisos sobre inmersiones. Conoce el modo de romper la superficie y descender. Sería capaz, si se lo propusiese, de bajar hasta la roca madre muchos metros por debajo.

Pero ahora todo se le aparece confuso. Siente la mano libre de Madeleine junto a su costado, siente cómo, con la otra, come más y más moras, sin que una sola vez se hiera con las espinas del zarzal. ¿Se vuelve el bosque contra él? Porque nadie puede albergar tanta habilidad que evite lastimarse. Sí, eso debe ser. El hayedo se está poniendo de su parte. Quizás sea culpable de desidia, o de haraganería o de quién sabe qué. No conoce de nadie que fuera nunca expulsado de la unidad, pero siempre tiene que haber una primera vez. ¿Y si se trata de él?

Se pregunta qué puede hacer. Pero no trata en responderse. Nada, pues nada son capaces de hacer los que forman parte del bosque. Nada más allá de lo que el propio bosque construye: miradas inquisidoras y el miedo absoluto. Aspectos que resultan improcedentes en ese momento. ¿Para qué asustar a la muchacha? ¿Acaso conseguirá, así, que vomite? No, no lo cree. Más bien al contrario: iniciará una carrera que la separará para siempre del bosque. Ésa, claro, es la perdición de su destino.

Queda resignarse y aguardar un golpe de suerte. Es difícil, pero no tiene más opciones. Estuvo desatento y paga caras las consecuencias. Pobre negro del bosque, que se lo ha comido una jovencita. Pobre negro, que ya nunca más será ente vivo y alguien le digerirá. Entonces ya será tarde y no podrá regresar nunca. Vivirá junto a la muchacha contemplándola desde el interior. Es posible que no resulte un mal destino, pero el negro se nota demasiado viejo para cambiar.

Madeleine, sentida desde sus adentros, anda, no, se desliza, como las anémonas en la corriente. Va hacia delante y, de pronto, algo sucede y tiembla. ¿Qué es lo que ocurre? Una piedrecilla se ha interpuesto en su camino, o ha tropezado, o se le altera

repentinamente el ánimo. Son extraños los mecanismos que ahora quedan descubiertos para el negro. Desde el interior, es más bella aún: frágil, concisa, delicada. Y ruidosa. Para alguien acostumbrado a sentar casa en el silencio, lo que allí sucede resulta estruendoso. Un escándalo que, al principio, le cohíbe, pero que después, poco a poco, termina por agradarle. No es tan malo el ruido, no lo es. Suena todo como si alguien estuviera al cargo de la existencia, como si nada sucediese de forma mecánica. Un plan, debe haber un plan para lo de dentro. Sin embargo, no lo hay en el interior de bosque. Dentro de Madeleine sí, pero dentro del bosque no.

El movimiento ondulante de Madeleine adormece al negro. Él no acostumbra a dormir. Algunos entes lo hacen, aunque él no. Se habituó a prescindir del sueño, a permanecer en vigilia, quizás para evitar sorpresas inesperadas. Más tarde, cuando, por fin, sintió la seguridad dentro del bosque, era demasiado tarde para cambiar hábitos. Quedó así fijada la abstinencia de sueño, lo cual, sin embargo, como puede constatarse, no implica vigilancia. De hecho, la somnolencia queda sustituida por algo que no es terreno de nadie: ni duerme, ni está despierto. Ahora sí, ahora es definitivo y siente que le vence un sueño dulce y algodonoso, un sueño que, piensa, sólo puede suceder en el estómago de una muchacha recién emergida de la mocedad.

Nada tiene que ver con otras naves en cuyas tripas también viajó. Eso sucedió antes de ser bosque, antes de que todo se precipitase de aquella forma y diera lugar a los once años más dolorosos de su existencia. Once años de ausencia, de padecimiento y de pena, de una gran pena apenas mitigada por el amor de su madre. Sí, ahora la recuerda. Madre le recogió cuando todo estaba echado a perder, cuando no se reconocía ni en los barreños de la limpieza. ¿Qué era aquello que se reflejaba en el agua turbia? Un negro con el rostro marcado, un negro extraño y pendenciero, tan oscuro como quisieron construirle.

Madre le tomó a su cargo. Madre le dio la vida. Ahora, en el estómago de Madeleine, halla el sosiego preciso para recordar. Sí, recuerda a aquella mujer que se parecía a otra en un cuadro. ¿O eran la misma? Curvas abiertas y sinuosidad en las pinceladas. Ah, recuerda aquel lienzo. Fue traído desde el otro lado del océano, como todo lo demás, y madre ocupaba largos ratos admirándolo.

Terminó siendo espejo de su ser, sí, lo fue. Almas gemelas que piensan en una única dirección: el niño que se pierde entre las sábanas y que mira inquisitivamente. El niño de piel negra y sonrisa diminuta, el niño que nadaba bajo el agua, que recolectaba ostras, que las violentaba con un cuchillo y les arrancaba las perlas más preciosas de todo el continente americano.

El mediodía sorprende a Madeleine al final de la senda. Si da un paso más, abandonará el bosque y se internará en lo de más allá. No recuerda cómo se le llama a eso y, curiosamente, averiguarlo es lo último que en ese momento precisa. Lo de más allá es distinto, un hueco en su paseo, una circunstancia imprevisible que hastía a cualquiera. Alza el pie derecho y lo saca del bosque. No, no pisa lo otro. Siente que estaría traicionando a alguien. No, por lo menos, hasta que el sol comience a decaer. La tentación es fuerte, pero Madeleine la resiste. Vuelve a poner el pie en el lado correcto y busca un lugar para descansar.

Se sienta bajo un árbol, en una raíz torcida, y come los bocadillos. Bebe del agua de la cantimplora y termina con las piezas de fruta. Todo esto lo hace con la mirada perdida en un punto del bosque en el que no rebotan las miradas. Mirar hacia allí es como entregar parte de una misma: un pedazo de luz a cambio del sosiego, de la tranquilidad permitida. Ya no escucha los sonidos que antes la inquietaron. Ya no hay risas de vieja, ni nadie brama sigilosamente. Hasta el silencio parece haberse tornado amistoso. Así es, y Madeleine lo sabe. Alguien vela por ella, alguien a quien no reconoce pero que siente muy cerca. Tan cerca que casi es ella misma.

Tras el almuerzo, se deja caer de espaldas y dormita un rato. Mientras tanto, el bosque continúa inmerso en sus quehaceres: observar a los intrusos y decidir cuál es su naturaleza. Madeleine, sin embargo, ha dejado de ser objeto de la contemplación. ¿Por qué? Probablemente se debe a que no es de fuera, a que ha sido integrada en la percepción callada. O mucho más simple: su imagen durmiendo sobre la hierba suscita pudor en los observadores. Nadie puede mantener su visión en ella sin sonrojarse. Es tan bella, tan pálida y perfecta… Duele la mirada si se persiste. Mejor obviarla y ocuparse de otros. O de nadie. Mirar hacia el cielo y disimular, como si nada sucediera, como si estuviera atardeciendo en mitad

del día.

Cuando despierta de la siesta, la muchacha tarda en encontrarse. Ha dormido demasiado tiempo, demasiado profundo. La tarde mansea por el bosque y, con ella, advienen los que sólo a unos cuantos se les muestra: animales de hocico anillado y piernas cortas. Ramonean sin prisa, pues sienten la inmortalidad de eso a lo que pertenecen. Ellos también son bosque y están habitados por fantasmas, por demonios, por docenas de entes sin denominación. No sonríen, pero porque desconocen el modo de hacerlo. En cambio, Madeleine sí arquea sus labios, los arquea como nunca lo ha hecho: sinceramente.

Piensa que es hora de regresar. Una brisa suave se ha levantado y le señala el camino hacia el pueblo. Basta seguirla para no saberse perdida. El hayedo, así, se rinde ante lo innegable: con ella se marcha algo de lo que le pertenece, pero es posible que haya llegado el momento de compartir. O de expandirse. Habrá bosque más allá de los lindes centenarios. Ha sido meritorio mantenerse como hasta hoy, pero nuevos retos deben ser emprendidos. Sí.

Madeleine se pone en pie y comienza a caminar despacio. Recuerda que hace mucho rato que no escucha música, así que decide volver a ponerse los auriculares en los oídos y presiona un botón en el reproductor digital. Suena una de sus canciones preferidas. Hay en ella una trompeta y un piano. El bosque, que también escucha, queda sorprendido ante los insólitos sonidos. Los considera extravagantes, que es como decir lo otro. Eso es lo que debe haber más allá de los límites. De acuerdo, va a descubrirlos.

Los animales de hocicos anillados la siguen a una distancia prudencial. Ella ha admitido su presencia, pero no quieren tentar a la suerte: son demasiado grandes y demasiado feos para estar cerca de algo tan precioso. Pero han de estar ahí. ¿Y si algo sucede? ¿Y si se tuercen las intenciones y algo pretende el mal para la muchacha? Ellos, entonces, se erguirán y la defenderán hasta con su vida si es preciso. Sí, eso harán, y ay de aquél que desee dañarla. Conocerá el dolor, el verdadero dolor que sólo el bosque es capaz de proporcionar. Y una condena en la asimilación. Relegados para siempre a los trabajos sucios en la tierra-bosque, ahí debajo de lo que todos pisan.

El último tramo de camino, ése en el que el asfalto caliente

advierte de que no hay más bosque, de que muy cerca está el pueblo, el bullicio y todo lo demás, lo hace también a pie. Un par de vehículos se detienen y le ofrecen un asiento, pero ella declina la invitación. Prefiere apurar el disfrute de unas sensaciones que, por momentos, están disipándose: cuanto más lejos se encuentra del hayedo, más retorna a Madeleine.

Da pasos cortos y, en cada uno de ellos, el calor de toda una jornada almacenado en el asfalto, asciende por sus piernas. Escucha lo que dentro de ella habita: espero que seamos felices juntos, que lleguemos a viejos y una gran familia herede nuestra obra. No existe un mensaje que merezca más la pena. Probablemente nunca regrese al bosque renteriano, pero da lo mismo. Se lleva consigo la esencia relevante. Lo demás, los fragmentos, los guijarros y el escrutinio no son importantes. La tarde cae con una parsimonia que impacienta a las bestias de la noche. Se agazapan en las cunetas de la carretera y aguardan su turno. Eso será después.

Cuando llega a la estación del tren, la muchacha se da cuenta de que éste ya se encuentra en ella. Sabe que sólo se detiene durante unos instantes, los justos para que los viajeros suban o bajen. Es una parada más en un largo trayecto y nada justifica una demora. Por ello, echa a correr. Éste es el último que puede llevarle hasta su destino. Hay otros, sí, pero sólo alcanzan Irún y ella va más lejos. Si deja que se marche, lo tendrá difícil para llegar a casa.

Madeleine se apresura por el andén con un negro en su interior. El jefe de estación lleva la gorra puesta y ha levantado la bandera. Está a punto de hacer sonar el silbato que ordena la salida del tren cuando ve a la muchacha. Es un hombre de mediana edad y aquella chica que trata de alcanzar el último vagón bien podría ser su propia hija. Baja la bandera y la reprende con una mirada en la que no existe enfado ni incomprensión. Así es la juventud, parece pensar.

Cuando, por fin, el tren arranca, Madeleine se deja caer sobre un asiento. Es tarde y muchos de ellos se encuentran libres: nadie va a Francia a estas horas. Respira fatigosamente y trata de recuperar el aliento. Antes de que lo consiga, el revisor hace su aparición. Ha contemplado la escena en el andén y sabe que la muchacha viaja sin billete. Está obligado a cobrarle un recargo, pero decide que, por esta vez, va a dejarlo pasar. A Hendaya, le dice ella. El revisor lleva

un cuaderno en una mano y, con la otra, escribe en él. Cuando finaliza, arranca la primera hoja y se la alarga a la muchacha. Madeleine la toma, paga el importe del billete y aguarda a que el revisor se pierda por la portezuela que da acceso al vagón contiguo. Después, cierra los ojos. Ha sido un día largo, pero pronto estará en casa. Allí podrá descansar, libre, al otro lado de una frontera que cada día se diluye más. Una frontera que hoy apenas nadie nota. Nadie. Sólo los bosques. Quizás, ya ni ellos.

FIN